3 1761 05263839 2

POSTFIGARO

233p

Biblioteca de EL SOL

POSTFÍGARO

ARTÍCULOS NO COLECCIONADOS

DE

D. Mariano José de Larra

(FÍGARO)

162837.
7.6.21.

Tomo I

TIPOGRÁFICA RENOVACIÓN
LARRA, 8. — MADRID
1918

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

POSTFÍGARO (*)

PRÓLOGO

I

No existe ninguna edición completa de las obras de D. MARIANO JOSÉ DE LARRA. En las que más blasonan de serlo y ostentan aquel dictado faltan muchos trabajos literarios del autor, y aun los allí publicados no lo están íntegramente.

La causa de estas omisiones procede, en parte, del mismo LARRA, y, en parte, del modo cómo han ido formándose estas colecciones llamadas "completas".

A la vez que iban saliendo a luz algunas de sus obras más extensas, como la novela *El doncel de Don Enrique el Doliente* (1) y las nueve dramáti-

---

(*) Habiendo los editores consultado con D. Mariano de Cávia sobre la conveniencia de dar a esta nueva serie un título breve y general, le ha parecido adecuado el de POSTFÍGARO, que se estampa arriba.

(1) *El doncel de Don Enrique el Doliente*, historia caballeresca del siglo XV, por D. Mariano José de Larra. Madrid, imprenta de Repullés, 1834; 4 vols. en 8.º Se ha reimpreso otras muchas veces.

cas conocidas (1), quiso LARRA juntar en un solo cuerpo los artículos satíricos, de costumbres y de crítica literaria que se habían impreso sueltos o en los periódicos la *Revista Española* y *El Observador*, y en los primeros meses del año 1835 (2) sacó al público tres tomitos, que comprenden 76 artículos (3).

---

(1) Son: *No más mostrador*, comedia original en cinco actos, Madrid, mayo de 1831, 8.º; *Roberto Dillon o El católico de Irlanda*, melodrama de grande espectáculo, traducido del de Víctor Ducange, Madrid, septiembre de 1832, 8.º; *Felipe*, comedia de M. Scribe, arreglada al teatro español, Madrid, 1832, 8.º; *Don Juan de Austria o La vocación*, comedia en cinco actos, de M. Casimir Delavigne, Madrid, 1834, 8.º; *Macías*, drama histórico en cuatro actos, original, Madrid, 1835, 8.º; *Un desafío o Dos horas de favor*, drama en tres actos, traducido. Madrid, 1835, 8.º; *El arte de conspirar*, comedia en cinco actos, traducción de la de Scribe, Madrid, 1835, 8.º; *Tu amor o la muerte*, comedia de M. Scribe, Madrid, 1836, 8.º De casi todas ellas se hicieron después otras ediciones sueltas.

(2) En la revista *La Abeja* del 7 de marzo de 1835 se dice: «Se halla ya de venta en la librería de Escamilla el primer tomo de la colección que publica D. Mariano José de Larra de los artículos literarios, políticos y morales que en diferentes épocas ha dado a luz en los cuadernos de *El Pobrecito Hablador* y en los periódicos *Revista Española* y *El Observador*. Aplaudimos este pensamiento y esperamos que tendrá buen despacho la colección.»

(3) *Fígaro*, colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, publicados en los años 1832, 1833 y 1834 en *El Pobrecito Hablador*, la *Revista Española* y *El Observador*, por D. Mariano José de Larra. Tomo primero. Madrid, imprenta de Repullés, año de 1835, 8.º; 193 págs. Comprende 23 artículos.

Fígaro, colección... Tomo segundo. Madrid... año de 1835, 8.º; 183 págs. Comprende 33 artículos, cuatro de ellos inéditos.

Fígaro, colección... y la revista *Mensajero*. Tomo tercero... 1835, 8.º; 192 págs. Comprende 20 artículos.

Pero éstos son muchos menos de los que ya entonces estaban impresos. De los veinte que forman la colección titulada *El Pobrecito Hablador,* especie de periódico satírico que LARRA había comenzado a publicar en agosto de 1832 y alcanzó quince números, cesando en febrero de 1833 (1), sólo incluyó en su nueva colección, *Fígaro,* los cuatro titulados: "Empeños y desempeños", "El casarse pronto y mal", "El castellano viejo" y "Vuelva usted mañana", y ésos, con algunas mutilaciones.

En cuanto a los que habían sido tomados de los otros periódicos, las omisiones fueron aún mayores, como iremos viendo, pues de ellas se nutre, sobre todo, la presente serie complementaria.

Emprendió luego LARRA su viaje por Europa, saliendo de Madrid, camino de Portugal, a principios de abril de 1835, y no regresó a España hasta los últimos días del mes de diciembre. No prosiguió la publicación de más volúmenes del *Fígaro,* quizá por la rapidez con que, en el siguiente año, se sucedían los nuevos que producía y fueron impresos en *El Español* y *El Mundo,* a la vez que otros opúsculos, como la versión de las

---

(1) *El Pobrecito Hablador,* revista satírica de costumbres, etc., etc., por el bachiller D. Juan Pérez de Munguía... Madrid, imprenta de Repullés, agosto de 1832, 8.º Son catorce números con paginación especial cada uno y un número adicional con la «Carta panegírica de Andrés Niporesas a un tal don Clemente Díaz».

Palabras de un creyente, de M. De Lamennais (1), y un folleto histórico de M. Carlos Didier (2).

Muerto LARRA (13 de febrero de 1837), y en este mismo año, continuó el editor la publicación del *Fígaro,* sacando otros dos volúmenes, comprensivos de 40 nuevos artículos, estampados primeramente en los referidos periódicos (3).

Reimprimiéronse todos ellos en 1838, y al año siguiente se anunciaban unas *Obras de D. Mariano José de Larra,* en 13 volúmenes, compuestas, como acabamos de ver, de ejemplares sueltos (4).

---

(1) *El dogma de los hombres libres. Palabras de un creyente.* Madrid, 1836, 8.º Se ha reimpreso otras veces y entró en las colecciones del autor.

(2) *De* 1830 *a* 1836 o *La España desde Fernando VII hasta Mendizábal...* Lo da a luz en castellano, con las variaciones que ha creído oportunas, D. Mariano José de Larra. Madrid, 1836, 8.º Entró en todas las colecciones.

(3) *Fígaro,* colección de artículos... y *El Español...* Tomo cuarto. Madrid, imprenta de Repullés, 1837, 8.º; 182 págs. con 20 artículos.

Fígaro, colección... y *El Mundo...* Tomo quinto. Madrid, imprenta de Repullés, 1837, 8.º; 193 págs. con 20 artículos.

Esta serie y la anterior se reimprimieron en 1838 y 1840, ya reunidas, y pasaron a las colecciones más completas.

(4) El contenido y orden de estos tomos son como sigue: *Fígaro,* colección de artículos (2.ª edición): 5 vols.—*El doncel de Don Enrique el Doliente* (2.ª edición): 4 vols.—*No más mostrador* (1836), *Roberto Dillon* (1838), *Felipe* (1838) y *Don Juan de Austria* (1837): 1 vol.—*Macías* (1838), *El arte de conspirar* (3.ª edic., 1839), *Partir a tiempo* (1839) y *Tu amor o la muerte* 1 vol.—*El Pobrecito Hablador* (1832): 1 vol.—Falta, como se ve, el drama *Un desafío,* quizá por haberse agotado la primera edición; la segunda se hizo en 1840.

En los tres años siguientes se reimprimieron algunas de estas obras, y varió, por tanto, la composición del conjunto, aunque poco.

En esta forma se reimprimieron subrepticiamente en Méjico, Venezuela y Montevideo; pero en 1843, el editor D. Manuel Delgado, que era el dueño de las obras de LARRA, dió al público bajo nueva forma lo que llamó *Obras completas de Fígaro,* en cuatro tomos en 8.º, con el retrato, que luego sirvió para tantas reproducciones. Lleva también esta edición la primera biografía del autor, escrita por un D. Cayetano Cortés, la cual, aunque muy sospechosa en varios lugares, ha servido de base a cuantas se han publicado más tarde. Esta colección reproduce íntegramente los 13 volúmenes sueltos, sin más adiciones que el drama *Un desafío* y los demás artículos de *El Pobrecito Hablador* menos dos que, no sabemos por qué desdicha suya, vinieron a quedarse fuera (1). Y por lo que toca a los otros, se dan, con las omisiones ya señaladas (2). Esta colección fué

---

(1) Son los titulados: *Teatros.* «¿Qué cosa es por acá el autor de una comedia? (Artículo nuestro)», que se halla en el cuaderno 4.º, págs. 17 a 24. Le llama también el autor «Artículo primero». En el siguiente número prosiguió LARRA la materia en un «Artículo segundo», que sí figura en las colecciones, sin que los compiladores hubiesen reparado en que faltaba el primero. El otro artículo omitido, titulado «Robos decentes», se halla en el número 8.º, págs. 28 a 32. Lo reimprimió D. Manuel Chaves en su biografía de LARRA (Sevilla, 1899).

(2) *Obras completas de Fígaro* (*Don Mariano José de Larra*), Madrid. En la imprenta de Yenes, calle de Segovia, núm. 6, 1843; 4 vols. en 8.º El tomo I contiene: «Prólogo del editor», *El Pobrecito Hablador* y los XXXI primeros capítulos de *El doncel de Don Enrique el Doliente* (VIII-371 págs.).—El segundo, el resto de la novela y los primeros 67 artículos de crítica y costumbres (384 págs.).—El tercero, los otros 46 artículos y *El dogma de los hombres libres* (374 págs.: por errata dice 354).—

reimpresa diversas veces y en distintos lugares (1), sin añadir ni quitarle nada, hasta que, en 1886, los editores Montaner y Simón, de Barcelona, dieron a luz otras *Obras completas,* con dibujos de Pellicer. Reproducen exactamente la edición madrileña de 1843, y añaden una nueva sección con el título de "Obras inéditas", que no lo son mas que en parte (2), y la más notable entre

---

El cuarto, la *Vida de Don Mariano José de Larra,* por C. Cortés, y las nueve obras dramáticas ya citadas (XXXIV-504 págs.).—Se reprodujo en igual forma en Madrid en 1855.

(1) *Obras completas de Figaro* (*Don Mariano José de Larra*). París, imprenta de E. Thunot, librería de Baudry, 1848; 2 volúmenes 8.º francés. Es reproducción exacta de la edición de Madrid, 1843, y Baudry, que obtuvo pingües ganancias con ella, la repitió lo menos otras tres veces: en 1858, en 1866 y en 1876. También Garnier, de París, hizo en 1870, y la repitió en 1883, una nueva reimpresión exactísima de éstas, en cuatro volúmenes en 8.º menor. Estos editores surtieron abundantemente al público americano, enriqueciéndose a costa de la herencia de los hijos y nietos del autor.

(2) *Obras completas de Don Mariano José de Larra* (*Figaro*), ilustradas con grabados intercalados en el texto por don J. Luis Pellicer. Barcelona, Montaner y Simón, 1886, folio; XV-959 páginas.

Las llamadas *Obras inéditas* son: cinco artículos titulados: «Un procurador o La intriga honrada» (ya impreso en 1857, como veremos, y antes, con muchas alteraciones, en *El Español* de 23 de mayo de 1836), «Representación de la tragedia *La muerte de Abel* (también impreso en 1857), *La honra de una mujer,* comedia nueva en dos actos (juicio de ella, ya publicado en *El Español* del 29 de octubre de 1836), «Señores redactores de *El Español*» (artículo que había sido prohibido por la censura) y «Carta de «Figaro» a un viajero inglés» (incompleta).—Un fragmento de la obra de LARRA, *Sinónimos de la Lengua castellana* (95 cédulas).—El drama histórico en cinco actos, en verso, *El conde Fernán González.*—Poesías sueltas (25 composiciones). De ellas, la más extensa, que es la oda «Al terremoto de 1829», había sido ya impresa en folleto el dicho año. Varias de las otras también lo habían sido antes.

ellas el drama histórico *El conde Fernán González y la exención de Castilla.*

De los artículos políticos, de costumbres y de crítica literaria también se hicieron colecciones especiales, pero sin adiciones ni alteraciones de sustancia, excepto la impresa en Barcelona en 1857, donde se añadieron cinco nuevos artículos (1). Las demás, aunque no las hemos examinado todas, creemos que no ofrezcan adición de textos. Basta saber quiénes las hicieron (2).

---

(1) *Obras completas de Fígaro*, colección de artículos... Barcelona, imprenta de *La Publicidad*, 1857; 2 vols. 8.º—Contiene el primero: retrato, prólogo de los editores (dicen que su edición va a ser más completa que la madrileña de 1843); un corto fragmento biográfico por Pi Piferrer; prólogo y los primeros 77 artículos, y por el mismo orden que la edición de 1835 (403 págs).—El segundo, los otros 39 artículos, con la misma errata de llamar «Cronología» a la «Necrología» del conde de Campo-Alange; el resto de *El Pobrecito Hablador* (copiado de la edición de 1843 y con las mismas omisiones); seis artículos nuevos y *El dogma de los hombres libres* (458 páginas).

Los artículos añadidos se titulan: «La educación de entonces». (Se había impreso antes en la *Revista Española* de 5 de enero de 1834 y en otros periódicos posteriores); «*Fígaro* al director de *El Español* (para deshacer varias equivocaciones)»; «Teatros (inédito). Un procurador o La intriga honrada». (No era inédito, pues, como hemos dicho, se había publicado, bien que con muchas variantes, en *El Español* de 23 de mayo de 1836); «Representación de la comedia, largo tiempo prohibida, *La muerte de Abel*», marzo 1835; inédito. (Este y el anterior dió como inéditos la edición de Montaner en 1886); «Atrás» (artículo inédito); «Adelante» (artículo inédito).

(2) *Obras completas de Don Mariano José de Larra*. Madrid, Yenes, 1863; 2 vols. en 4.º Contienen los artículos de la impresión de 1843.

Fígaro, colección selecta de artículos de Don Mariano José de Larra. Sevilla, Perié, 1873, 8.º Sólo consta de 31 artículos.

Artículos de costumbres, por Don Mariano José de Larra

II

Para justificar la publicación de esta nueva serie de artículos literarios de LARRA era necesario hacer como el inventario de lo recogido en las ya

---

(Fígaro). Madrid, 1874 y 1875; 2 tomitos en 16.º (XIV y XV de la *Biblioteca Universal*).

Fígaro, colección de artículos satíricos. por Don Mariano José de Larra; primera edición ilustrada. Barcelona, 1833 (*Bibliot ca Salvatella*). 1 vol. 8.º, con retrato y grabados en el texto.

Mariano José de Larra, colección de artículos escogidos, con un prólogo de J. Ixart. Barcelona, 1885. 1 vol. 8.º (*Bib. Clásica Española*, de Cortezo.) Contiene 54 artículos conocidos.

Mariano José de Larra (*Fígaro*). Trabajos nuevos y escogidos. Barcelona, sin año (hacia 1900), 12.º Son 19 artículos muy conocidos y viejos.

Mariano José de Larra (*Fígaro*). Obras escogidas. Barcelona, Toledano, sin año (1915); 2 vols. 8.º (IV y IX de la *Enciclopedia Literaria*).—El primero contiene: retrato, tres facsímiles reducidos de cartas de LARRA, todas de 1835, y un epígrama apócrifo; el artículo «Ultimo paseo de *Fígaro*», por el marqués de Molins: *El dogma de los hombres libres*, *El Pobrecito Hablador* (siempre mutilado) y los primeros 28 artículos de la edición de 1835. El tomo segundo, los demás artículos, en número de 64. Faltan, por consiguiente, otros 19 de los que se habían impreso antes en la misma Barcelona.

Don Manuel Chaves, en los apéndices a su biografía *Don Mariano José de Larra*, reimprimió la parte omitida en las colecciones de los artículos «Empeños y desempeños» y «Robos decentes», que se hallan completos en *El Pobrecito Hablador*; el titulado «La educación de entonces» (ya coleccionado en la edición de Barcelona, 1857); el relativo al drama francés *Está loca*, tomándolo de *El Español* del 17 de junio de 1836, y las poesías tituladas «Oda a la Exposición primera de las artes españolas», «Elegía a la muerte de la duquesa de Frías», y el romance «Recuerdos», escrito en Lisboa en mayo de 1835, tomado de *La Enciclopedia*, revista de Sevilla (21 de junio de 1881). La «Oda» se había impreso suelta en 1827, y la «Elegía», en la *Corona fúnebre* dedicada en 1830 a dicha señora.

numerosas colecciones de obras de aquel satírico, las cuales, como se ha visto, están lejos de ser completas, aun comparadas entre sí mismas.

Pero además faltan en todas ellas:

1.º Los artículos contenidos en *El Duende Satírico del Día,* escrito periódico por el estilo de *El Pobrecito Hablador,* que dió a luz LARRA desde enero o febrero de 1828 hasta fines del mismo año, cinco números, que van reimpresos a continuación de este prólogo.

2.º Un gran número de artículos de crítica dramática, escritos antes y después que el autor abandonó la idea de coleccionarlos: es decir, después de abril de 1835. También irán reproducidos en esta nueva colección de ellos.

3.º Varias obras dramáticas, por lo menos siete, cuyos títulos se conocen.

4.º Una traducción inédita de *El Piloto,* novela de Fenimore Cooper, que hace años poseía la familia del traductor.

5.º Muchos párrafos suprimidos en los artículos ya recogidos por el mismo LARRA y luego por sus editores póstumos. Sin duda que cada autor tiene derecho a retocar y reformar sus obras; pero también el público lo tiene a conocerlas en su primera forma, si alguna vez se han impreso de este modo. No diremos que se interpolen, al darlas nuevamente a luz, con los pasajes desechados por su dueño; pero en forma de notas o como

apéndice al final de cada trabajo, bien pudieran haberse colocado; y quizá lo hubieran hecho así los nuevos editores si hubieran caído en ello. En los artículos de LARRA era esto tanto más hacedero cuanto que los pasajes suprimidos no lo fueron por menos correctos que los otros, sino porque al autor le parecieron de menor importancia, en especial cuando, en los de crítica dramática, se refiere a la ejecución de la obra por parte de los actores. A raíz de la publicación del artículo no parecía esto de grande interés; pero hoy lo ofrecen histórico, y no escaso, para seguir el desarrollo de las artes relacionadas con el teatro. En los demás artículos, las supresiones suelen contener algún rasgo de actualidad, tal vez biográfico, o alguna alusión curiosa. Como estos pasajes no tienen valor por sí, ni pueden entenderse sin el resto del artículo, los dejaremos en la obscuridad en que reposan hasta que algún editor escrupuloso quiera sacarlos a plaza dándoles la que les corresponda.

Podrá observarse que en los nuevos artículos que ahora se reimprimen, con excepción de *El Duende Satírico* y tal cual otro, predominan los de crítica de obras teatrales. El hecho se explica porque los editores cuidaron, sobre todo, de recoger los políticos y los relativos a costumbres, como de interés más general y permanente que los de teatro, referentes muchas veces a obras y

autores de escaso mérito. Y como, por otra parte, aquéllos eran en mucho menor número, pues LARRA, demasiado parco en la producción de los unos, sólo en el último año de su vida pudo escribir libremente de política, fué tarea fácil la de recogerlos, sin dejar cosa de provecho al rebusco de los futuros espigadores.

Sin embargo, y dejando a un lado que el nombre de LARRA basta a ennoblecer y hacer interesante cuanto brotó de su pluma, todavía, en este orden secundario, según algunos, pueden hallarse artículos que por su extensión y contenido o por los autores que en ellos se juzgan no desmerecen al lado de los ya vulgares, y deben ser conservados y leídos. De esta clase pudieran ser los de 26 de diciembre de 1832 y 8 de enero de 1833, que examinan obras de Ventura de la Vega; el de 19 de febrero, una comedia de Bretón; el de 2 de abril, el célebre folleto de D. Agustín Durán sobre la crítica literaria; el de 23 de abril, cuando la primera salida al teatro del después famoso Julián Romea; el de 18 de junio sobre el *Pelayo* de Quintana; el de 20 de octubre sobre *Los amigos;* el de 28 de abril de 1834, por referirse a una obra dramática de Espronceda y su grande amigo el después general Ros de Olano; los de 3 y 16 de mayo, 3 de junio y otros en que aparece LARRA como crítico musical; el de 24 de octubre contra la *Elena* de Bretón; aquellos en que juzga

sus propias obras, como en las "autocríticas" hoy en uso; el de 2 de mayo de 1836, que titula "Artículo sin alusiones políticas"; el de 8 de julio sobre *La Redacción de un periódico;* el del 12 del mismo mes sobre la influencia de las diversiones públicas; el de 27 de septiembre acerca del drama *Abelardo y Eloísa;* el de 21 de noviembre, *Una madre,* y algunos otros, difíciles de conocer por sólo el título.

De todas suertes, los editores de la presente colección no han creído perjudicar la buena fama del escritor, sino al contrario, con sacar de nuevo a luz estas piezas ya olvidadas, porque vienen a ser como el fondo o claroscuro del cuadro, en que hay figuras más luminosas, y porque conocer a un autor sólo por sus obras selectas es casi no conocerlo: es como el que de lejos y de noche mira un faro sin percibir más que la brillantez de los destellos, pero no distingue los colores débiles, ni los reflectores, ni el mecanismo ingenioso por el que funciona y, en suma, ignora lo que es un faro.

III

Aquí vendría como de perlas, si tuviéramos espacio, trazar la biografía de Larra, libro que aun se echa de menos en nuestra historia literaria.

Porque si bien la obra de Chaves recogió con esmero lo que pudiéramos llamar parte externa de la vida de *Fígaro,* aunque con escasa crítica y no pocos errores (1), y la incompleta de Nombela analiza minuciosamente y no mal sus obras principales (2), nos queda por conocer el LARRA íntimo, la biografía de su corazón y de su espíritu.

Además, así uno como otro de aquellos autores se resienten del influjo tiránico y nocivo que sobre todos los biógrafos, historiadores y críticos (3) viene ejerciendo la primera *Vida* del malogrado costumbrista, que se creyó escrita por un íntimo suyo, pero que, en realidad estuvo muy lejos de serlo. Don Cayetano Cortés (4) no se propuso otra cosa, al parecer, sino que la posteridad, y especialmente los futuros biógrafos, se rom-

---

(1) Manuel Chaves. *Don Mariano José de Larra (Fígaro). Su tiempo, su vida, sus obras.* Sevilla, 1899. (En la portada interior, 1898), 4.º; 244 páginas.

(2) *Autores célebres. Larra (Fígaro),* por Julio Nombela y Campos. Madrid, 1906-1908; 8.º; 290 páginas.

(3) Sin excluir al mismo D. José Martínez Ruiz, que tan exigente y severo se muestra, y con razón, en estas cosas. Véase: Azorín. *Rivas y Larra.* Madrid, 1916; 8.º; 287 páginas.

(4) Cortes era un escritor de segunda fila, a sueldo de los editores, que le encargaban traducciones de todo género, como puede verse en esta lista de sus obras: *Congreso de Verona,* traducción del libro de Chateaubriand; Madrid, 1839; 2 vols. en 8.º—*Lecciones elementales de Astronomía,* traducidas de las de Aragó; Madrid, 1839, 8.º—*Tratado de Derecho penal,* traducido de Rossi; Madrid, 1839; 2 vols. en 4.º—*Cuentos fantásticos,* de Hoffmann; Madrid, 1839, 8.º—*Compendio de moral;* Madrid, 1848, 8.º Esta mezcolanza indica bien la calidad del escritor. Es muy dudoso que ni aun hubiese tratado a LARRA. La *Vida* la escribió por encargo del editor M. Delgado.

piesen la cabeza para averiguar lo que él quiso o no quiso decir con el tono y aspecto sibilítico que da a sus noticias y con sus misteriosas reticencias. No tenía más fuentes que las versiones populares, aunque dichas al oído, sobre la conducta moral de LARRA y tal cual especie que le comunicaría el editor Delgado, que tampoco sabría gran cosa sobre las buenas o malas andanzas de su cliente.

LARRA, al morir, vivía alejado de todos los suyos. Estaba separado de su mujer. Sus padres vivían en Navalcarnero, adonde el viejo afrancesado había ido a refugiarse como médico titular. El hijo de *Fígaro* no tenía más que seis años y dos meses. Su tío (padre del doctor Larra Cerezo), joven entonces poco menos que Mariano, tampoco sabría mucho de la vida de su pariente, supuestas la esquividad y reserva de éste: ¿quién pudo, pues, dar a Cortés los pormenores íntimos que finge conocer y hace alarde de callar?

Por otra parte, varios de los *misterios* que oculta Cortés, o son errores suyos o verdaderas puerilidades. Citaré algunos.

En la página IX de su *Vida* (1) dice: "Matriculóse, en efecto, nuestro escritor (en la Universi-

---

(1) Cito por la edición de Baudry, porque, aunque parezca increíble, es la más extendida y única manejable de las no raras. Tan torpes han sido y son nuestros editores, que casi nunca hacen libros para que se lean. ¿Quién puede, si no es un Hércules, con el enorme mamotreto de Montaner y Simón?

dad de Valladolid) y ganó su primer curso; pero la suerte había decidido que no llegase a ser nunca jurisconsulto." Y después de este parrafito, y como quien dispara un pistoletazo, añade: "Cuál fuese el carácter del acontecimiento que vino a interponerse de repente en su vida y le apartó de la senda pacífica y normal que había seguido hasta entonces, es cosa que ignoramos por nuestra parte, y nos es así imposible revelar a nuestros lectores. Este acontecimiento misterioso parece, sin embargo, muy cierto, y ejerció una grande influencia sobre el porvenir de LARRA. Su carácter se alteró completamente: de niño estudioso y amante del saber, pero confiado, vivo y alegre, como su edad requería, se hizo sospechoso, triste y reflexivo, como si fuera un hombre hecho. Una persona muy allegada a nuestro crítico pretende que sus sentimientos fueron tan profundamente afectados, que ésta fué la primera vez de su vida que le vió llorar sin consuelo, y aun pretende que de aquí vienen todas sus desgracias." LARRA tenia entonces diez y seis años y corría el de 1825. .

Casi todos los biógrafos posteriores, en lugar de reírse de la sandez de Cortés al hacer misterio un suceso que declara no conocer y que nunca será más que una niñería, se indignan contra tal modo de escribir, pero tratan de hallarle sentido. El anónimo que en 1845 imprimió la vida de LARRA en la *Galería* de Pastor Díaz y Cárdenas

(página 6), dice: "Pero un incidente doméstico hasta ahora ignorado le impidió que continuase sus estudios universitarios y le separó de esta carrera. Aunque no haya noticia precisa del incidente a que nos referimos, parece que este acontecimiento ejerció un grande influjo sobre el porvenir de LARRA, y que alteró visiblemente su carácter. *Sospechamos que fuese alguna desgracia de familia, algún quebranto en la fortuna de sus padres,* que anunciasen a este joven reflexivo y profundo."

Don Antonio Ferrer del Río, que al año siguiente (1846) publicó su *Galería de la literatura española* (pág. 223), lo toma por otro lado, después de condenar, y con justicia, las necias imaginaciones de Cortés. "Por esta época (la de su residencia en Valladolid) señala uno de los biógrafos de Larra un acontecimiento misterioso, de cuyas resultas el escolar confiado, vivo y alegre, se hizo sospechoso, triste y reflexivo. Ignoramos ese secreto (1) y no admitimos esa transformación violenta, pues no anuncia de cierto viveza ni alegría un niño que odia todo juego y que a la edad de doce años se entretiene sobre un tablero de ajedrez por toda travesura, mientras sus condiscípulos corren por los patios y alborotan el colegio. Ni podía ser expansivo el joven que mo-

(1) Sin embargo, Ferrer asegura (pág. 221) que había sido amigo íntimo de LARRA.

rando en el seno de su familia tras larga ausencia, se retira por las noches del hogar, donde la vida doméstica hace ostentación de sus dulzuras, y se encierra en su aposento con libros y papeles (1). Calculamos nosotros que a los diez y seis años toda la desventura que puede oprimir a un mancebo no falto de medios de subsistencia, *se reduce a llorar el desdén, la inconstancia o el desvío de una hermosa, objeto de sus primeros amores*... ¿A qué embellecer con la magia de lo sobrenatural y portentoso sucesos comunes en la vida?"

A este parecer se inclina D. Manuel Chaves (página 18), no sin extrañarse algo de la manera con que Cortés refiere el hecho. Y Nombela (página 45), que también admite la versión de Ferrer, añade: "No nos explicamos por qué motivo don Cayetano Cortés, amigo de Larra (2), que debía estar enterado del asunto, hizo tantos misterios si, como han presumido posteriores biógrafos de *Fígaro,* todo se reduce a un desengaño amoroso."

Pero lo más singular es que el suceso es falso o, por lo menos, insignificante en la vida del autor. Véase la prueba. Después del párrafo copiado, agrega Cortés: "Lo cierto es que de resultas (del

---

(1) Estos y otros hechos semejantes los cuenta el mismo Cortés en prueba del carácter sombrío del niño LARRA antes del suceso *misterioso*.

(2) No dice Nombela en qué se funda para creer a Cortés amigo de LARRA. Será mera presunción suya.

lance misterioso) se vió obligado, bien a pesar suyo, a abandonar a su familia, pidiendo licencia a su padre para continuar sus estudios en la Universidad de Valencia, a la que se trasladó desde Castilla luego que la hubo obtenido. A poco de su llegada recibió orden del mismo para venir a Madrid, donde el favor y la influencia de algunos amigos le habían proporcionado un empleo, y de ese modo se vió arrastrado contra su voluntad a abandonar su carrera." (Pág. IX.)

Las consecuencias del percance misterioso no pudieron, con efecto, ser más graves, según Cortés. Pero es el caso, que consta de un modo indudable, que el 20 de noviembre de 1825 se hallaba aún LARRA en Valladolid, pues en tal día aprobó la asignatura de *Matemáticas,* de lo que le dieron certificación con fecha 27. Y consta también que el curso siguiente, que comenzó el 18 de octubre de 1825 y terminó en 30 de junio de 1826, lo hizo LARRA en el Colegio Imperial de San Isidro de esta corte, aprobando en tiempo legal las asignaturas de *Lengua griega* y de *Física experimental,* a cuyas cátedras, como dicen sus profesores, "asistió con puntualidad y aprovechamiento" (1).

Es, pues, evidente que no sólo el hecho misterioso de 1825 no interrumpió los estudios de LA-

---

(1) Chaves, pág. 19.—*Bol. de la R. Acad. Esp.*, cuad. VII. páginas 193 y 194.

RRA, como dice Cortés, sino que el viaje a Valencia, a consecuencia de él, es un mito.

De otro suceso también corriente hace misterio ese biógrafo en la pág. XV, diciendo de LARRA: "Habíase casado a los veinte años sin destino, sin carrera, sin dinero, sin recursos de ninguna clase, sin el apoyo mismo de su padre, *que había perdido por acontecimientos pasados.*" ¿Cuáles serían éstos? Ninguno: solamente que su padre, lleno de razón y prudencia, se opuso al disparatado matrimonio de su hijo, como éste mismo vino a reconocer tres años más tarde al pintar de mano maestra, en uno de sus artículos, "El casarse pronto y mal".

Por no fatigar la atención del lector, sólo diremos algo relativo al *gran misterio,* al que fué causa determinante del trágico fin de nuestro satírico. Ni un solo dato nuevo y concreto se ha producido sobre este punto (1), limitándose los historiadores a parafrasear y comentar las palabras de Cortés. En varios lugares habla éste del suceso; pero los daremos reunidos para su buena inteligencia.

"Los goces del esposo y del padre, que eran los

---

(1) No deben considerarse tales las desatinadas noticias de dos revistas francesas que suponen a LARRA enamorado de la reina María Cristina y suicidándose por no poder soportar sus desdenes. Una de ellas (*Le Voleur*) le hace *conde de Larra,* y otra (la *Revue Britanique*) le llama Vega y le supone autor de una célebre comedia, tomada del teatro francés, con el título de *Marcela o ¿A cuál de los tres?* Don Ismael Sánchez Estevan dió a conocer estos textos en el *Diario Universal* del 13 de febrero de 1913.

únicos que pudieran haber endulzado su natural condición y restituídole algún reposo, *apenas fueron gustados por él*... El casamiento de LARRA no resultó, a la verdad, feliz, pues los motivos fueron otros (que la falta de medios pecuniarios). Fué igualmente su carácter quien originó su desgracia en esta parte, lanzándole con frenesí en el torbellino del mundo y obligándole a ahogar entre su ruido y confusión los gérmenes de dolor que llevaba perpetuamente en su seno. Demasiado joven todavía, *fué presa de mil funestas y tormentosas pasiones* (1), que acabaron de acibarar su existencia. El amor culpable que concibió por una mujer casada amortiguó en él aquel entrañable cariño que en un principio tuvo a su esposa y a sus hijos, y le lanzó en una senda de extravíos y de errores que empañaron su reputación y su buen nombre...

"De resultas de todos los disgustos y sinsabores que sufrió hacia este tiempo, trató *Fígaro* de dejar la España y hacer una excursión al Extranjero... Al fin, no pudiendo vivir más tiempo fuera de su patria, se decidió a volver a España a fines de 1835, después de diez meses de ausencia...

"Seríamos injustos con LARRA si no reconociéramos la influencia que ejercieron en esta última

---

(1) ¡Valiente modo de escribir! ¿Qué querrá decir el bueno de Cortés con esto? ¿Que LARRA fué un tenorio de nuevo cuño o que tuvo otros vicios además del de enamorado? ¡Misterio!. ¡misterio!

fase de su vida literaria que estamos examinando los pesares y los quebrantos domésticos: la funesta pasión que tuvo la desgracia de concebir, olvidando los más santos deberes, se los acarreó grandísimos al fin de su vida. Por lo mismo que sus convicciones políticas habían sufrido tan rudo golpe (1), debió volverse, naturalmente, a buscar en el seno de la vida interior los consuelos que el espectáculo del mundo le rehusaba. Desgraciadamente, en vez de refugiarse en los brazos de una esposa querida, se aferró cada vez más a su malhadado amor, el cual debía costarle la vida. La persona que se lo había inspirado *no le guardaba ya una correspondencia,* sin la que se creía completamente desgraciado. La inquietud y agitación de su alma crecían por momentos. Todos los que le trataron entonces íntimamente pudieron observar el desorden de sus ideas, la incoherencia de sus acciones, el desvarío de sus sentimientos, indicios de una catástrofe próxima...

"Llegó, por fin, el 13 de febrero de 1837, cuyo día era el destinado para el término de la breve y tormentosa vida de *Fígaro. Su amada, después de cinco años de amores, quería romper* unos lazos doblemente ilegítimos y criminales, y él lo resistía con todas sus fuerzas. Creyendo poderla

---

(1) Alude al motín de La Granja, que le hizo renegar de los *progresistas* de entonces, a lo que ya se sentía inclinado desde su vuelta a España.

decidir a cambiar de opinión, quiso tener con ella una entrevista donde invocase los antiguos recuerdos e hiciese valer sus protestas de ahora. Túvola, en efecto, en su casa la noche de dicho día, pero nada consiguió. Todos los esfuerzos del amante se estrellaron ante la impasible resolución de la mujer. Esta acabó por exaltarle con su indiferencia, por enardecerle hasta el último punto con su despego (1), y apenas habían pasado unos cuantos minutos después de haberse despedido fríamente y sin dejarle ninguna especie de consuelo, cuando... oyeron los criados de LARRA un ruido, que al principio tomaron por la caída de un mueble, pero que luego que entraron en la habitación después de un larguísimo rato, ¡conocieron había sido la detonación de una pistola con que se había quitado la vida!" (2).

Cuando hubo pasado el horror, más que sentido por vulgo pregonado por rígidos moralistas, sobre el *caso* de LARRA, triunfó y se impuso la dulce y cristiana compasión hacia el suicida. Pero no faltaron escritores que, extremando este afecto, no se conformaron con la idea de que la muerte de LARRA fuese una simple desgracia, aunque muy lamentable, y haciendo de él una víctima inocente, dieron por criminal a la mujer causado-

---

(1) ¿Por dónde supo Cortés estos pormenores de la entrevista de *Fígaro* con su amada? Esta no se los habrá contado, de seguro.

(2) Páginas XV y XIX.

ra de aquel fin desastrado. Entonces llovieron sobre ella los dictados de hembra vulgar, sin corazón ni entendimiento, cruel, veleta, casquivana y otros semejantes.

No reparaban los que tal decían en que así como LARRA era muy dueño de enamorarse de ella o de otra, también ella lo era de corresponderle o no y de olvidarle, aunque le hubiese correspondido, no habiendo mediado compromiso legal o religioso. ¡Bueno fuera que cuando LARRA, con el fin de curarse de su intempestivo amor, se ausentaba de España a principios de 1835, y permanecía cerca de diez meses en el Extranjero, había de conservarle su amada una fidelidad que tanto mal producía y atenerse al resultado que ofreciese aquella prueba!

El hecho mismo de romper aquel amor, aun presintiendo las consecuencias, demuestra el fondo noble y honrado de la dama. El arrepentimiento es la explosión e imperio de la virtud latente u oprimida por el delito o adormecida por el vicio.

No creemos tampoco que fuese esta señora mujer vulgar, grosera o sin entrañas. Hemos leído, impresas, dos novelitas suyas delicadamente sentidas y expresadas, y varias poesías llenas de un idealismo elevado. Quizás adolecía del mal de su época, esto es, de *romántica,* pues en dichos versos se ven reflejadas aquella vaga inquietud de

las almas, aquellas aspiraciones sin objeto ni fin determinados, y tal vez el tedio de la vida y el ansia impaciente de lograr otra mejor...

Pero vengamos a cuentas. En estos supuestos amoríos, ¿han pasado las cosas exactamente según las refiere D. Cayetano Cortés? Tales incongruencias y contradicciones hallamos en sus palabras, que mucho recelamos que este otro *misterio* no quede reducido a cosa muy distinta y menos complicada.

En primer lugar, se dice que la correspondencia amorosa entre LARRA y su querida tenía cinco años de existencia. Y como LARRA murió en 13 de febrero de 1837, habría comenzado, cuando más tarde, hacia el 13 de febrero de 1832. Esto guarda correlación con la otra afirmativa de que "los goces de esposo y padre *apenas* fueron gustados por él"; aunque, habiéndose casado LARRA en agosto de 1829, el "apenas" hay que entenderlo en un sentido algo extensivo.

Ahora bien; los hijos de LARRA nacieron: el varón, que era el mayor, en 17 de diciembre de 1830; la primera hija, en 1832, y la última, muy andado ya el de 1834; la ruptura, pues, de LARRA con su mujer sólo pudo ocurrir en este año, lo más pronto. Lo cual echa por tierra todo el compuesto histórico del biógrafo, que, como se ha visto, anticipa este suceso lo menos dos años para que tengan cinco de vida los amores adúlteros.

Pero ¿comenzó efectivamente entonces la fatal pasión de *Fígaro?* Todo nos indica que era reciente cuando, a principios de 1835, quiso librarse de ella con la ausencia, y que no era correspondida, ni acaso lo fuese nunca. Hay dos poesías entre las suyas que arrojan bastante luz sobre este punto. En una, dedicada "Al 1 de mayo", recuerda el poeta este día porque, según dice:

Hoy fué, que de ilusiones
un tiempo yo juguete
pensé que ya tocaba
mil anhelados bienes.
Mas tú corriste luego,
y aquella ingrata aleve,
cruda, en tan largas penas
trocó dichas tan breves.
¿Acaso a recordarme
risueño me amaneces
que en pos de *nuevas burlas*
luego a sus plantas vuele?

Era la dama algo coqueta, pues "volvía la faz a mil adoradores"; pero le asegura que, entre tantos, ninguno cual él la amará, y eso que, "callando y resignado",

ni verla ya pretende,

y sólo por tributo le ofrece sus lágrimas. No la olvidará, le dice,

por más que en honra mía
el circo aquí resuene.
Que a mí me aplaudan todos,
como ella me desprecie,
¿qué valen para un pecho
que eterno amor somete,
qué valen conseguidos
los lauros florecientes?

Son un galardón estéril si el mísero no tiene frente a quien ornar con ellos.

Escribió, por tanto, esta composición en 1835, y alude al éxito del *Macías* (septiembre de 1834) y del *Arte de conspirar* (enero de 1835), que fueron sus obras dramáticas más aplaudidas. Y, como se ve, nada había logrado aún su amorosa súplica, engañada su esperanza por la ligereza y versatilidad de la dama, a quien halagaría la idea de verse requerida por joven de tanto renombre como *Fígaro*.

La otra poesía, que es fijamente de dicho año, pues va fechada así: "Lisboa. Mayo de 1835" (1), esto es, que fué escrita al pasar dicho mes y año por la capital portuguesa con el fin de embarcarse para Inglaterra, guarda congruencia con la anterior, y también es de *Recuerdos*:

Río Tajo, río Tajo,
el de la corriente undosa,
el de las arenas de oro,
el que Padre España nombra:
tú me viste más felice
que infeliz me ves ahora;
aun no pasaron seis lunas
y pasó mi dicha toda.
Risas y juegos y amores
me tejían su corona,
mas era de flores leves
que un leve soplo deshoja.

Si las bellezas lusitanas le piden versos en su

(1) Se publicó por el mismo LARRA en *El Español* del 3 de febrero de 1836. Va firmada con las iniciales «M. J. de L.» Como inédita la dieron algunos editores.

loor, el río Tajo puede decirles que su musa ya sólo entona ecos de dolor y que sus cuerdas están rotas.

> Diles que errante y perdido
> el vate infeliz se arroja
> al mar, maldiciendo acaso
> la misma patria que adora;
> que busca paz en el golfo
> y sepultura en las olas.

Reuniendo ambas, resulta que en 1 de mayo de 1834, LARRA, enamorado de la "ingrata", creyó que iba a ser correspondido, pues ella, con sus coqueterías, le animaba y le entretuvo algunos meses. Pero en noviembre o diciembre (según se cuenten las *seis lunas*) del mismo año recibió el desengaño más completo. Entonces quiso poner tierra y mar en medio, a pesar de la tiranía de su amor, que parecía sujetarle las plantas y aun le incitaba a volverse atrás.

Bretón de los Herreros, en su comedia *Me voy de Madrid,* alude a *Fígaro* y a esta ausencia, que supone motivada, entre otras causas, por el desprecio de una mujer casada (1).

Por otra parte, Ferrer del Río dice que LARRA se suicidó por orgullo. No podía existir éste des-

---

(1) Don Antonio Ferrer del Río (pág. 133 de su *Galería*) se expresa así: «Hallábase éste (LARRA) en el Extranjero, y allí tuvo noticia de que Bretón le había retratado en el protagonista de su comedia. De la misma opinión participaban muchos: nadie podía creer que no hubiese tenido presente a Larra al bosquejar un carácter con el cual se le advertían tantos puntos de semejanza.»

pués de unos amores satisfechos durante largo tiempo, ni casi se comprende que al cabo de cinco años de tranquila y completa posesión amorosa, salga nadie matándose porque su *cómplice* se haya cansado. El orgullo estallaría en LARRA al verse desdeñado por una simplecilla mujer, cuando tantos hombres eminentes le admiraban, y al ver desairadas sus continuas e inútiles solicitaciones por espacio de dos años y medio.

Cierto es que en pro de la versión de D. Cayetano Cortés, aunque no del todo, existe el artículo "El último paseo de *Fígaro*", por el marqués de Molíns, que figura en la segunda edición de sus obras (1882) y dió a luz poco antes en una revista, en el que se cuenta que LARRA, al despedirse de su amigo el marqués, después de un largo paseo por el Retiro el día 13 de febrero de 1837, le dice: "Usted me entiende. Voy a saber si otra persona me ama."

Pero este artículo nada tiene de histórico. Es un recuerdo novelesco de la persona de LARRA, inspirado por el que Mesonero Romanos estampó en las *Memorias de un setentón*, en 1880, al decir que el mismo día de su muerte le visitó por la mañana LARRA y le habló de su proyecto de componer un drama titulado *Quevedo*. Puesto que Mesonero había conversado con *Fígaro* en la mañana del día último de su vida, bien podía, a la tarde, dar un paseo, aunque fuese imaginario, con

D. Mariano Roca de Togores. Por lo demás, el tal "Paseo", en que LARRA, inoportunísimamente, narra su vida al amigo íntimo que debía estar harto de saberla, contiene tantos errores, que a la legua se ve que Molíns no quiso hacer un trabajo histórico (1).

Con no menor inexactitud acerca de LARRA se expresó en su también novelesca vida de *Bretón de los Herreros,* sobre todo en lo que toca a la enemistad de éste con *Fígaro* y a su reconciliación famosa. Refirió primero el hecho, en 1846, D. Antonio Ferrer del Río (2), sencilla y verídicamente, diciendo que LARRA y Bretón estaban reñidos, a punto de no saludarse, por sus respectivas críticas, y en especial por la que éste había hecho de LARRA en la comedia *Me voy de Madrid,* estrenada en diciembre de 1835. Que algunos amigos de ambos procuraron avenirlos, y que don

---

(1) Dice, por ejemplo, LARRA en esta autobiografía que a los trece años había ya visto a Toledo y a Valencia, y que se había dejado la razón en el Nuncio o en la Goleta, como la riqueza en su casa nativa. Que su padre emprendió un viaje con el infante Don Francisco y que le dejó a él (a LARRA) en un colegio de París hasta el año 18. Que en 1827 emprendió la publicación de *El Duende*; que su reputación quedó planteada con la comedia *No más mostrador*; que Grimaldi estaba al frente de la *Revista Española* en 1833; que pensó en él y comenzó a escribir artículos «en los folletines»; que «los Ministerios caían unos al ruido de mis artículos», etc.; que se embarcó en Lisboa «para Francia»; que su hija menor vivía con él, y que cuando cayó muerto, su cabeza se reclinó sobre las *Obras* de Quevedo que tenía debajo del «velador» sobre que escribía. Todo esto es falso.

(2) *Galería,* pág. 133.

Juan de Grimaldi, que lo era mucho de todos, empresario del teatro del Príncipe, y últimamente, en el Carnaval de 1836, de los bailes aristocráticos celebrados en el Salón de Oriente, dispuso en este local un convite, a que asistieron el barón Taylor, grande amigo de LARRA, Carnerero, Vega y otros literatos. En los postres, un brindis de Ventura de la Vega provocó la reconcialiación, abrazándose los dos adversarios.

Pero en 1883, el marqués de Molíns cuenta el suceso de un modo enteramente distinto (1). La idea y realización del banquete fueron cosa del mismo marqués, con pretexto de celebrar el nombramiento, a favor de Bretón, de bibliotecario segundo de la Biblioteca Real, que había obtenido por decreto de 18 de julio de 1836 (2). La comida se hizo en el Jardín de Apolo, en el extremo de la calle de Fuencarral. El marqués, "como anfitrión", hubo de romper los brindis con uno de que no se acordaba en el texto, pero se acordó en la nota, y, para encajarlo, destrozó el de Vega, según lo había recogido Ferrer. En lo demás, la anécdota es igual.

¿A quién creer, en tal diversidad? No cabe duda: a Ferrer. Este escribía a pocos años del hecho, cuando aun vivían todos los interesados, menos

---

(1) *Bretón de los Herreros*. Madrid, 1883; págs. 110 a 112.
(2) Pero ¿cómo LARRA, antes de reconciliarse con Bretón, había de asistir a un banquete dado en honor suyo?

LARRA, que hubieran podido desmentirle. Cuando Molíns escribía era el único superviviente del banquete, si es que asistió a él.

Si alguna duda pudiera caber sobre la distracción o falta de memoria del marqués de Molíns, este mismo episodio de la querella entre Bretón y LARRA, según él la expone, nos da la demostración palpable. Después de contar, no muy a derechas, las malas disposiciones de ánimo de los dos escritores y los antecedentes de la ruptura (1), sigue así:

"Un suceso políticamente grande, literariamente pequeño, y que LARRA *consideró como imperdonable ofensa a su amor propio,* vino a dar la señal del rompimiento. Había subido al Poder Mendizábal, se había decretado el armamento de cien mil hombres... Organizáronse funciones teatrales para aplicar su producto a las urgencias de la guerra: en una de ellas, titulada *El plan de un drama,* que improvisaron Bretón y Vega, y que se representó en el teatro de la Cruz el 22 de octubre de 1835, se acababa por leer composiciones poéticas; fueron autores de éstas Gil y Zárate, Roca de Togores, Bretón de los Herreros, Espronceda y Vega; *no se contó con* LARRA, y esto le *ofendió mortalmente.*"

Ahora bien; con sólo recordar que el 22 de octubre de 1835 y muchos días antes y después se

(1) Ya tocaremos ese punto.

hallaba LARRA en París, y fuera de España desde mayo de dicho año hasta fines de diciembre, quedará probada la falta de fundamento en lo sustentado por el buen marqués y su grandísima falta de memoria.

Pero todavía hay que añadir a esto una gran falta de atención en lo que escribe. Sin interrupción prosigue:

"Llegó, en tanto, el mes de diciembre de 1835: LARRA hablaba a todo el mundo y escribía en todos los tonos (?) sobre su deseo de viajar. (*Ya sabemos que se había ido hacía unos ocho meses.*) Bretón *había dado* al teatro del Príncipe su comedia *Me voy de Madrid* (*No la "había dado" aún, sino que la dió después, el* 21 *de dicho diciembre.*) y, aprovechando *la coincidencia* de estos dos hechos, los maliciosos decían que el viaje del primero era una fuga y que la comedia del segundo era una sátira... Tuvieran o no razón los maliciosos en sus sospechas, el caso es que la comedia *Me voy de Madrid* fué representada el 21 de diciembre de 1835 y el viaje de LARRA por Portugal a Francia *se emprendió pocas semanas después*... A los *diez meses* de ausencia, *en enero de* 1836, regresó *Fígaro* de París" (1).

Es decir, que, según la cronología del marqués, median *diez meses* entre "algunas semanas" después del 21 de diciembre de 1835 y enero de

(1) *Bretón de los Herreros*, págs. 106 y 107.

1836, o, lo que es igual, no sabe lo que escribe.

Sigue todavía Molins, en plena novela, diciendo que como al volver LARRA a Madrid, y en uno de sus primeros artículos manifestase su desdén por la literatura que se reduce a las galas del decir, al son de la rima, a entonar *sonetos* y *odas de circunstancias*, con lo cual se acordaba "de las piezas de circunstancias de *El plan de un drama* y la lectura de *sonetos* en que no se le dió *participación*", Bretón de los Herreros "se irritó con estas expresiones, que, desde luego, tomó para sí" y contestó a ellas con su comedia *La Redacción de un periódico* (1). Prosigue con que la gravedad de los sucesos políticos y otras causas quitaron valor a estas rencillas, y la mediación de buenos amigos preparó las paces, "logrando, por el pronto, *que* LARRA *nada dijese de la tal comedia* ni de la titulada *El amigo mártir*" (2).

Tan al contrario sucedió, que LARRA no tardó más de tres días después del estreno (5 de julio)

---

(1) Quitada la causa, cesa el efecto. Si LARRA no pudo ofenderse por lo de *El plan de un drama*, no pudo zaherir a Bretón ni éste contestar. Pero, aunque así no fuese y si Bretón se hubiese propuesto tal cosa, hay que convenir en que la tomó con harto despacio; pues habiéndose publicado el artículo de LARRA en *El Español* del 18 de enero de 1836, la obra de su contradictor no se estrenó hasta el 5 de julio. Además, en la comedia no hay agravio ninguno ni para LARRA ni para los periodistas. El único algo venal es el dueño del periódico, que no escribe.

(2) Respecto de ésta ¿por qué, si se estrenó el 10 de octubre y la amistad se había restablecido ya meses antes, según el propio marqués de Molins?

de la comedia *La Redacción de un periódico,* en publicar un extenso y razonado artículo crítico de ella. Conócese que las paces estaban ya hechas, pues al comenzar, y después de un cumplido elogio del teatro cómico bretoniano en general, se excusa de hacer un análisis de todas sus obras a causa de que, según dice, "la posición personal en que con respecto al autor nos hallamos pudiese torcer, a los ojos del lector, el verdadero sentido imparcial de nuestras críticas o elogios. *La amistad es mal antecedente para la serenidad crítica*"

Sin embargo, el asunto o argumento de la comedia no le parece bueno, porque de un caso que, si lo hay, será excepcional, parece convertirse en general, con ofensa de toda la clase periodística. Y por más que añade: "Sabemos que el Sr. Bretón no ha tratado de ofender a nadie, y eso, claro, se echa de ver en el pulso con que toda la comedia está escrita", él hace su protesta, diciendo que si hay hombres que se venden también los hay "que ni reconocen miedo ni precio; hombres que no admiten ni admitirán nunca destinos de un Gobierno ni promesas de partidos (1); hom-

(1) Sin embargo, el 9 de agosto de este mismo año, y apoyado por el Gobierno, en especial por el duque de Rivas, fué LARRA nombrado (que no elegido) diputado a Cortes por Avila y por 477 votos, derrotando a D. Juan Martín Carramolino y a D. José de Somoza, ambos naturales del país. El primero, su historiador, fué luego también su representante, hasta el fin de sus días, y Somoza, literato muy estimable, también logró la misma honra. LARRA no llegó a sentarse en las Cortes, como ministerial, a causa del motín de los sargentos en La Granja.

bres, en fin, que tienen harto orgullo, fundado o no, para escribir otra cosa que lo que sienten" (1).

Y para que Bretón no piense que él queda lastimado o quejoso, concluye así: "Volvemos a pedir perdón al autor por las observaciones que hemos creído necesario hacer; fuera de eso, que acaso será extremada delicadeza nuestra, no tenemos valor sino para reconocer las bellezas que le son naturales ya en sus escritos. Por lo que hace a los defectos, si más hay, encuéntrenselos otros: por hoy renunciamos a ese derecho" (2).

La Redacción de un periódico no encierra, pues, ninguna alusión a *Fígaro,* y aunque así fuese, nada perdería en parecerse al noble y simpático Don Agustín de Peralta de la comedia.

Pero veamos lo que hubo de verdadero en todo esto, que tan alterado ha llegado a nuestros días, ya que la querella de Bretón y LARRA ha vuelto a sacarse al campo de la discusión en estos últimos años (3) y tiene más remotos y diversos orí-

---

(1) Son las mismas palabras que dice el LARRA de la comedia (I, IV):

DON TADEO. Digo que estoy muy contento;
y, para ser tan tronera,
escribe usted con un seso...
DON AGUSTÍN. Yo no sé si escribo bien,
pero escribo lo que siento.

(2) *El Español* de 8 de julio de 1836.

(3) Azorín. *Rivas y Larra.* Madrid, 1916. El capítulo IV de los referentes a LARRA, y casi todo destinado al examen de la comedia de Bretón *Me voy de Madrid,* ocupa más de cuarenta páginas en esta obra.

genes que los apuntados por Molíns y otros autores (1).

El 29 de abril de 1831 se representó en el teatro de la Cruz la comedia en cinco actos, en prosa, titulada *No más mostrador,* que LARRA dió con su nombre y como original. El 2 de mayo salió en el *Correo Literario* un artículo acerca de ella firmado con una B., que era con la que Bretón signaba sus trabajos en este periódico. Celebra, en general, la obra; reconoce talento en su autor, y como éste había dicho en el anuncio que era su primer ensayo en el género dramático, le anima a seguir en él. Le da acertados consejos, y señala con moderación ciertas desigualdades en los caracteres, pero atenuando siempre la censura; en sustancia, el artículo es laudatorio. No tan bien le trataron otros críticos, que le reprocharon, entre otras cosas, que LARRA diese como *original* una comedia sacada de *Les adieux au comptoir,* de Eugenio Scribe. Bretón, si conoció la travesura de LARRA, la calló, pues admitió como original la comedia.

El tono de maestro que se advierte en este pri-

---

(1) «Larra hizo una crítica de una de las obras de Bretón que desagradó a éste; Bretón hizo una comedia en que satirizó a Larra. Más tarde, en otra obra, volvió también a molestar a Larra. La primera comedia se titula *Me voy de Madrid*: en ella es donde realmente Bretón saca a Larra a las tablas. La segunda comedia lleva por título *La Redacción de un periódico*: en ella sólo hay tal cual rasgo dirigido contra *Fígaro.*» (*Rivas y Larra,* pág. 229.)

mer artículo de Bretón no debe extrañarnos. LARRA tenía veintidós años, no había publicado más que las dos malas odas ya citadas y *El Duende*, sin que desde 1828 volviese a dar señales de vida (1). Bretón tenía treinta y cinco años: había dado al teatro más de cuarenta obras y una gran cantidad de versos y prosas; era ya el autor más popular y celebrado de su tiempo.

LARRA puso al año siguiente en escena dos traducciones: una de Scribe, titulada *Felipe* (28 de febrero, en el teatro del Príncipe) y la otra *Roberto Dillon* (12 de octubre, en el Príncipe), de Víctor Ducange; ésta, con el anagrama de Ramón Arriala. Para ambas tuvo elogios Bretón en sus artículos críticos insertos en el *Correo Literario*. Cuando se estrenó el *Macías* no se publicaba ya el *Correo* y Bretón no escribía reseñas de teatros. Trató luego con benevolencia (en *La Abeja* del 9 de enero de 1835) la comedia silbada de LARRA *Las desdichas de un amante dichoso*, y celebró con calor *El arte de conspirar* en el artículo de dicha revista de 24 del propio mes.

Tres años antes, en el *Correo* había elogiado grandemente algunos números de *El Pobrecito Hablador* (artículos de 1 de octubre y 5 y 21 de diciembre de 1832), llegando a decir en uno de

---

(1) Con excepción de la insignificante «Elegía a la muerte de la duquesa de Frías», publicada en 1830, en la *Corona fúnebre* de esta señora.

ellos: "Declaramos que no es hombre de gusto el que no lea sus cuadernos."

Esto es lo que dijo Bretón de LARRA (1).

Este comenzó a ejercer la crítica literaria, y especialmente la de teatros, en la *Revista Española* en diciembre de 1832, y ya con asiduidad desde enero de 1833. Pocas veces tuvo en él lugar de tropezarse con Bretón de los Herreros, que no sacó a escena más que traducciones o piezas de escasa importancia. *No más muchachos,* el 15 de febrero; *La nieve,* el 21 de mayo; *El músico y el poeta,* el 30 del mismo mes; *El templo de la gloria,* el 23 de junio, y *La loca fingida,* el 5 de diciembre. Es forzoso convenir en que devolvió a Bretón sus elogios en las pocas frases que dedicó a estas obras y no a todas. De la primera dijo: "La traducción está hecha por mano ejercitada y feliz (2). De *La nieve*: "La traducción es de mano maestra, en buen lenguaje, y hecha con conocimiento del teatro" (3). De *El músico y el poeta* dice que, como pieza de circunstancias, poco hay

---

(1) En una carta escrita por Bretón al después conde de Cheste, y fechada en Madrid a 16 de junio de 1832, le dice: «El imperceptible LARRA está en Bermeo con su padre; el versátil Vega, como siempre; el dulcísono Alonso, ídem; el sochantreo Roca de Togores, con un brazo dislocado...» Todos eran amigos de ambos. El llamar «imperceptible» a *Fígaro* será por su corta estatura. Entonces llevaba ya publicados varios números de su célebre *Pobrecito Hablador.*

(2) *Revista Española.* Artículo de 19 de febrero de 1833.

(3) Idem. Artículo de 24 de mayo.

que decir de ella (1). De las otras dos no habla, y eso que ambas, así como la última, eran originales. Pero...

En la Navidad del mismo año estrenó Bretón su celebrada comedia *Un tercero en discordia*. A ésta consagró LARRA un artículo que él creyó digno de ser conservado, pues lo reimprimió en su primera serie. Con cierta ligereza y buen humor va el crítico punzando y mordiendo no sólo esta comedia, sino la de *Marcela,* que era muy anterior. Dice en sustancia que ésta, es decir, el personaje Marcela y la protagonista de *Un tercero en discordia* son un par de tontas, y que los demás caracteres de las obras son falsos. Y luego, con inocente malicia, aplaude que Bretón haga comedias sin asunto o con uno muy sencillo, lo que prueba (dice) su talento, fiando el éxito en la rima y chistes del diálogo y en la gracia de la versificación, cosas en las que no admite rival, aunque "bien puede tenerlos en cuanto a intención, profundidad y filosofía" (2).

Tres meses después (3) escribió otro extenso artículo para examinar la comedia bretoniana ori-

---

(1) *Revista Española*. Artículo de 4 de junio. Las *circunstancias* fueron la jura de la princesa de Asturias y pronto reina Doña Isabel II.

(2) *Revista Española* de 29 de diciembre de 1833.

(3) El 7 de febrero de 1834 juzga la comedia traducida *La fe de bautismo*, que Bretón dió sin su nombre; pero nada dice del traductor y poco del autor del original, que era monsieur Picard.

ginal titulada *Un novio para la niña,* que se había estrenado el 30 de marzo de 1834. Y al juzgarla, después de "confesar ingenuamente", según dice, "que cuando la amistad nos une con el autor de una comedia tememos que este sentimiento, nos ofusque, y así nos oculte los defectos como nos abulte las bellezas", pondera, como de costumbre, la facilidad del poeta, el chiste y la agudeza, así como las descripciones, que son espejo fiel de las costumbres. Pero luego le endereza la siguiente pregunta: "¿Ofenderíamos la amistad si aconsejásemos al autor que meditase algún tanto más sus planes?" Y un poco más abajo este parrafito: "Pero donde se prueba cuánto puede el ingenio es en una circunstancia notable. Tres comedias consecutivas nos ha dado este poeta, en las cuales ha sabido hacer tres obras diferentes, repitiéndose a sí mismo. Una joven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caracteres forman el argumento de todas ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña* ha hecho, sin embargo, con él tres dramas diferentes" (1). Es decir, que la falta de variedad y, por ende, de meditación que en la pregunta le censura, ahora se lo vende como un elogio. Si éste es mi amigo—diría Bretón—, ¿cómo serán los enemigos?

---

(1) *Revista Española* de 1 de abril de 1834.

Pero donde ya sin eufemismos ni ironías más o menos embozadas declaró LARRA su malquerer a Bretón fué en el análisis y juicio del drama romántico *Elena,* que el poeta hizo representar en el Príncipe el día 23 de octubre de este año de 1834. Dos artículos seguidos le dedicó LARRA: uno muy corto, a manera de anuncio del otro; pero en donde ya le dice a su *amigo*: "El drama *Elena* abunda en buenos versos, dignos de su autor; pero sus largos diálogos y muchas de sus situaciones, sobradamente forzadas, han producido un efecto que ni es el del interés ni ha cautivado la benevolencia del público. *El telón del fastidio vino al suelo* (*sic*). Hablaremos más despacio de esta composición, en cuyo género no aconsejamos al autor que continúe... Las gentes salían refunfuñando. Es pieza que, en nuestro entender, no proveerá las arcas del teatro, a pesar de sus bandidos, de sus asesinos, de sus decoraciones, en las que se reconoce la hábil mano del pintor Blanchard" (1).

Estas palabras anuncian cómo habrá de ser el artículo siguiente, donde se analiza el drama en tono burlesco y se le acribilla de censuras, achacándole innumerables defectos (2). Sin embargo, el drama no es tan malo. Un crítico moderno que sabe bien lo que dice, le absuelve y recuerda que

---

(1) *Revista Española* de 24 de octubre de 1834.
(2) *Revista* del sábado 25 de octubre. Véanse más adelante íntegros este artículo y el anterior.

a él han ido a buscar alguna idea o situación Hartzenbusch y el duque de Rivas en sus obras más famosas (1).

Después de esta obra y antes de emprender LARRA su viaje, sólo hallamos que hable de Bretón en el artículo relativo a la comedia *Mi empleo y mi mujer,* estrenada en el Príncipe el 19 de noviembre del mismo año, que maltrata bastante, llegando a decir que tiene "alusiones grotescas y un tanto indecorosas que se oyen a cada momento".

Tan repetidos ataques, sobre todo los dos últimos, molestaron, al fin, a Bretón, quien, al saber que LARRA iba a ausentarse de España, compuso una comedia satírica en que bajo un disfraz bien conocido y con alusiones harto claras sacaba a escena al propio *Fígaro,* achacándole, si no delitos, actos y costumbres muy poco recomendables, en la comedia *Me voy de Madrid,* estrenada en el teatro de la Cruz el 21 de diciembre de 1835.

Digamos, desde luego, que no sólo era desproporcionada la venganza en relación con la ofensa, sino de todo punto ilícita y hasta poco noble el hacer representar la obra hallándose LARRA ausente de Madrid y de España.

El resumen de la comedia es que un don Joaquín, joven elegante, calavera, maldiciente y pe-

---

(1) *Zorrilla. Su vida y sus obras,* por Narciso Alonso Cortés. Valladolid, 1917; págs. 165 y 166.

riodista y poeta satírico, después de haber burlado con palabra de matrimonio a una prendera, vuelto el poco seso que tenía a una joven viuda, e intentado seducir a una honradísima casada, mujer de un amigo suyo, acosado por la prendera, por el hermano de la viuda y por un usurero que ha recogido todas las deudas del tramposo calavera, se fuga de la corte, exclamando: *Me voy de Madrid* y dejándolos a todos burlados. Claro es que algunas de estas circunstancias no convienen a LARRA, como la de dar palabra de casamiento a la prendera y a la viuda, pues LARRA era casado y el joven de la comedia es soltero; pero, en las demás, concuerdan los que le han conocido en que le son adaptables (1).

---

(1) Ya hemos citado las palabras terminantes de Ferrer del Río y del marqués de Molíns, que fueron amigos de LARRA. El primero, que según va dicho, escribía en 1846, nos da en otra parte, de *Fígaro*, como hombre, un concepto muy mediano, diciendo: «Vivo, no correspondía a la amistad de nadie... Larra, con su índole viciosa, su obstinado escepticismo y sin saborear nunca la inefable satisfacción que resulta de las buenas acciones, no cabía en el mundo... A este campo de desolación y de tristeza le conducía su instinto aciago, su carácter receloso, su condición áspera y exigente.» Mesonero Romanos, en sus *Memorias* (II, 59), refiriéndose a los concurrentes al café del Príncipe, dice también: «Allí Larra, con su innata mordacidad, que tan pocas simpatías le acarreaba...» Hasta el benévolo Cortés (XIV) se expresa así: «En el trato social afectaba siempre modales muy distinguidos... pero en lo interior de su casa desplegaba un genio duro, desigual y poco sufrido.» Y en cuanto a su conducta moral y social en esta época, no olvidemos que este mismo autor había escrito de LARRA que su propensión viciosa «le lanzó en una senda de extravíos y de errores *que empañaron su reputación y su buen nombre*». Esto bien podía saberlo Cortés, por ser cosa del dominio público.

Los otros personajes de la comedia son Don Fructuoso, empleado de crecido sueldo y gran servidor de todos los Gobiernos, siempre temeroso de perder su destino, y hermano de una Doña Manolita, viuda de poco caletre, pero honrada, a quien Don Joaquín, con sus discursos, ha vuelto *romántica* de atar. No ama al galán, pero no repugnaría casarse con él, cosa que sí repugna su hermano, porque Don Joaquín es un maldiciente sin freno y no tiene sobre qué caerse muerto. Don Hipólito es un rico mayorazgo, algo papanatas, amigo de oír sátiras y chascarrillos, en quien Bretón simbolizó el público adicto a LARRA, que aplaudía todos sus dichos y escritos. Está casado con una Doña Tomasa, joven muy hermosa y discreta, que ofrece contraste perfecto con la visionaria Doña Manolita. Ama Tomasa a su marido y rechaza con desprecio el amor que le ofrece el seductor galancete. Un Don Serapio, usurero de más de la marca y perseguidor acérrimo de sus deudores, y un criado, Lucas, que recuerda al que LARRA describe en su artículo de la Nochebuena de 1836. Sin que ninguno de estos personajes desdiga su carácter, van sucediéndose los lances de la comedia y estrechando más cada vez el círculo o campo de las audacias y embrollos del protagonista, que, por librarse de tantos perseguidores, apela, como se ha dicho, a la fuga.

Un escritor moderno, lleno de amenidad y

muy original, aunque por ello algo inclinado a veces a la paradoja, escribió un largo estudio sosteniendo que la comedia de Bretón, que califica de *adefesio,* en nada se refiere a *Fígaro,* y que, por tanto, no debería éste darse por ofendido, ni se hubiera dado si los amigos no le hubieran levantado los cascos y persuadido de la gravedad de la injuria. Para lo primero, porque lo último suponemos será una simple presunción del crítico, analiza minuciosamente, aunque con alguna inexactitud (1) y mucha parcialidad y hostil espíritu, la

---

(1) *Rivas y Larra,* IV, 229-272. Rectificaré algunos errores de hecho, procedidos acaso de lo rápido de la lectura, pero que son base de objeciones. En la página 231, por ejemplo, afirma *Azorín* que Don Fructuoso es un redomado hipócrita, porque dice que «en el fondo detesta a Don Joaquín; pero le hace zalemas y cortesías, porque le teme *y lo necesita*». Esto último, que sería lo que le daría carácter de hipócrita, no lo dice Don Fructuoso ni se deduce de sus actos. Le teme porque su mala lengua puede hacerle perder su empleo; pero esto no es ser hipócrita. Es muy natural y corriente temor, según nos acredita la experiencia... ajena, porque el que esto escribe no ha sido nunca empleado.

En la pág. 233 se dice que Manolita «decididamente ama con pasión a Joaquín»; pero esto es inexacto, y lo prueba que en la página siguiente se afirma que «Manuela no sabe todavía si le quiere o no».

Aunque el autor sostenga que los rasgos del héroe de la comedia no se pueden aplicar a LARRA, es lo cierto que él mismo va enumerando los principales. Así, en la pág. 235, dice: «Joaquín viste atildadamente; Larra vestía con aliño y elegancia»: primera semejanza. Algo después añade: «Joaquín comienza a soltar una porción de malignidades a la manera que una fuente suelta agua»: es la segunda semejanza. En la página 236 se recuerdan las frases que en la comedia dice el héroe, disculpándose de su mal hablar: «me inclina a ello mi carácter». En la pág. 239, en la escena ingeniosa en que Joaquín hace su declaración indirecta a la casada y ésta cree que

comedia, que, si no es de gran mérito, todavía está más lejos de ser un *adefesio,* sino una pieza

---

se refiere a la viuda, escena que no sé por qué se califica de absurda, y se dice que en ella Don Joaquín «da pruebas de ser un tonto», vemos, al contrario, una tercera y patente semejanza del carácter del personaje fingido con el real, que es el orgullo. Don Joaquín no cree ni puede creer que la casada le rechace, y por eso entiende a su favor las inocentes frases animadoras de Doña Tomasa: no es tonto: se pasa de listo y de soberbio.

En la pág. 240, al comentar el hecho de que Joaquín consiga de la viuda su retrato con marco de oro, se dice: «Joaquín, satisfecho, complacidísimo, se marcha con el retrato, diciendo para su capote esta frase misteriosa—que luego veremos el sentido que tiene—: «¡Quince duros!» Y acaba el acto primero. La frase no es misteriosa, puesto que en la escena anterior la había explicado el propio Don Joaquín, diciendo:

¡Bravo lance! ¡El marco es de oro
y me hallo en tales apuros!...
Bien me darán quince duros
por el dulce bien que adoro.

Página 246. Varias escenas del acto segundo pasan en el jardín de la casa de Don Hipólito, y *Azorín* exclama: «¿Qué jardín es este de la casa de Don Hipólito, hombre modesto?» Y en la página siguiente vuelve a decir: «¿Qué jardín es este de Don Hipólito, hombre modesto? Demasiado, demasiado jardín.» Pero olvida que poco antes el mismo Don Hipólito había dicho que era mayorazgo y rico; y su mujer, en la escena IX, añade:

Tengo rentas que me sobran
para dejarme servir
y sólo pensar en modas
y en placeres, pero soy
por afición hacendosa.

Conque bien podían tener un jardín espacioso en su casa o palacio, y mucho más «en el Madrid de 1835».

Página 252. Entre las desgracias que agobian a Joaquín en el último acto de la comedia es una la caída del Gobierno, al día siguiente de haberle hecho su apología, y exclama el comentador: «Pero ¿no habíamos quedado en que esa apología era irónica y en que con ella iba a dar Larra un disgusto más

muy graciosa y bien escrita, llena de incidentes oportunos y con escenas cuyo desarrollo recrea el

---

al Ministerio?» No, por cierto. Habíamos quedado en que, como Don Hipólito era de la oposición, al leer la apología se indignó contra su amigo, y éste, por calmarle y hacerle admirar una vez más su talento, le había dicho que el sentido de la obra era irónico; lo contrario de lo que la letra decía, y Don Hipólito lo había creído. ¿Cómo Bretón había de cometer tal descuido? Es, por el contrario, una gracia más de la comedia.

Páginas 258 y 259. Como *Azorín* examina la obra con prejuicio muy desfavorable, no repara en que los para él inexplicables hechos de hallarse unas veces abierta y otras cerrada la puerta de la escalera de la casa de Don Joaquín, y que tantas exclamaciones y preguntas le inspiran, las explica claramente el criado Lucas, saliendo la primera vez en un vuelo a la tienda (que estaría en la misma casa) en busca del pan para el almuerzo precipitado de su amo y dejando abierta la puerta, en cuyo intermedio entraron Don Hipólito y su mujer, pero cerrándola al volver «con el panecillo», según declara la acotación. Realmente se necesita estar muy apasionado para hacer objeción de estas menudencias.

En la pág. 262 se dice: «Afortunadamente sale Tomasita y lo salva. —«No sean ustedes bárbaros»—dice Tomasita. Yo no sé qué texto de *Me voy de Madrid* habrá leído el señor *Azorín*; porque ni en la primera edición de la comedia, hecha en 1836; ni en la de 1850, hecha por el autor; ni en la de 1883, hecha por su sobrino, he hallado tales palabras.

En la pág. 263, hablando del juicio de los periódicos sobre la comedia bretoniana, dice: «Larra era colaborador de *El Español*: este periódico no dijo nada de la comedia de Bretón. Larra era también colaborador o redactor de la *Revista Española*.» En cuanto a lo primero, olvida el autor que LARRA no empezó a colaborar en *El Español* hasta el año siguiente de 1836; y en cuanto a lo segundo, olvida también que había dejado varios meses antes de colaborar en dicho periódico y que se hallaba fuera de España.

En la pág. 267, para demostrar que la comedia no había gustado al público, se dice: «*Me voy de Madrid* no se representó más que seis u ocho noches.» Que era justamente lo que solía durar en el cartel, al primer envite, una comedia bien recibida. Entonces no era como ahora, en que hay infinitamente más espectadores y puede repetirse cien veces una obra de teatro.

ánimo en la lectura por su viveza, así como toda la obra por su gallardo lenguaje (1).

---

(1) La particular inquina que *Azorín* siente hacia Bretón de los Herreros se revela no sólo en el descuido al reportar los hechos, sino en la prevención con que los estima. Así, en la página 240 de su estudio, al juzgar el pasaje en que Joaquín se admira de que Manolita no quiera darle una mano y exclama: «¡Y es romántica! ¡Y es viuda!», exclama también *Azorín*: «Estas frases pasarán al repertorio de lo clásico.» Y luego las repite otra vez en burla. Pero ¿por qué tantos aspavientos? Quiso dar a entender Don Joaquín que su amada, como romántica, debería (según el romanticismo que él le habría enseñado) ser tierna y afectuosa y, como viuda, poco asustadiza.

En las págs. 255 y 256 se sotienen (suponemos que en broma, pero siempre como censura del arte bretoniano) unos principios de moral algo *moscovitas*. Porque el sastre le pide a Don Joaquín el pago de la ropa que le hizo y se excede en la cuenta, «tiene razón Larra en no pagar al sastre». Porque Bretón ha hecho que su Don Hipólito sea «tan lilaila, zonzo y mentecato, merece que le birlen a su Tomasita». Y, en fin, porque el usurero Don Serapio sea un canalla, «hace bien (Joaquín) en no dar un céntimo a Don Serapio». Hasta le niega a Bretón el conocer las costumbres de su tiempo, pues cuando un crítico (página 264) dice que hay en la obra versificación buena y «conocimiento no escaso de las costumbres, le replica *Azorín*: «¿A qué le llamará entonces desconocer las costumbres este señor?» Que Bretón, a los cuarenta años de su edad, después de haber recorrido casi toda España y haber escrito más de noventa comedias, casi todas de costumbres españolas, no conociese las de su tiempo, es, a la verdad, un poco fuerte para ser escrito en letras de molde.

Por último, no falta el hacer argumento de los amores reales de LARRA, que es lo que ha movido esta larga digresión. Dice Bretón en la comedia, por boca de Don Joaquín (III, XIV):

> Lucas, me voy de Madrid.
> Y ¡asómbrate!: en un villa
> donde se ven rebullir
> tantas hembras cuya honra
> no vale un grano de anís,
> *a mi amor una Lucrecia*
> *no se ha querido rendir.*

Azorín, después de consultar la biografía de LARRA, por

En lo que sí convenimos es en que no había suficiente motivo para que LARRA se enfadase, salvo por el hecho atrevido de sacarle a escena. Los pecados y desafueros que se achacan a Don Joaquín no son ni deshonrosos ni irremediables. En punto a amores, con renunciar, como era justo, a sus pretensiones cerca de la mujer de Don Hipólito; y, puesto que el compromiso con la viuda no era grave ni formal, con dar la mano a la prendera gaditana quedaba limpio de toda culpa. Y en lo demás, con pagar sus deudas, reprimir su ingénita malevolencia y moderar sus veleidades políticas, podía tenerse y ser tenido en adelante por hombre digno y honrado. Y prueba de que, al fin, así lo entendieron los amigos de ambos literatos, es que lograron sin dificultad la reconciliación entre ellos que dejamos referida.

Hemos citado quizá con demasiada prolijidad varios errores cometidos en las biografías y estudios acerca de LARRA para probar no sólo que falta un buen libro a él dedicado, sino que para ello lo primero es derrocar toda clase de leyendas y patrañas, vengan de donde vengan. El bió-

---

Chaves, dice: «La alusión de Bretón de los Herreros es una alusión algo absurda; porque una mujer que tiene relaciones cinco años con un hombre casado no es ninguna Lucrecia.» ¡Cuánta preocupación! Es decir, que estaba más enterado de lo que ocurría en 1835 Chaves, que escribía en 1899, que Bretón, que escribía el año mismo de los sucesos. Ya sabemos nosotros que el pobre Chaves no sabía de esto más que lo que dijo Cayetano Cortés.

grafo deberá, ante todo, atenerse al documento fidedigno: así podrá colocar bien y ordenadamente los hechos y luego discurrir a su sabor sobre ellos.

EMILIO COTARELO.

Madrid, 18 de mayo de 1918.

I

El Duende Satírico

I

El Duende Satírico del Día

LE PUBLICA DE SU PARTE

Mariano José de Larra

(«Des sotises du temps je compose mon fiel». Boileau, «Sat.»)

PRIMER CUADERNO

Madrid, 1828. Imprenta de D. José del Collado.

I

DIALOGO

El Duende y el Librero.

—Buenos días, señor librero.

—¿Qué le trae a usted por aquí?

—Amigo, lo que a todo el mundo le hace ir y venir: el deseo de ganar la vida y, si se puede, de agenciarse algunas superfluidades.

—Siéntese usted, que no vendrá usted tan de prisa, y explíqueme en qué puedo servirle.

—Señor, hablemos claro y ahorrémonos de palabras; vengo a animar a usted a que escriba, y a que escriba para el público.

—Hombre, mal pleito trae usted.

—Vaya, no empecemos con la modestia.

—No, señor, no es modestia: es comodidad, pereza, reflexión, todo lo que usted quiera.

—Pero ¿es posible?...

—Vamos, y ¿qué quería usted que escribiera? Para fastidiar al público siempre se está a tiempo; además... que... en verdad... no tengo nada que decirle por ahora.

—¡Por Dios! ¿No tiene usted nada que decirle? Y ¿no ve usted los abusos, las ridiculeces; en una palabra, lo mucho que hay que criticar?

—¡Criticar! ¡Ay! Usted está loco; mi librero ha perdido la cabeza; ¿piensa usted que reservo yo la mía para lances de honor? ¿Usted cree que tengo yo gusto en vérmela rota?

—Eso, no; usted habla en chanza; el Gobierno vigila sobre la seguridad de los individuos que están a su cuidado, y castigaría a cualquiera...

—Sí, señor; el Gobierno vigila sobre la sociedad, y la sociedad no cesa de conspirar a desbaratar los buenos fines del Gobierno. Sí, señor; éste protegería tal vez a quien criticase los vicios y los abusos, porque éstos siempre conspiran contra el Gobierno; castigaría también, es cierto; pero, señor librero, ni el Gobierno podrá evitar que una

paliza acabe con mi gana de criticar, ni a mí me importará nada que el Gobierno cuelgue al que me la haya pegado, a no ser que le cuelgue antes de pegármela. ¿Y qué necesidad tengo yo de matarme por los abusos de otros?

—Mejor sabe usted que yo que se puede criticar sin nombrar a nadie, sin que nadie se pueda ofender.

—Es cierto; pero no se puede evitar el que haya tontos que se crean el objeto de la sátira del autor, cuando éste tal vez no les ha hecho el honor de acordarse de ellos para tomarlos por modelos; y menos se puede evitar el que muchos de estos tontos quieran echarla de valientes y vayan todos los días a desafiar al redactor, que tiene entonces que dejar a todas horas la pluma para tomar la espada y dar satisfacción particularmente a cada individuo de los que componen el público de lo que sólo ha dicho a éste en general; y yo no hago ánimo ahora de empezar mi carrera militar; me ha parecido siempre más cómoda la del bufete, porque aprecio la cabeza de mis semejantes tanto como la mía, y soy de opinión que más bien se hicieron todas para discurrir que para recibir golpes; prueba de ello, lo muy fáciles que son de romper y lo poco que resisten a esa clase de ejercicio...

—Conque, es decir que mi visita es en balde...

—Pero, hombre, si pide usted cosas...

—Pues yo no creo que usted, con ese genio que Dios le dió tan mordaz, deje de tener algo escrito que valga la pena de leerse, y vengo por ello.

—Una cosa es que yo me divierta en reirme en mi cuarto de todo lo que me choca, y otra cosa es...

—Sí, señor; usted tiene mil razones; pero yo no salgo de aquí sin llevar algo.

—Hombre, déjeme usted en paz, no sea usted el díablo, que muchos se lo agradecerán.

—Ahora, mucho menos, y más, se ha de proponer usted dar un periódico: hay materia para ello; yo conozco que me puede valer mucho.

—No, no, no; eso, no; comprometerme a dar un periódico, no, señor; supuesto que usted se empeña saldrán, sí, de la obscuridad, unas cuantas hojas que escribí noches pasadas, y Dios quiera que no me tenga que arrepentir; si, como es regular, me´sigue el humor, publicaré otras cuando me acomode o pueda, por artículos sueltos; si no, allí se quedará donde a mí se me acabe el gusto.

—Conque, por último...

—Sí, señor; por último, ha vencido usted, bien a mi pesar: ahí van esos borrones; póngalos usted en limpio, en la inteligencia de que no quiero que nadie sepa que yo soy el que los publico; póngales usted cualquier título, que en el día no se repara mucho en eso, y mientras más desatinado más gusta, es decir, más llama la atención, más se

compra; de modo que ya eso del título es especulación del librero; pero entienda usted que no le doy licencia sino para anunciarlo, pelado de toda alabanza; nada de prevención, que juzgue el público lo que quiera.

—Pero, para venderlo...

—Si no se vende que no se venda; yo le abonaré a usted el gasto. Vaya usted con Dios, y hasta otro mes no me vuelva usted a incomodar.

2

EL CAFE

(«Neque enim notare singulos mens est mihi,
Verum ipsam vitam et mores hominum ostendere.»
PHÆDR. «Fab.» Prol. I. III.)

No sé en qué consiste que soy naturalmente curioso; es un deseo de saberlo todo que nació conmigo, que siento bullir en todas mis venas, y que me obliga más de cuatro veces al día a meterme en rincones excusados por escuchar caprichos ajenos, que luego me proporcionan materia de diversión para aquellos ratos que paso en mi cuarto y a veces en mi cama sin dormir; en ellos recapacito lo que he oído, y río como un loco de los locos que he escuchado.

Este deseo, pues, de saberlo todo me metió no hace dos días en cierto café de esta corte donde

suelen acogerse a matar el tiempo y el fastidio dos o tres abogados que no podrían hablar sin sus anteojos puestos, un médico que no podría curar sin su bastón en la mano, cuatro chimeneas ambulantes que no podrían vivir si hubieran nacido antes del descubrimiento del tabaco: tan enlazada está su existencia con la nicociana, y varios de estos que apodan en el día con el tontísimo y chabacano nombre de lechuguinos, alias, botarates, que no acertarían a alternar en sociedad si los desnudasen de dos o tres cajas de joyas que llevan, como si fueran tiendas de alhajas, en todo el frontispicio de su persona, y si les mandasen que pensaran como racionales, que accionaran y se movieran como hombres, y, sobre todo, si les echaran un poco más de sal en la mollera.

Yo, pues, que no pertenecía a ninguno de estos partidos, me senté a la sombra de un sombrero hecho a manera de tejado que llevaba sobre si, con no poco trabajo para mantener el equilibrio, otro loco cuya manía es pasar en Madrid por extranjero; seguro ya de que nadie podría echar de ver mi figura, que por fortuna no es de las más abultadas, pedí un vaso de naranja, aunque veía a todos tomar ponch o café, y dijera lo que dijera el mozo, de cuya opinión se me da dos bledos, traté de dar a mi paladar lo que me pedía, subí mi capa hasta los ojos, bajé el ala de mi sombrero, y en esta conformidad me puse en estado de atrapar

al vuelo cuanta necedad iba a salir de aquel bullicioso concurso.

Se hablaba precisamente de la gran noticia que la *Gaceta* se había servido hacernos saber sobre la derrota naval de la escuadra turcoegipcia. Quién, decía que la cosa estaba hecha: "Esto ya se acabó; de esta vez, los turcos salen de Europa", como si fueran chiquillos que se llevan a la escuela; quién, opinaba que las altas potencias se mirarían en ello, y que la gran dificultad no estaba en desalojar a los turcos de su territorio, como se había creído hasta ahora, sino en la repartición de la Turquía entre los aliados, porque al cabo decía, y muy bien, que no era queso; y, por último, hubo un joven ex militar de los de estos días, que cree que tiene grandes conocimientos en la Estrategia y que puede dar voto en materias de guerra por haber tenido varios desafíos a primera sangre y haberle favorecido en no sé qué encrucijada con un profundo arañazo en una mano, no sé si Marte o Venus; el cual dijo que todo era cosa de los ingleses, que eran muy mala gente, y que lo que querían hacía mucho tiempo, era apoderarse de Constantinopla para hacer del Serrallo una Bolsa de Comercio, porque decía que el edificio era bastante cómodo, y luego hacerse fuertes por mar.

Pero no le parezca a nadie que decían esto como quien conjetura, sino que a otro que no hu-

biera estado tan al corriente de la petulancia de este siglo le hubieran hecho creer que el que menos se carteaba con el Gran Señor o, por el pronto, que tenía espías pagados en los Gabinetes de la Santa Alianza; riendo estaba yo de ver cómo arreglaba la suerte del mundo una copa más o menos de ron, cuando un caballero que me veía sin duda fuera de la conversación y creyó que el desprecio de las opiniones dichas era el que me hacía callar, creyéndome de su partido se arrimó con un tono tan misterioso como si fuera a descubrirme alguna conjuración contra el Estado, y me dijo al oído, con un aire de importancia que me acabó de convencer, de que también estaba tocado de la políticomanía: "No dan en el punto, amigo mío; un niño que nació en el año 11, y que nació rey, reinará sobre los griegos; las potencias aliadas le están haciendo la cama para que se eche en ella; desengañémonos (como si supiera que yo estaba engañado): el Austria no podrá ver con ojos serenos que un nieto suyo permanezca hecho un particular toda su vida. ¿Qué tal?" Como quien dice: ¿he profundizado? ¿He dado en el blanco?

Yo le dije que sí, que tenía razón, y, efectivamente, yo no tenía noticia alguna en contrario ni motivo para decirle otra cosa, y aun si no se hubiera separado de mí tan pronto, y con tanta frialdad como interés manifestó al acercarse, le

hubiera aconsejado que no perdiese momentos y que hiciese saber sus intenciones a las altas potencias, las que no dejarían de tomarlas en consideración, y mucho más si, como era muy factible, no les hubiera ocurrido aun aquel medio tan sencillo y trivial de salir de rompimientos de cabeza con la Grecia.

Volví la cabeza hacia otro lado, y en una mesa bastante inmediata a la mía se hallaba un literato; a lo menos le vendían por tal unos anteojos sumamente brillantes, por encima de cuyos cristales miraba, sin duda porque veía mejor sin ellos, y una caja llena de rapé, de cuyos polvos, que sacaba con bastante frecuencia y que llevaba a las narices con el objeto de descargar la cabeza, que debía tener pesada del mucho discurrir, tenía cubierto parte de la mesa y porción no pequeña de su guirindola, chaleco y pantalones. Porque no quisiera que se me olvidase advertir a mis lectores que desde que Napoleón, que calculaba mucho, llegó a ser Emperador, y que se supo podría haber contribuído mucho a su elevación el tener despejada la cabeza, y, por consiguiente, los puñados de tabaco que a este fin tomaba, se ha generalizado tanto el uso de este estornudorífico, que no hay hombre, que discurra que no discurra, que queriendo pasar por persona de conocimientos no se atasque las narices de este tan precioso como necesario polvo. Y volviendo a nuestro

hombre. "¿Es posible—le decía a otro que estaba junto a él y que afectaba tener frío porque sin duda alguna señora le había dicho que se embozaba con gracia—, es posible—le decía mirando a un folleto que tenía en las manos—, es posible que en España hemos de ser tan desgraciados o. por mejor decir, tan brutos?" (En mi interior le di las gracias por el agasajo en la parte que me toca de español), y siguió: "Vea usted este folleto." "¿Qué es?" "Me irrito; eso es insufrible", y se levantó y dió un golpe tremendo en la mesa para dar más fuerza a la expresión; golpe que hubiera sido bastante a trastornar todos los vasos si alguno hubiera habido; miréle de hito en hito, creyéndole muy interesado en alguna desgracia sucedida o un furioso digno de atar por no saber explicarse sino a porrazos, como si los trastos de nadie tuviesen la culpa de que en Madrid se publiquen folletos dignos de la indignación de nuestro hombre. "Pero, señor don Marcelo, ¿qué folleto es ése, que altera de ese modo la bilis de usted?" "Sí, señor, y con motivo; los buenos españoles, los hombres que amamos a nuestra patria, no podemos tolerar la ignominia de que la cubren hace muchísimo tiempo esas bandadas de seudoautores, este empeño de que todo el mundo se ha de dar a luz, ¡maldita sea la luz! ¡Cuánto mejor viviríamos a obscuras que alumbrados por esos candiles de la literatura."

Aquí, todo el mundo reparó en la metáfora; pero nuestro hombre, que se creyó aplaudido tácitamente, y seguro de que su terminillo había tenido la felicidad de reasumir toda la atención de los concurrentes, prosiguió con más entereza: "Jamás, jamás he leído cosa peor; abra usted, amigo, abra usted, la primera hoja; lea usted: "Carta de las quejas que da el noble arte de la imprenta, por lo que le degrada el señor redactor del *Diario de Avisos.*" "¿Qué dice usted ahora?" "Hombre, la verdad: el objeto me parece laudable, porque yo también estoy cansado del señor diarista." "Sí, señor, y yo también; no hay duda que el señor diarista da mucho pábulo a la sátira y a la cólera de los hombres sensatos; pero si el diarista, con su malísima impresión y sus disparatados avisos, degrada la imprenta, no sé qué es lo que hace el señor S. C. B. cuando emplea ese noble arte en indecencias como las que escribe; lea usted y verá el cuarto o quinto renglón "todo el auge de su esplendor", el sueldo de inválidas que deben gozar las letras, gracia que después nos repite en verso, el país de los pigmeos, los ojos de lince, el anteojo de Galileo para estrellas, los tatarabuelos de las letras, y otras mil chocarrerías y machadas, tantas como palabras, que ni venían al caso ni han hecho gracia a ningún lector, y que sólo prueban que el que las forjó tenía la cabeza más mal hecha que la peor de sus décimas, si es que hay alguna que

se pueda llamar mejor; pues entre usted luego... vamos... yo me sofoco... El muy prosaico, ¿pues no se le antoja decir, después de habernos malzurcido un mediano pedazo de grana ajeno entre sus miserables retales, que tiene comercio con las musas, cuando en el Parnaso no le querrían ni para limpiar las inmundicias del Pegaso, no le darían entrada ni aun para recibir sus bien merecidas coces, y nos regala por muestra una cadena de décimas que no tienen más de verso que el estar partidos los renglones, y, después de mil insulseces y frías necedades, le da por imitar al señor Iriarte en el malísimo gusto de sus décimas disparatadas, como si tuviesen algo que ver los delirios de una cabeza enferma con la indolencia del señor diarista, y no ha leído la primera página del *Arte poética* de Horacio, que hasta los chicos saben de memoria, donde hubiera visto retratado su plan antes de escribirle tan descabelladamente, que no parece sino que se hicieron aquellos versos después de haber leído el folleto, aunque tengo para mí que si el señor Horacio hubiera sabido que tales hombres habían de escribir con el tiempo tales cosas, no la hubiera hecho, porque no está la miel para... etc., y ¿hay quien haya dado cerca de un real (ocho cuartos y treinta y dos maravedís) por tal sarta de sandeces? ¿Por qué no le han de volver a uno su dinero? Señores, no puedo más: o ese hombre tiene mala la cabeza, o nació sin ella."

Aquí, el hombre pensó echar los bofes por la boca, y yo me lo temí cuando le interrumpió el que estaba con él.

"Efectivamente, señor don Marcelo, y yo, si fuera usted, escribiría contra esos folletistas y les cardaría las liendres muy a mi sabor." "¿Qué dice usted? ¿Merece acaso ese hombre que se hable de él en letras de molde? Eso sería, como él dice, degradar aún más que él y el diarista el arte de la imprenta; además, que si yo me pusiera a escribir, ¿dónde habría papel? Pues qué, ¿es el único que merece semejante tratamiento? Hace mucho tiempo que nos infestan autores insulsos; digo, ¿y la leccioncita de modestia?... Y, vamos, que siquiera allí hay gracias, hay sales de trecho en trecho; es verdad que, como dice Virgilio, sin que parezca gana de citar, *apparent rari nantes in gurgite vasto*. Sí, señor, pocas, pero las hay; también hay majaderías; tan pronto dice que no vale nada la comedia, como que es buena; las décimas son poco mejores que las del antidiarista; y, sobre todo, señores, yo no puedo ver con serenidad que haya hombres tan faltos de sentido que se empeñen en hacer versos, como si no se pudiera hablar muy racionalmente en prosa; al menos, una prosa mala se puede sufrir; pero, en materia de verso, lean lo que dice Boileau":

Il est dans tout autre art dégrés différents,
On peut avec honneur remplir les seconds rangs,
Mais dans l'art dangereux de rimer et d'écrire
Il n'est point de dégré du médiocre au pire.

Y siguió: "Si yo escribiera no dejaría tampoco en paz al autor del "Clavel histórico de mística fragancia, o ramillete de flores cogido en el jardín espiritual en el día de San Juan", etc., siquiera por el título estrafalario, por esa hinchada e incomprensible metáfora, que hace cabeza de tanto disparate; y dale que ha de ser en verso, y que hasta los animales van a hablar en verso; y el autor petulante de la tragedia de Luis XVI. ¡Qué bien viene aquí el *Quid feret?...* de Horacio! ¿Se ha visto nunca modo más arrogante de alabarse a sí mismo en un cartel que forra los edificios de media calle?, y ¿para qué?, para producir versos prosaicos y una tragedia soporífera que debía hallarse en todas las boticas en lugar de opio; no digo nada, el de *Orruc Barbarroja,* cuyo autor se nos ha querido vender, y no menos petulantemente, por segundo Homero, con decir que es ciego; eso es una lástima; lo siento mucho; pero ¿qué culpa tienen las musas para que las asiente palos talmente de ciego? Pues ¿qué le parece a usted de otro título? No hace mucho tiempo que iba yo por la calle, pensando en cosa de muy poco valor, cuando levanto la cabeza y me hallo con un cartelón más grande que yo, que decía, con unas letras que dificulto se puedan escribir mayores: *El té de las damas.* ¿Querrán ustedes creer lo que voy a decir? Precisamente yo tengo una mujer demasiado afectada del histérico, y como este mal es tan común en

las señoras, vea usted que el deseo mismo me hizo consentir en que sería alguna medicina para algún mal de las mujeres; de modo que me puse tan contento, creyendo haber encontrado la piedra filosofal, y sin leer más, ni dónde se vendía siquiera, pensando hallarlo en los cafés, me dirigí al primero que encontré, interiormente regocijado de ver los adelantos que hace la Medicina; pregunté por un té que acababa de descubrirse, exclusivamente para las señoras; respondióme el mozo: "Señor, yo le sacaré a usted té; pero hasta la presente, el que tenemos en estas casas puede servir, y ha servido siempre, para señoras y caballeros." Creí, pues, hallarlo en alguna lonja, donde se rieron en mis hocicos; salí de aquí, y me sucedió otro tanto en una droguería, en una botica, y, por último, desesperado de encontrarlo, volví a mi cartel y distinguí, ¡necio de mí!, con la mayor admiración, que era un libro. ¡Oh, cabeza redonda, exclamé, la que produjo este título! En España, donde las señoras ni toman té, si no es cuando se desmayan y no hay por casualidad a mano manzanilla, flores cordiales, salvia o cosa semejante de las que dicen que son buenas para tales casos, ni, por consiguiente, hablar reunidas al tomarle; pues ya que quería poner un título de cosa de comer o de beber, ¿por qué no dijo *El chocolate de las damas?* ¡Como si fuera preciso que para hablar unas señoras estuviesen tomando algo! ¡Pues no andan por ahí mil

títulos rodando, que, a lo menos, no hacen reír y no puede equivocarse lo que pueda dar de sí la obra, como *Tertulias en Chinchón, Noches de invierno,* y caso que fuese para hablar de personas muertas, llamáralas primero *Tertulia en los infiernos* o *Noches en el otro mundo,* y no *El té de las damas,* título que, después de habernos abierto el apetito, nos deja con una cuarta de boca abierta!

Pues qué, ¿le parece a usted que si yo me pusiera a escribir dejaría a nadie en paz? No, señor; tengo ya llenas las medidas; y volviendo a la "Carta", mire usted un asunto tan bonito, si podía haber criticado al señor diarista el no pasar la vista por los anuncios que le dan, para redactarlos de modo que no hagan reír, como cuando nos dice que se venden "zapatos para muchachos rusos". "pantalones para hombres lisos", "escarpines de mujer de cabra" y "elásticas de hombre de algodón". Cuando anuncia que el sombrerero Fulano de Tal, deseando acabar cuanto antes con su corta existencia, se propone dar sus sombreros más baratos"; que "una señora viuda quisiera entrar en una casa en clase de doncella, y que sabe todo lo perteneciente a este estado". Y hay más; aquí creo que he de traer una apuntacioncita que he tenido la curiosidad de hacer de varios avisos; lean ustedes:

"El lunes 8 del corriente, por la tarde, se per-

dió un librito encuadernado en papel de poesías alemanas, titulado *Charitas*. 20 de octubre."

"En la posada de la Gallega Vieja, red de San Luis, número 20, hay un coche que caben seis asientos para Victoria, Bilbao, Bayona, etc. 8 de noviembre."

"En la calle del Baño, número 16, cuarto segundo, se venden desde hoy hasta el 12 del corriente, desde las diez de la mañana hasta el anochecer, pinturas originales de los pintores más clásicos y de varios tamaños, a precios equitativos."

"Un matrimonio sin hijos, que saben servir perfectamente bien, y tienen quien les abonen, desean colocarse con un sacerdote u otros cualesquiera señores. 4 de octubre."

"El día 2 del corriente se han perdido unos papeles desde la calle del Carmen hasta la iglesia del Buen Suceso, que contienen unas fees de matrimonio y bautismo de las parroquias de Santa Cruz y San Ginés."

"El miércoles 10 del corriente se extraviaron del palco bajo número 8, en el teatro de la Cruz, unos anteojos dobles, su autor Lemiere, metidos en una caja de tafilete encarnado. 16 de octubre."

"Se venden medias negras inglesas de estambre lisas, de hombre y mujer de superior calidad. Idem."

Y sería nunca acabar; esto sólo es de octubre y noviembre. Lo del dinero está bien criticado, que

yo también he tenido que poner algún aviso que otro y lo sé por mí, que no me lo han contado; y aunque no me duele el dinero cuando es preciso gastarlo, no hallo la razón por qué he de mantener con mi sueldo al señor diarista, y que el tal señor se quede riendo de mí y de cuantos tenemos la desgracia de haber perdido lo que nos hacía falta." "Dice usted muy bien, señor don Marcelo; ha hablado usted mucho y muy bueno." "¡Oh si hablo! Y dijera más si no me llamase mi obligación. (Esto dijo levantándose y sacando el reloj, y yo me hubiera alegrado que hubiera apuntado con una hora de adelanto, que ya me dolía la cabeza, al paso que me gustaba aquel hombre estrepitoso.) Amo—siguió—, amo demasiado a mi patria para ver con indiferencia el estado de atraso en que se halla; aquí nunca haremos nada bueno... y de eso tiene la culpa... quien la tiene... Sí, señor... ¡Ah!, si pudiera uno decir todo lo que siente!; pero no se puede hablar todo... no porque sea malo, pero es tarde y más vale dejarlo... ¡Pobre España!... Buenas noches, señores."

Entre paréntesis, y antes que se me olvide, debo prevenir que la misma curiosidad de que hablé antes me hizo al día siguiente indagar, por una casualidad que felizmente se me vino a las manos, quién era aquel buen español tan amante de su patria, que dice que nunca haremos nada bueno porque somos unos brutos (y efectivamente que lo debemos ser, pues aguantamos esta clase

de hipócritas); supe que era un particular que tenía bastante dinero, el cual había hecho teniendo un destino en una provincia, comiéndose el pan de los pobres y el de los ricos, y haciendo tantas picardías que le habían valido el perder su plaza ignominiosamente, por lo que vivía en Madrid, como otros muchos, y entonces repetí para mí su expresión "¡Pobre España!"

Y volviendo a mi café, levantéme cansado de haber reunido tantos materiales para mi libreta; pero quise echar un vistazo, antes de marcharme, por varias mesas: en una se hallaba un subalterno vestido de paisano, que se conocía que huía de que le vieran, sin duda porque le estaba prohibido andar en aquel traje, al que hacían traición unos bigotes que no dejaba un instante de la mano, y los torcía, y los volvía a retorcer, como quien hace cordón, y apenas dejaba el vaso en el platillo cuando acudía con mucha prisa a los bigotes, como si tuviese miedo de que se le escapasen de la cara; hablaba en tono bastante bajo y como receloso de que le escucharan, aunque estaba en un rincón bastante retirado con una que parecía joven, y en cuyo examen no me quise detener mucho porque me hice prudentemente el cargo de que sería prima suya o cosa semejante.

Otro estaba más allá, afectando estar solo con mucho placer, indolentemente tirado sobre su silla, meneando muy de prisa una pierna sin saber por qué, sin fijar la vista particularmente en

nada, como hombre que no se considera al nivel de las cosas que ocupan a los demás, con un cierto aire de vanidad e indiferencia hacia todo, que sabía aumentar metiéndose con mucha gracia en la boca un enorme cigarro, que se quemaba a manera de tizón, en medio de repetidas humaradas, que más parecían salir de un horno de tejas que de boca de hombre racional, y que, a pesar de eso, formaba la mayor parte de la vanidad del que le consumía, pues le debía haber costado el llenarse con él los pulmones de hollín más de un real.

Apartéme de él porque me fastidian los hombres vanos y no tenía gana de que me sofocara el humo que despedía; y en otra mesa reparé en otra clase de tonto que compraba los amigos que le rodeaban a fuerza de sorbetes, pagaba y bebía por vanidad, y creía que todos aquellos que se aprovechaban de su locura eran efectivamente amigos, porque a cada bebida se lo repetían un millón de veces; le habían hecho creer que tenía mucho talento, soltura, gracia, etc., y de este modo le hacían hacer un papel ridículo; él no conocía que nunca se granjea sino enemigos el que ofende el amor propio de los demás haciendo siempre el gasto, porque no hay uno que no quiera hallarse en el caso de hacerle para dar a los demás en cara; y como ésta es una situación envidiable, porque todos quieren ajar a los otros, sólo engendra odio hacia aquel que de este modo nos insulta, aunque saquemos partido por el pronto de su

largueza; ni preveía que el día en que se le acabara el dinero serían aquellos mismos los primeros a ridiculizarle, a reírse en sus bigotes y a no hacerle más caso que si nunca le hubieran conocido. Vi que hacía ostentación de despreciar la vuelta que el mozo le dió, al mismo tiempo que una pobre anciana se le acercaba, pidiéndole alguno de aquellos cuartos que tanto despreciaba; y, efectivamente, vi que creyó cumplir con lo que debe a la humanidad el que tiene dinero, regalándola con un seco y repetido "Perdone usted, hermana", y dándola un empellón al levantarse, añadió: "Vamos; ya se habrá empezado la sinfonía, y en esta ópera es preciso sacar todo el jugo posible a los 12 reales y dos cuartos. ¡También es desgracia que haya tanto pobre! ¡A mí me parte el corazón; por todas partes no halla usted sino pobres!"

Al fin, dije para mí, el otro tenía la cabeza huera, pero éste tiene el corazón en la lengua.

Púseme a mirar en seguida con bastante atención a otro mozalbete muy bien vestido, cuya fisonomía me chocó, y el mozo, que gusta de hablar a veces conmigo porque le suelo dar algunos cuartos siempre que tomo algo, y que conoce mi curiosidad, se acercó y me dijo: "¿Está usted mirando a aquel caballero?" "Sí, y quisiera saber quién es." "Es un joven, como usted ve, muy elegante, que viene a tomar todos los días café, ponch, ron en abundancia, almuerzos, jamón, acei-

tunas; que convida a varios, habla mucho de dinero y siempre me dice, al salir, con una cara muy amistosa y al mismo tiempo de imperio: "Mañana le pediré a usted la cuenta", o "Pasado mañana te daré lo que te debo". Hace ya medio año que sucede esto; yo, todavía no he visto la cruz a la moneda, y le busco, y le hablo, y nada, no consigo nada, y lo peor es que tiene uno más vergüenza que él, porque no me atrevo a decirle: "Págueme usted, o no le sirvo", y resulta que se luce con mi bolsillo; ¡oh!, y si fuera único; pero hay muchos que, a trueque de conde, marqués, caballero, y a la capa de sus vestidos, nunca pagan si no es con muy buenas palabras. "Y ¿qué ha de hacer usted?" "¡Bravo! ¿Y aquel otro que está ahora hablando con él?" "Sí, señor, ya sé... aquél, ¿eh?... Si supiera usted; sólo a usted se lo diría; pero, de todos modos, no le diré cómo se llama, ni quién es, que aunque usted me ve de mozo de café, también tengo mi poquito de miramiento y no quiero ajar la opinión de nadie." "Diga usted, que si él no cuida de la suya, ¿por qué se la ha de conservar usted, importándole mucho menos?" "Pues aquel sujeto, ahí donde usted le ve tan bien vestido, suele traerme los días que hay apretura para ver la ópera algunos billetes, que le vendo por una friolera: al duplo o al triplo, según es aquélla; da una gratificación por una o dos docenas a quien se las proporciona a poco más del justo precio, y viene a sacar veinte,

cuarenta o sesenta reales en luneta; estoy seguro que la *Semíramis* le ha valido más de tres onzas; luego suena que yo soy el vendedor, porque saca con mi mano el ascua, y él gana mucho y no pierde su opinión, y yo, de quien dicen que no la tengo porque se le figura a la gente que un hombre mal vestido o que sirve a los otros por precisión está dispensado de tener honor, gano poco de dinero y no gano nada en crédito."

En esto salía yo ya, y al pasar por un pasillo me quedaba todavía que observar; tuve que hacer la vista gorda porque un mozo, creyendo que nadie le veía, estaba echando un poco de agua en una cafetera de leche, sin duda para quitarle la parte mantecosa, que siempre fastidia al paladar, y al tiempo de salir de un billar contiguo, que atravesé con mucha prisa por el humo del tabaco, la bulla y las malísimas trazas de los que pasan el día en dar tacazos a una bola al ronco y estrepitoso ruido del bombo, acompañado del continuo gritar "El 1, el 2", etc., y en herir los oídos de las personas sensatas con palabras tan superfluas como indecentes, tropecé, por desgracia, con un buen hombre a quien los años no dejan andar tan de prisa como él quisiera, y que, a pesar de eso, sé yo que no deja de ir hace la friolera de unos cuarenta años a su partida de billar o a ser espectador de la de los demás cuando el pulso no le deja jugar a él mismo; el tropezón fué fuerte por su natural torpeza, y no pude menos de exclamar,

en la fuerza del dolor: "¿A qué vendrán estos hombres, cargados con tantos años como vicios, al billar, como si no hubiera iglesias en Madrid, o no tuviesen casa y mujer, sobrina o ama de quien despedirse para la otra vida?"

Seguí quejándome hasta mi casa, sin ninguna gana de reír de mis observaciones como otros días, aunque siempre convencido de que el hombre vive de ilusiones y según las circunstancias, y sólo al meterme en la cama, después de apagar mi luz, y al conciliar el sueño confesé, como acostumbro: "Este es el único que no es quimera en este mundo."

El Duende Satírico del Día

LE PUBLICA DE SU PARTE

Mariano José de Larra

(«Des sotises du temps je compose
mon fiel». Boileau, «Sat.»)

SEGUNDO CUADERNO

Madrid, 1828. Marzo.—Imprenta de D. Norberto Llorenci (1)

(«Neque enim notare singulos mens est mihi,
Verum ipsam vitam et mores hominum ostendere.»
Phædr. «Fab.» Prol. I. III.)

3

Una comedia moderna: "Treinta años o La vida de un jugador".

Una comedia moderna.
«C'est un droit qu'a la porte on achete en entrant»
Boil. «Art. poet.; chant 3.»

«Tityre tu patulæ recubas sub tegmine fagi.» «Con lo cual lloraaan aquellos salvajes que era una bendición de Dios.»

Dice el padre Isla (*Ger.*) que hallándose un predicador ignorante en lo más tierno de su ser-

---

(1) Lo que antecede es la portada particular que lleva cada uno de los cuadernos de *El Duende*. Las repetimos por no omitir nada de dicho texto, aunque no era absolutamente preciso. (Nota del edit.)

món entre un auditorio lleno de temor de Dios, no sabiendo de qué texto echar mano para acabar de aterrarle y convencerle, exclamó con aquel verso de Virgilio, y como nadie le entendió quedaron todos persuadidos de que les había dicho una porción de picardías, "con lo cual, añade, lloraban aquellos salvajes que era una bendición de Dios". ¿Qué no hubiera dicho el crítico padre Isla si hubiera asistido al *Jugador?* Ni más ni menos; el público lloraba porque no había reparado en lo que le decían. *Sed nunc erat hist locus.* Vamos al asunto.

¿Quién había de decir al *Duende,* que nada gasta de París a pesar de la moda y de haber vivido en él, que de París le había de venir materia para su segundo cuaderno, entonces precisamente, cuando estaba más apurado para empezarle, y cuando, por demasiada abundancia de cosas criticables, repetía, como Horacio (l. 1, ep. 1): *Bellua es multorum capitum, nam quid sequar aut quem?*

Pues, ni más ni menos, cuando el *Duende* estaba tan perplejo, estaba dándose de calabazadas M. Víctor Ducange nada menos que en todo un París, para proporcionarle un cuaderno que ha pensado dedicar a los aficionados de aquella capital.

Y, efectivamente, como dice cierta comedia moderna, ¿debemos dejar escapar los de acá una ocasión tan hermosa de dar en las orejas a los de

allá? Y ojalá repitiera el público, siquiera por esta vez: "¿Por qué ha de tener razón siendo forastero?"

"Treinta años o La vida de un jugador"

Esta pieza melodramática pertenece a un nuevo género de poesía que no fué del tiempo de Horacio, ni de Terencio, ni de Plauto, ni mucho menos de Menandro, y todos aquellos *clásicos* antiguallas, que no sabían hacer más que piezas muy arregladas a razón, con muchas reglas, como si fueran precisas para hacer comedias, siendo así que éstas se hacen solas y sin ganas, que no tenían genio para emanciparse de su esclavitud; ésta es la poesía *romántica* (1), objeto de una gran disputa que hay en el día en el Parnaso sobre si han de entrar en él o han de quedarse a la puerta estas señoras piezas desarregladas dichas del *romanticismo*. ¡Y que todo esto suceda en Francia, como quien dice en casa del vecino, tabique por medio, y no se haya traslucido nada en esta España! ¡Se pone en la *Gaceta* que en los Estados Unidos se hace *ab ovo* en nueve horas una casaca, y no se ha puesto un descubrimiento mucho más considerable, como es este *romanticismo*, por medio del cual se logra recopilar como cosa de treinta años en poco más de tres horas, y un modo de

(1) Nadie ignora el extravagante y ridículo modo que tuvieron para anunciármosle por carteles, entre *clásicos* y *románticos*.

existir, tan en compendio, y a cuyos esfuerzos deberemos que la vida del hombre sea una cifra.

Ya se ve. ¿Qué extraño es que los españoles no sepamos nada de esto? Por de contado, no tenemos voto en la materia; de suerte que no nos pedirán el nuestro sobre si deben entrar esas piezas en el Parnaso, como si éste no fuera tan nuestro como de los franceses, y aun un poquito más, sino que nos lo dan todo hecho, y bastante hacen, que harto brutos somos, cuando ni siquiera debieran acordarse de nosotros para nada. Y tienen razón, y si no, dígame el que se atreva, ¿qué es lo que se inventa en Madrid ni en toda la España? En sacándonos de nuestro puchero a medio día, pare usted de contar. A ver si hemos inventado una porción de cosas útiles, como el gran sistema de las sanguijuelas y del agua gomosa (1). ¿Cómo habíamos de haber dado nosotros, que somos españoles, en que los hombres no padecen nunca más enfermedades que las que dimanan del vientre, y que para toda clase de enfermedades y enfermos en todos los climas y países había de bastar forrar al doliente con sanguijuelas y echarle agua de goma en el cuerpo como en una cuba sin hondón? ¿Hubiéramos atinado jamás con el magnetismo animal, una ciencia como ésa, por la cual, a fuerza de sobos y de poner al paciente

(1) Con respecto a este descubrimiento, bueno o malo, léase el prólogo de la erudita obra de Viguera «*Sic vos non vobis*», etcétera.

como una breva, éste sueña y dice durmiendo su mal y sus remedios? ¿Hubiéramos dado nosotros en toda la vida, aunque nos hubiéramos vuelto micos, con el nuevo método caligráfico para aprender a escribir en ocho días? ¿Hubiéramos sido capaces jamás de inventar, en vez de aquellos cómodos birlochos que hasta ahora se han usado, esos escrúpulos de carruaje, esos *tíburis* (*) o canastillos para costura, en que cabe, a todo tirar, grande y medio, que todo ello vendrá a pesar como una media arroba? Y ¿cómo habíamos de haber discurrido nosotros que aquel mueble había de ser tirado de dos caballos muy altos, indispensablemente rabones, y puestos en fila a guisa de tiro de carromato, como si tiraran de alguna cosa? Y dentro de poco seremos nosotros los que inventemos, según va, tíburis de faltriquera, esto es, que se puedan doblar como una cartera y meter en el bolsillo, y al arbitrio del que le lleve desarrollarle y meterse en él, y ya tiene usted a un hombre levantado del suelo.

Jamás. Para inventar todas estas cosas es preciso saber otras muchas que sólo se hallan en Francia; es preciso estar en París; el que no ha estado en París está dispensado de tener sentido común (1), y aunque nosotros las inventásemos, por ser nuestras habían de parecer mal. Cuando

---

(*) *Sic* en el original. (Nota del edit.)

(1) Al *Duende* le parece que este sentido se llama sin razón común, pues que le tienen los menos.

Lope de Vega y sus contemporáneos hacían a cada paso de esos comediones, entonces no querían los señores franceses que se hiciesen, porque todavía no era tiempo de que se descubriese el *romanticismo;* el poder hacer esa clase de disparates estaba reservado para el señor Ducange; entonces nos trataban de cafres; de modo que ya está visto que tenemos don de errar y espíritu de contradicción; siempre lo hacemos todo al revés; entonces los franceses nos decían, por boca de su oráculo Boileau:

Un rimeur, sans péril, de-là les Pyrénées
Sur la scène en un jour renferme des années
Là souvent le héros d'un spectacle grossier,
Enfant au premier acte, est barbon au dernier,
Mais nous que la raison a ses règles engage
Nous voulons qu'avec art l'action se menage;
Qu'en un lieu, qu'en un jour, un seul fait accompli
Tienne jusqu'a la fin le théâtre rempli.

Allá un coplero (1), al otro lado de los Pirineos, sin peligro de que le silben, acumula en un día sobre la escena años enteros; allá el héroe de un espectáculo bárbaro, grosero y tosco, suele aparecer niño en el primer acto y anciano en el último.

Pero nosotros, acá los franceses, que no somos tan estúpidos como los españoles allá, porque la razón *nos guía,* no podemos permitir semejantes dislates, y queremos que un hecho único y acabado, en un solo día y en sólo un sitio marcado entretenga el teatro lleno hasta el fin.

---

(1) Como quien dice un consonantista, un Rengifo.

Y estos señores españoles, que según se explica Boileau, comen pan por privilegio, y no andan en cuatro pies por gracia particular que les hacen los franceses, ¿no han de atreverse a reír de la *Vida de un jugador?* (1). Y no publicada ya en el siglo de Calderón, sino en el XIX, y no por algún ingenio de esta corte, sino por M. Ducange. En el tiempo y en el país de las luces ha nacido el *Jugador,* y todavía nos le vienen dando por muy bueno los señores cómicos en un cartel lleno de disculpas y de alabanzas.

Y tienen razón, a fe de Duende; el resultado es que no se ha silbado, ha estado el teatro lleno; pues ¿qué se le puede pedir?, ¿qué más reglas quiere usted en un drama? ¿Ha producido dinero?; pues eso es lo que es menester, y opino que ésa es la única regla que debe tener una comedia.

A la verdad que son cosa vieja tales reglas en las comedias hace ya más de un siglo; reglas hasta ahora en todas partes menos en España; y a qué tiempo se le antoja a Moratín venirnos predicando las tales reglas en su *Café,* precisamente cuando ya van a ver su fin; y ahora que empezábamos a arreglarnos volvamos otra vez a desandar lo andado y a hacer comedias donde haya traidor, y si no séquito y comparsa de húsares a caballo, a lo menos, lo que viene a ser lo mismo, acompañamiento de ruleta y jugadores, comparsa

---

(1) *On serà ridicule et je n'oserai rire?*

de truenos, rayos, etc., y otras gracias de este jaez; pero examinemos un poco la pieza.

Se alza el telón y se descubre un enjambre de jugadores en el fondo, que se están arruinando sobre el tapete; llega el señor Dermont, observa y encuentra por casualidad al joven Rodolfo; se marchan en el ínterin los jugadores para dejarlos hablar, y quién sabe si para vestirse algunos de ellos de gendarmes, en cuyo traje han de volver a aparecer dentro de poco; vienen efectivamente, quieren prender al forastero, y como por dicha Rodolfo conoce a Amelia y se ha impuesto en su historia, sin andarse en rodeos le da las señas de su casa, con una llave y un papel, para que busque modo de llevar al señor Germani una esquela que no puede haber escrito, pues que en ella da cuenta de lo que le está pasando entonces y le encarga con gran prisa vaya a impedir la boda. En el segundo acto se dispone ésta, sale el anciano padre, predica un rato a su hijo, como es de cajón, y apenas acaba de predicar llegan a darle la mala nueva, pero ya tarde, porque se le pegaron las sábanas al señor Rodolfo, y en pos viene el tío, que confirma las sospechas concebidas contra el hijo; pero viene tan inmediatamente después de Rodolfo, que habiendo llegado éste tarde, se hace inútil del todo su comisión; á este punto llegan los recién casados de la iglesia, y un jugador debe de ser, por regla general, un hombre muy bruto, que de buenas a

primeras trata mal a su nueva esposa y a su padre, envía enhoramala a su tío y quiere anticipar a Rodolfo lo que tiene dispuesto para la segunda jornada: todo esto se aprende en la ruleta; viene el juez, que no se digna quitarse el sombrero aunque ve gente decente (1), porque cree que la justicia está dispensada de saber educación, y entonces se descubre un delito, en que ya empieza a conocerse que todo jugador tiene también un amigo peor que él, que le arroja a los precipicios, como es Warner. El pobre viejo, que no está para muchas fiestas, se accidenta todo; le meten a dar un paseo al cuarto inmediato, y de allí a poco le vuelven a sacar hecho un energúmeno, como un sacerdote antiguo, inspirado, que le viene a decir a su hijo, antes de marcharse a la otra vida, que es un mal hombre y que le tienen que suceder muchos chascos por ser un jugador, y otras mil cosas por este estilo, que adivina; el diablo son los viejos; y las concluye todas con su última maldición. Muere el viejo, Rodolfo y Dermont se marchan, y se citan, sin duda, para de allí a quince años, época en que tienen que traer a la misma casa otros recados de más monta que en la primera jornada; se retira el ama de llaves y los criados en tanto que se baja el telón, y que probablemente los recién casados irán a olvidar en los brazos

---

(1) De eso ya no tiene la culpa M. Ducange, como tampoco de otras frioleras que más adelante se dirán.

del amor las pláticas y pronósticos excelentes del difunto señor Germani (q. e. p. d.).

Y con esto va un trozo suelto de la vida de un jugador, que más a propósito parece para hacer una colección de aleluyas, como la vida del hombre malo y del hombre bueno, que para una comedia.

Pero, sobre todo, lo que ya no alcanzó Moratín fué eso de llegarse usted al café inmediato, acabada la primera jornada, a tomar un tente-en-pie, volver a los seis minutos, y hallarse con quince añitos transcurridos, ahí como quien no quiere la cosa, y después de otras frioleras, por un quítame allá esas pajas, al picarón de Warner, que viene a requebrar a la señora jugadora nada menos que a su misma alcoba, y allí juntito a la cama, mientras que el buenazo del marido, jugando, no sabe en qué juegos anda también metida su mujer; que por Dios que ve el público lo que no quisiera si no le da al autor la gana de traerle a su casa tan a tiempo y sin decirnos por qué, a bien que no nos importaba; el caso era que viniera, que por lo demás ya se supone que vino porque quiso.

Pues ¿y qué me dirán de aquella maldita casualidad de venir el honrado corre-ve-y-dile de Rodolfo a dar su recado precisamente cuando el horno estaba menos para rosquillas y el señor más furioso, y equivocarse y tirarle nada menos que un dúo de tiros? Ya se ve, ¿qué ha de ser?: consecuencias del juego, y si no, a ver si hay un ju-

gador a quien no le requiebren la mujer, y qué jugador hay que no haya hecho alguna muerte equivocadamente y a dos manos; a ver si hay alguna otra mujer sino la de un jugador, que se vea en unos lances tan apurados; ciertamente que no, y aunque no fuese así, no se puede decir que no haya podido suceder aquella maldita casualidad. No hay más de malo que la pieza está llena, como la capa del otro (1), de casualidades bastante parecidas a ésa.

Donde es preciso confesar que el autor tiene mucha inventiva es allá cuando aparece la posada del León de Oro y cuando el triste jugador va a hacer el coco a los pobres suizos y alemanes. ¿Qué cosa más natural? Esta pobre gente, que es tan sencilla, por fuerza se ha de espantar. ¡Un jugador!, ¡una clase de animal que nunca se ha visto por aquellos países! ¿Qué cosa más natural, repito, que espeluznarse y huir cien varas?

Aparece Jorge; ya se supone cuando se le ve que no le colgaron por aquella friolera que hizo allá hace quince años, en la segunda jornada, de matar a un pobrete que nunca le había hecho daño, falsificar aquellas letras y otras cosillas del tenor consabido; porque luego ya da a entender Warner que el autor dejó que se escaparan porque todavía no pensaba acabar la comedia, que le parecía corta, pues que no llevaba más que quince

(1) Criticando a este personaje tan citado escribió un soneto Quevedo.

años de duración. Y, efectivamente, ¡qué cosa más lastimosa!, si los hubieran matado nos hubiéramos privado de lo mejor, hubiéramos salido quince años antes del teatro y nos hubiéramos quedado sin ver toda aquella jornada tercera, tan preciosa, y precisamente en lo más bonito, cuando la pieza se llega a tomar aires desde París a la Suiza.

Ya le tenemos en el León de Oro, y ya está tomando un refrigerio el antiguo Jorge en cuestión, que ya se acordará el lector, aunque se han pasado quince años, que íbamos hablando de él; ya llega el señor pasajero, y viene tan oportunamente como el señor Rodolfo en la segunda jornada; no dice a qué, pero ya se supone luego que le trajo el autor para matarle. ¡Pobre hombre! ¡Cuando menos se lo pensaba, y a manos de un jugador! Eso ya pasa de juego; pero, en fin, al asunto. Ello es que viene el pasajero, porque, al fin, es una posada y va y viene todo el que quiere, que para eso son las posadas, y le da para beber, y de allí a poco, Jorge le da a él para tabaco; todo lo cual, si bien no se ve todavía, ya se deja inferir por la oportuna tempestad, que siempre quiere decir algo, porque no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad del Señor; la cual, para anunciarnos el caso que va a suceder, viene a descomponer la alegría del pueblo suizo, que bailaba al son del tamboril y gaita gallega, si se escucha lo que tocan, alguna cosa como la muñeira. Y de todo esto, ¿quién tiene la culpa, sino el jugador y el

maldito vicio? Si él no hubiera formado tan malas ideas de matar a aquel hombre, no se hubiera armado la tempestad, que tenía que descargar luego sobre él, ni hubiéramos oído aquellos trémulos truenos, o, por mejor decir, aquellos risibles golpes de mampara, a cuyo ruido lloran los niños en la cazuela, llueve como si frieran los cómicos la cena, etc., etc. ¡Maldito juego!

Entretanto llega, todo mojado por arriba, el señor de Casanova, que viene a ser aquel hijo que tuvo en tiempos más felices al principio de la comedia el jugador, y sin duda que el agua de las lluvias en Alemania no debe ser como la que cae por estas tierras, no debe formar lodo ni llegar al suelo, porque él viene sacudiendo el agua del capote y con las botas llenas de polvo; allí encuentra una carta para él, no sabemos de quién, pero ya se supone que sería del que se la había escrito; tampoco sabemos por qué el hijo viene tan tarde, pues que su tío, que le había dejado por heredero, le habría informado, antes de ir a la guerra, de quiénes eran sus padres y dónde estaban, etc.; pero él viene, claro es que ha estado muy ocupado o, por lo menos, esperando a que llegara la tercera jornada, cuando no ha venido antes; y el que quiera saber más que se llegue a París a preguntárselo a M. Ducange, si es que él lo sabe, que es regular que no, y aunque lo sepa no lo dirá porque no lo tendrá por conveniente y porque al que quiere saber mucho se le dice

poco y al revés. Por último se marcha el capitán para dejar que se muden los telones, y mientras que esto se hace se va con él la tempestad porque tienen que llegar los dos a un mismo tiempo a la barraca, donde hace tanta falta uno como otro para concluir el drama. Pero ¡qué tempestad! No le falta más que hablar.

Ya estamos en la barraca, donde aparece la virtuosa señora, que no parece sino Epiménides cuando se despertó del largo sueño, que se encontró tan viejo que ya no se conocía. Ya se ve: al fin son quince años, y no se pasan en balde. Allí es donde se ve la futilidad de las cosas humanas y cuán pronto se pasa el tiempo. Siempre se ha dicho que la vida es un soplo; pero es preciso confesar que la vida de un jugador por Ducange no es sino medio soplo.

Allí ya tiene una niña más, y ¿por qué no? Lo que es eso, lo mismo puede tener hijos un jugador que otro cualquiera hombre; eso no se opone; es verdad que tuvo el uno recién casada y el otro recién vieja; pero hemos visto parir tantas mujeres a los treinta años de casadas que no hay dificultad en creer que sea una de tantas; además que, si no fuera por la chica, ¿quién había de ver luego la sangre en la mano del padre?, ¿quién había de recibir al viajero?, ¿quién había de ir a buscar a la madre?, ¿quién había de decirles a los otros que estaba allí el capitán y que había dicho que tenía un millón? Y, al fin, por los chicos se

pone la mesa, y de eso no tiene la culpa el jugador: Dios los da cuando quiere.

Ya llega el buen Jorge, que acaba de despachar al pasajero con un pasaporte bastante parecido al que dió en la segunda jornada a Rodolfo; se pone la mesa y se merienda, y para que se vea que nada es completo en esta vida, no bien han acabado, cuando vea usted quién viene, el picarón de Warner, que parece un soldado licenciado; ha andado errante quince años como un vago, manteniéndose como los camaleones, con los aires de Italia y Alemania, y la casualidad le trae al mismo paraje donde está Jorge, porque se acuerda que hace quince años dejó por concluir una comedia que se hallaba en la segunda jornada; ello es preciso concluirla, porque está esperando cada cual que ha dado su dinero, y por casualidad llega. Bien dicen: "Dios los cría y ellos se juntan".

Huye la señora porque todavía teme los juegos del buen Warner; éste llega a mesa puesta, y con franqueza marcial come sin convidar a nadie, y va sacándole del cuerpo los secretos a Jorge, hasta que, rodando de una conversación en otra, vienen a parar al muerto, que van a tapar mejor, porque es preciso dar lugar a que venga el capitán. Entonces viene éste, y con él, naturalmente, la tempestad, la cual se está entre bastidores aguardando que silben disimuladamente por adentro, que debiera ser por afuera, para salir a hacer su pedacito de papel, que es lo que los antiguos

llamaban recurrir al cielo o valerse de máquinas. Horacio dice que no las debe traer nunca el poeta sino cuando sean indispensables; pero Horacio pudo muy bien decir una cosa por otra, que no era infalible; y ¿qué entendía Horacio de achaque de máquinas?

Después de la escena interesante en que ocurre la peripecia o súbita mutación de fortuna y el reconocimiento inesperado de madre e hijo, que desempeñan mejor los actores que el autor, la buena señora va a buscar a su marido para decirle que se separe de Warner, porque no quiere que su hijo le conozca, y es que ya sabe cómo las gasta, teme que se le seduzca y que le haga pasar al capitán otro rato igual al de marras, y tiene razón; para un militar que viene cansado del camino no sería el mejor recibimiento.

El capitán pide recado de escribir, mientras que el autor envía a pasear a la actriz, que estorba, a buscar a su marido por donde no está para que tarde más, y el jugador, que no tiene para comer, tiene para tinta, papel, etc., en una situación en que no parece que tendrá gran correspondencia; pero de algún medio se había de quitar de en medio. Vuelven los jugadores, y se prepara una escena digna de los habitantes de Melilla, Málaga o Ceuta; escena digna de la nobleza de Melpómene y de la inocente y maligna máscara de Talía; escena, en fin, en que es preciso hacer al autor la justicia de conocer bien a fondo el corazón de la

clase más apreciable de la sociedad, pero entonces el cielo, que no duerme, se acaba de declarar en favor de la inocencia, y acumula sobre la barraca una gran cantidad de electricidad, que atrae una media docena de rayos, pero ¡qué rayos! En menos de dos minutos se convierte la escena en función de pólvora, que no parece sino que se van a acabar los novillos. Y ¿quién tiene la culpa de toda esta algazara? El maldito vicio; y en toda nación bien gobernada se debiera usar, en lugar de pararrayos, un par de jugadores, porque ya está visto, según Ducange, lo eficaces que son para descargar las nubes. Para que hubiéramos descubierto este arcano de la física experimental los españoles, que nunca las hemos visto más gordas, y que ya creíamos que los rayos no bajaban del cielo, sino de las nubes, como el agua y el granizo, etc., y atraídos, no por los juegos de nadie, sino por efectos naturales. Dios lo puede todo. Sí que puede; pero Dios no trastorna todos los días las sabias leyes que rigen la Naturaleza por un jugador más o menos, ni porque le dé la gana a M. Ducange, que, efectivamente, no merece la pena de que se trastorne el orden universal; y que los hombres jueguen o que no jueguen, pueden estar bien seguros de que si bien a cada uno no le faltará su castigo correspondiente, también es cierto que es mucho más temible para un jugador medio alguacil que una docena de borrascas; y es hacer mucho menosprecio de la Divini-

dad el pensar otra cosa y el traerla a cada triquitraque como instrumento de los caprichos de un autor.

A este punto viene la tropa, pues que se ha descubierto el cadáver, que acababan de dejar tan tapado, y en pocos minutos se ha avisado a la autoridad, ha enviado tropa, y ésta llega a concluir la pendencia. Entonces se ve al jugador salir ensangrentado y hecho un *ecce-homo,* a pesar de Horacio, que opina que esta clase de escenas no se debe presentar a la vista, y sí sólo saberse por relación (1). Se llevan a todos y se baja el telón. Aquí dió fin la comedia y no piden perdón al público del mal rato que le han dado. ¡Si siquiera supiéramos en qué viene a parar la cosa!, porque ahora digo yo: ¿por qué no habíamos de ver ya, para lo que falta, el entierro del buen Jorge, y de su mujer, y de su niña, una cosa que hubiera costado tan poco trabajo? Con otros seis actitos más se completaba una docena y el público no se quedaba a media miel. ¡Estos señores autores, que siempre han de dejar las cosas donde quieren, sin dar cuenta de lo que sucedió después! ¿Qué le costaba haber puesto siquiera otros diez o doce años, y hubiéramos sabido qué carrera hizo el señor capitán, y si se volvió a escapar el picarón

---

(1) *Segnius irritant animos demissa per aurem,*
Quam quæ sunt oculis subjecta fidelibus, et quæ
Ipse sibi tradit spectator, etc.

(*Art. Poet.*, v, 180.)

de Warner, que todavía puede ser que viva y le volvamos a ver dentro de otros quince años en la segunda parte del *Jugador,* y si volvió a parir de allí a otros treinta años la señora jugadora, con quién casó la niña y qué se hizo de la barraca y la posada del León de Oro, etc.?

¡Cómo ha de ser! Paciencia. El drama es malo; pero no se silbó. ¡Pues no faltaba otra cosa sino que se metieran los españoles a silbar lo que los franceses han aplaudido la primavera pasada en París! ¡Se guardarán muy bien de silbar sino cuando se les mande o cuando venga silbando algún figurín, en cuyo caso, buen cuidado tendrían de no comer, beber, dormir ni andar sino silbando, y más que un mozo de mulas, y aunque fuera en misa! ¡Silbar a un francés! ¡Se mirarían en ello! Que hagan los españoles dramas sin reglas, *mais nous* nosotros, que no somos españoles y que no sabemos, por consiguiente, hacer comedias malas. *Mais nous,* que hemos introducido en el Parnaso el melodrama anfibio y disparatado, lo que nunca hubieran hecho los españoles; *mais nous,* que tenemos más orgullo que literatura; *mais nous,* que en nuestro Centro tenemos a todo un Ducange, que nos envanecemos de haber producido *La huérfana de Bruselas, Los ladrones de Marsella, La cieguecita de Olbruck, Los dos sargentos franceses,* etc.; *mais nous,* por último, que somos franceses, que habitamos en París, que no somos españoles (gracias a Dios), también sabe-

mos caer en todos los defectos que criticamos y sabemos hacer comedias, *ut nec pes nec caput uni redatur formæ,* y sabemos, lo que es más, hacer llorar en nuestra comedia melodramática, reír en nuestra tragedia monótona y sin acción, y bostezar en la cansada y tosca música de las óperas con que, a pesar de Euterpe, nos empeñamos en ensordecer los tímpanos mejor enseñados.

4

Correspondencia de "El Duende"

Señor *Duende*: Aunque ignoro quién seáis y qué clase de espíritu y de qué punto habéis salido, como tenéis al frente un redactor que sin duda os comunicará lo que os escriba, no tengo dificultad en atreverme a manifestaros por su conducto el gozo que me ha cabido de ver que hay un ente que osa despreciar cuanto puede acaecerle por criticar lo que es risible.

Soy un hombre que también tengo mis puntas y collar de buen humor, soy de muy buen reír, y espero que no desairéis algunas observaciones que me tomaré la libertad de haceros, aunque supongo que tal vez pensaréis en ellas.

Bueno es que critiquéis las obras malas; pero habiendo tanto que criticar en Madrid, ¿se quedarán otras mil cosas que no pertenecen a la lite-

ratura sin el correspondiente varapalo que merecen?

Por ejemplo: yo creí que en vuestro primer cuaderno ya nos hablaríais de cosas más al alcance de todos. Criticad, señor *Duende,* las fondas de Madrid, los cafés de las casas públicas. ¿Por qué no había de haber en una capital fondas decentes donde comer a gusto y con finura, y no que todas parecen casas donde se *gisa* de comer? Si se habla de cafés, no hay uno bueno: habitaciones que se hicieron para todo menos para café, ahogadas y mezquinas, frías como neveras en el invierno, pudiendo tener a poca costa una estufa siquiera; y en todos no saben salir de mesas de pino pintadas, que no las habría peores en una taberna, cuya pintura se pega a los vestidos; sucediendo otro tanto con las sillas; y para prueba de cómo adelantamos, uno solo que había con mesas más limpias ha desaparecido para embeberse en una fonda refundida, en que creímos todos los gastrónomos hallar innovaciones de mérito y gusto; pero nada de eso: nos han añadido una porción de ridiculeces que antes no teníamos aquí. ¿Qué es aquello de llamar a las diversas piezas de comer Marco Antonio, Cleopatra, Viena, Zaragoza, Venecia, Embajador chico y grande? ¡Habrá ocurrencia singular! ¿Si querrán hacer de una fonda un pequeño epítome de historia o un diccionario biográfico? ¡Si siquiera hubieran puesto algún cuadro que representase la mesa

opípara de Elio-Gábalo (1) con su nombre, como para presidir al buen gusto, al lujo y profusión de la comida, convengo en que no era salirse de camino; y confieso que cuando vi todo aquel aparato histórico sospeché que me iban a dar una comida muy erudita y llena de alusiones históricas y rasgos filosóficos; pero, nada de eso, me la dieron tan prosaica y vulgar como en las demás fondas. En vano miré la lista, por ver si personas que inventaban nombres tan ajustados a las cosas habrían mudado el tecnicismo gastronómico galo-hispano que tenemos, para poner a los manjares nombres españoles sacados de nuestros autores clásicos, del Mariana o del Antillón; pero me encontré todavía con los *cornisones,* los *purés,* las *chuletas a la papillote,* las *manos a la vinagret,* el *salmón de chochas,* el *hígado salteado,* etc., y se me cayó el alma a los pies viendo que era preciso resignarse a seguir comiendo en extranjero. Nada de nombres nuevos. ¡ Paciencia ! No siempre han de venir a las cosas. Ahí están las lonjas de ultramarinos, donde creo que lo que menos se vende es de ultramar; y ahí está Lorencín, donde existe el letrero de botillería y la muestra de pasteles.

Sólo una fonda ha habido, y para eso ya no es, en que el nombre conviniese con el objeto, y era

---

(1) Muchos están en el error de que Elio-Gábalo, como dicen, era un glotón que no se hartaba nunca de comer, cuando sólo era emperador que se distinguía por el lujo de su mesa.

la del Grande Océano. Efectivamente, un día sólo que me metí en ella a comer tuve para mucho tiempo que arrepentirme de haberme engolfado tan imprudentemente y sin saber nadar en un plato decorado a la aguada, de que me vi negro para salir, sin tener siquiera una tajada a que agarrarme para ponerme en tierra firme.

A propósito: criticad los manjeres, sobre todo aquel engrudo llamado crema, de que no saben salir en todo el año; aquella execrable mostaza, hecha a fuerza de vinagre; aquel cocido insípido y asqueroso, y, lo que es peor, aquel sacar los mozos los cubiertos del bolsillo, donde los tienen confundidos con las puntas de los cigarros o donde participan de elementos aun peores.

Hablad un poco de las novedades que se notan en los cafés cuando se entra en ellos (como en el de Venecia) y se ven las mesas cubiertas de palurdos, que también toman su café como unas personas. ¡Oh siglo de las luces! ¿Cuándo se veía antes un lugareño tomando café? Efecto de la ilustración. Allí arreglan la Europa, toman la *Gaceta,* hacen como que leen, hablan alto, y dando porrazos para adquirirse la importancia que nadie les da, mandan a menudo a los mozos, y si os acercáis los veréis decir cada uno: "Si yo fuera ministro, si yo fuera rey, otra cosa andaría, había de hacer y de acontecer". De allí salen y van en derechura desde su congreso a arreglar las enjalmas de sus borricos, que trajeron cargados de

paja, para volverse a su lugar, donde si vais veréis a estos ministros, que se creen con más talento que un Floridablanca, empezar a palos con sus mujeres y dirigir pésimamente a sus hijos, que no saben arreglar ni enseñar a leer y escribir. Y si os familiarizáis más con ellos os darán pruebas convincentes de su ilustración, que podréis criticar en algún cuaderno.

Allí al lado pasean todo el día la plazuela de Santa Ana los innumerables representantes de la legua, que vienen en la Cuaresma a hacer oposición a las plazas de farsantes, y que riñen sobre si han de hacer un día de reyes y otro de pordioseros en Madrid o en Alcalá, como si todos los parajes del mundo no fueran tan buenos unos como otros para hacer los tontos.

Divididos de Venecia por esta valla, existen a dos varas los concurrentes a la Nicolasa. Criticad también, etc.; pero no critiquéis nada, pasad de largo; no todos se pueden criticar.

A propósito: quiero daros un aviso. Hablando de vuestras diabluras, no ha mucho se quejaba cierto sujeto de que habíais criticado a un poeta emparentado con un señor ayuda de cámara de importancia; no pude menos de decirle que sin duda repararíais la ofensa, declarando seriamente, bajo palabra de honor de *Duende,* que sería muy bueno para ayuda de cámara, pero que eso no se opone a que sus parientes fuesen malos poetas.

¿No os parece que dije bien? Pues, a pesar de eso, hubo quien dijo que esas chanzas salían a la cara. Conque os lo aviso, señor *Duende,* y, por lo tanto, sería bueno que criticaseis cosas indiferentes. Os aprecio, y creo que no será ésta la última carta si hacéis de ella la estimación que espera quien se ofrece muy suyo,

H. W.

El Duende Satírico del Día

LE PUBLICA DE SU PARTE

Mariano José de Larra

(«Des sotises du temps je compose
mon fiel.» Boileau, «Sat.»)

TERCER CUADERNO

Madrid, mayo 1828. Imprenta de Repullés.

(«Neque enim notare singulos mens est mihi,
Verum ipsam vitam et mores hominum ostendere.»
Phædr. «Fab.» Prol. I. III.)

5

Corridas de toros.

Vous connaissez l'horreur des spectacles affreux
Dont les romans faisaient le plus doux de leurs jeux.
Ce peuple qui donnait, par un mepris bizarre,
A tout peuple étranger le titre de barbare,
Ne repaissait ses yeux que des pleurs des mortels
Et de sang arrosait ses théâtres cruels,
Aux tigres, aus lions livrant des miserables
Il se divertissait de leurs cris lamentables;
Il exposait aux ours des esclave tremblants
Pour en voir disperser tous les membres sanglants,
Le grave sénatur courait à ces supplices,
Et la jeune vestale en faisait ses délices.

(M. Racine, fils. *Epître à madame la duchesse de Noailles sur l'âme des bêtes.*)

Ejercite sus fuerzas el mancebo
Enfrente de escuadrones : no en la frente
Del útil bruto l'hasta del acebo.

.....

Gineta y cañas son contagio moro ;
Restitúyanse justas y torneos,
y hagan paces las capas con el toro.

(QUEVEDO. *Epíst. satir. y censor.*)

Estas funciones deben su origen a los moros, y en particular, según dice don Nicolás Fernández de Moratín, a los de Toledo, Córdoba y Sevilla. Estos fueron los primeros que lidiaron toros en público. Los principales moros hacían ostentación de su valor y se ejercitaban en estas lides, mezclando su ferocidad natural con las ideas caballerescas, que comenzaban a inundar la Europa. El anhelo de distinguirse en bizarría delante de sus queridas, y de recibir su corazón en premio de su arrojo, les hizo poner las corridas de toros al nivel de sus juegos de cañas y de sortijas.

Los españoles sucesores de Pelayo, vencedores de una gran parte de los reyezuelos moros que habían poseído media España, ya reconquistada, tomaron de sus conquistadores en un principio, compatriotas, amigos o parientes en seguida, enemigos casi siempre, y aliados muchas veces, estas fiestas, cuya atrocidad era entonces disculpable, pues que entretenía el valor ardiente de los guerreros en las suspensiones de armas para la guerra, la emulación entre los nobles que se ocupaban en ellas, haciéndolos verdaderamente superio-

res a la plebe, y acostumbraba al que había de pelear a mirar con desprecio a un semejante suyo, cuando le era preciso combatir con él, si acababa de aterrar a una fiera más temible.

El primer español que alanceó a caballo un toro fué nuestro héroe, nunca vencido, el famoso Rui o Rodrigo Díaz de Vivar, dicho el Cid, que venció batallas aun después de su muerte. Hasta éste, sólo en las baterías de caza habían peleado los españoles con estos hermosos animales; y cuando el Cid alanceó el primer toro delante de los que le acompañaban, éstos quedaron admirados de su fuerza y de su destreza.

Sin duda, con este motivo supuso don Nicolás Fernández de Moratín las fiestas de toros en Madrid, que entonces era un pequeño lugar con castillo moro, dependiente de los de Toledo, a las que hizo las hermosas quintillas que se hallan en sus obras póstumas, impresas en Barcelona, las cuales pueden dar una idea de las costumbres de aquellos tiempos (1).

Hasta entonces, las fiestas de los españoles se reducían a las que tomaron de los moros; y en el mismo tiempo del Cid, Alfonso VI tuvo unas fiestas públicas, reducidas a soltar en una plaza dos cerdos. Dos ciegos, o, por mejor decir, dos hom-

---

(1) Aquí intercala LARRA las famosas quintillas que empiezan:

Madrid, castillo famoso,

tan conocidas y tantas veces impresas.

bres vendados salían, armados de palos, y divertían al pueblo con los muchos que se pegaban naturalmente uno a otro. Diversión sencilla, pero malsana a los lidiadores, los cuales se quedaban con el animal si acertaban a darle.

A pesar de esto, en el resumen historial de España del licenciado Francisco de Cepeda, hablando del año 1100, dice que en él, según memorias antiguas, se corrieron en fiestas públicas toros, y añade, ya refiriéndose a entonces, espectáculo sólo de España. Y por nuestras crónicas se ve que en 1124, en que casó Alfonso VII en Saldaña con Doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones hubo fiestas de toros. Y en la ciudad de León, cuando el rey Don Alfonso VIII casó a su hija Doña Urraca con el Rey Don García de Navarra, en cuya ocasión también se verificó la de los cerdos.

En el siglo XIII, y hacia sus mediados, después de hechas las paces con los moros, cuando a éstos no les había quedado más que la Bética, fué cuando nuestra nobleza, que parecía quedar ociosa, se entregó a esta clase de diversiones, haciendo de ellas una función nacional, con preferencia a las cañas, sortijas, etc., de los moros, y a los torneos y aventuras quijotescas, que tomaron de allende los Pirineos. Movidos los nobles de la fama de algunos hábiles y valientes moros, quisieron competir con Muza, con Gazul, con Malique-Alaber y otros granadinos que se distinguían en la lid con

los toros, a cuyo objeto se proporcionaron los mejores que se hallaron en la sierra de Ronda.

La admiración pública, la novedad, y, sobre todo, el espíritu algún tanto feroz de aquellos tiempos de guerra y de incivilización, contribuyeron no poco a poner en boga esta diversión, y después, dos causas principales las acabaron de establecer: la galantería, que comenzó a mezclarse en todas las acciones de los hombres, y el no haberse desdeñado los reyes mismos algunas veces de dejar el cetro para empuñar el rejoncillo. La influencia del ejemplo de éstos, como ha sucedido siempre, arrastró la opinión general, y no hubo noble que no quisiese imitar al monarca en el disputar los premios que la hermosura adjudicaba por su mano al valor, o tal vez a las fuerzas de flaqueza que sabía sacar el amor propio aun del corazón de los más tímidos que querían aspirar al de las bellezas de aquellos tiempos.

Como los toros era una fiesta privativa de los nobles, le era prohibido a la plebe el entrometerse en ella hasta el toque de desjarrete, el que sonaba después que los caballeros habían alanceado completamente al toro. Entonces, la multitud se arrojaba a la plaza, no de otro modo que en nuestras insoportables y brutales novilladas, armada de palos, chuzos y venablos, y corría atropelladamente a matar al toro como podía; pero éste, que no siempre era del parecer de la plebe, sino que solía dar en llevar la contraria, era causa de que

en estas ocasiones ocurrían no pocas desgracias. Y entonces, el infeliz inexperto e imprudente que tenía la desgracia de ver la función desde las astas del animal no debía esperar auxilio alguno de parte de la nobleza, que tenía por vil y degradante salvar la vida de un plebeyo. Esta nobleza, bien distinta de la que aplaudía a Terencio cuando resonaba el teatro romano con aquel dicho del poeta: "Homo sum, nihil humani a me alienum puto", no podía dejar la silla a no ser que perdiese el rejón, la lanza, el guante o el sombrero, en cuyo caso no podía volver a montar sin haber dado antes muerte a la fiera y recobrado la prenda perdida. Cada noble solía llevar en derredor de su caballo dos o tres chulos de a pie para distraer al toro en un riesgo, como en el día nuestros capeadores.

El desorden que reinaba en este modo de matar al toro fué causa de que en Roma, adonde habían adoptado los toros, pero no la destreza de España, sucediesen muchas desgracias, contándose en particular haber perecido en el año 1332 al furor de los toros 19 caballeros romanos y muchos plebeyos, con no pocos estropeados, lo que fué motivo de que se prohibiesen en Italia este año, en el pontificado de Juan XXII, al mismo tiempo que conservándose sólo en España, caminaban rápidamente a su perfección, hasta el reinado de Don Juan II de Castilla, en que hubo muchas y grandes fiestas de toros en Medina del Campo en el

año 1418, con motivo de su casamiento con Doña María de Aragón, celebrado en 20 de octubre.

Poco después ya se trató de construir algunas plazas al propósito, y se mataban los toros con la media luna o a garrochazos, dando esta comisión a los esclavos moros, y más adelante a los negros y mulatos.

Florián hace alusión a las fiestas de toros en su *Gonzalo de Córdoba*, y supone como un episodio de su romance que la Reina Católica da una función al ejército acampado delante de Granada, lo que prueba lo generalizadas que estaban ya entonces estas fiestas; pero la verdad histórica es que esta misma Reina trató de exterminarlas, y juzgó imposible el conseguirlo, como lo aseguró a su confesor en una carta que le escribió desde Aragón, y que se halla inserta en el libro que Gonzalo de Oviedo escribió de los oficios de la Casa de Castilla.

En Madrid, a pesar de no ser todavía la corte de los Reyes, ya se trató de construir una plaza, y se cree que la primera estuvo situada enfrente de la casa de Medinaceli y después se trasladó a la plazuela de Antón Martín; otra hubo en el Soto Luzón, y últimamente, la que existe en el día fuera de la Puerta de Alcalá, revocada en almazarrón, cuya magnífica construcción hace honor a la España y a la arquitectura y parece querer rivalizar con los circos romanos. Una trabazón sin fin de tablas sin cepillar, de una solidez

nada propia para desafiar a los siglos, hace temer que este inculto maderamen retrograde a hacer parte de la tierra de que se separó, volviendo a tomar raíces los leños y troncos casi enteros que le componen, y que existen cubiertos con un disimulo nada común, o, por lo menos, que los aficionados se vuelvan un lunes a su casa con el anfiteatro en las espaldas. Verdadera imagen de la fragilidad de las cosas humanas.

Pero siguiendo la historia de los toros, es sabido que el Señor Carlos I (1) les tuvo la mayor afición, y dicen sus contemporáneos que picaba y rejoneaba los toros con gran destreza, y en celebridad del nacimiento de su hijo el rey Don Felipe II mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid.

No menos habilidad tenían, según don Gregorio de Tapia y Salcedo (2), el rey Don Sebastián de Portugal, Pizarro, el conquistador del Perú; don Diego Ramírez de Haro, etc.; y en lo sucesivo se distinguieron en diversas épocas en esta habilidad, y tuvieron gran fama, Cea, Velada, el duque de Maqueda (3), Cantillana, Oceta, Zárate,

---

(1) Que nos hemos empeñado en llamar V los españoles, a imitación de los alemanes.

(2) En un libro que dió a luz titulado *Ejercicios de la gineta*.

(3) Al duque de Maqueda escribió Quevedo un soneto por su destreza en mantenerse firme en la silla al picar al toro, y otro a la fiesta de toros y cañas del Buen Retiro; se hallan en la *Clío*, y no se insertan por no alargarme demasiado y por participar del mal gusto del siglo de Quevedo.

Sástago, Riaño, el conde de Villamediana, don Gregorio Gallo, caballero de la Orden de Santiago, quien inventó la espinillera para defensa de la pierna, llamada por él *gregoriana* y en el día *mona* por nuestros picadores. Picaron también con primor de vara corta, Pueyo, Suaro, el marqués de Mondéjar y otros muchos que hasta el reinado de Felipe V sobresalieron y que se hallan en los diversos autores que han escrito de arte de torear (1).

El hijo y sucesor de Carlos I, Felipe II, que no pudo heredar de su padre el valor, tampoco heredó el gusto a las fiestas de toros. El fué el primero que las prohibió por una Real cédula. Reinando este Soberano en el año 1565, se juntó por su influjo un Concilio en Toledo para el remedio de los abusos del reino, al cual asistieron los obispos de Sigüenza, Segovia, Palencia, Cuenca, Osma, el abad de Alcalá y otros distinguidos varones. Le presidió el Ilmo. Sr. D. Cristóbal Rojas de Sandoval, obispo de Córdoba, el más antiguo de los seis que concurrieron. En este Concilio se declaró que las funciones de toros son muy desagradables a Dios, y que si algún cristiano hiciese

(1) Don Gaspar Bonifaz, caballero del hábito de Santiago, imprimió en Madrid unas *Reglas de torear*; D. Luis de Trejo, unas *Obligaciones y duelo* de este ejercicio; D. Juan de Valencia, unas *Advertencias para torear*; D. Diego de Torres, y en nuestros días el desgraciado José Delgado, vulgo «Pepeíllo», a quien de nada sirvieron sus reglas, pues no pudo dar con el arte de no dejarse matar; ¿hubiera podido hacer más el toro si hubiera tenido entendimiento y leído su *Tauromaquia*?

voto de correr o lidiar toros no estaba obligado a cumplirlo. Prohibe, bajo pena de excomunión, hacer tales votos, y manda que no se tengan estos espectáculos en días de fiesta. Lo mismo previenen las leyes, tan celebradas, de los teodosios, de León y Antenio, sobre el particular, y ésta es la razón por que se hacen en días de trabajo, para lo que se han destinado en Madrid los lunes. Dice además expresamente que si algún eclesiástico, contra el decoro de su estado, concurriese a los toros, sea castigado como corresponde por el ordinario.

Este mismo canon se renovó con las mismas penas en el año 1682 en el Sínodo de Toledo, que celebró su ilustrísimo arzobispo el excelentísimo Sr. D. Manuel Portocarrero, cardenal de la Santa Iglesia, con el título de Santa Sabina.

El papa San Pío V, en su bula de *Salute gregis,* expedida en 1 de noviembre de 1567, prohibió y vedó, bajo las penas de excomunión y anatema *ipso facto incurrendas,* a todo príncipe el permitirlas, así como a los eclesiásticos el asistir, privando de sepultura sagrada a los toreros que muriesen en ellas.

Pero después, en el reinado del mismo Felipe II, hacia los años de 1580, y en el de Felipe III, hacia los de 1600, lograron persuadir a los papas Gregorio XIII y Clemente VIII que los españoles que toreaban eran muy diestros, y que el gran peligro estaba de parte de los toros, y le-

vantaron aquella excomunión, quedando sólo en actividad para los eclesiásticos regulares y los seculares de derecho común canónico, incurriendo en pena de irregularidad con su asistencia.

Hay infinitos decretos sinodales y muchos cánones que prohiben estas fiestas, y en uno de éstos se da al arte de torear el nombre de malvadísimo, y se compara este modo de vivir con el de las rameras.

Felipe III gustó también de toros, pues que se sabe que renovó y perfeccionó la plaza de Madrid en el año 1619.

De su sucesor, Felipe IV, se dice que además de alancear y matar los toros, quitó la vida a más de 400 jabalíes con estoque, lanzón y horquilla.

En tiempo de Carlos II se sostuvo este entusiasmo entre la nobleza; pero a fines de su reinado, y mucho más cuando después de su muerte, ocurrida en 1700, vino a reinar Felipe V, habiendo empezado la guerra de Sucesión, tanto las divisiones y ocupaciones más serias que sobrevinieron, como el poco gusto que aquel Monarca manifestó hacia los toros, pues fué el segundo que los prohibió por Real cédula, distrajeron completamente a la nobleza, cesando su afición por el mismo resorte que la había fomentado; pudiéndose aplicar a esta influencia de los gustos de los Reyes sobre sus pueblos en España, casi como en todas partes, aquel dicho de Federico el Gran-

de: *Quand Auguste avait bu, la Pologne étoit ivre.*

Los hombres pasan extrañamente de unos extremos de locura a otros. No hacía mucho que la nobleza, celosa del alto honor de morir en las astas de un animal, no permitía que plebeyo alguno le disputase la menor parte, e inmediatamente se desdeña de lidiar con las fieras, hasta el punto de declarar infame al que va a sucederle en tan arriesgada diversión. Efectivamente, desde entonces, unos cuantos hombres infamados pueden enriquecerse con el precio de su vida, tan vilmente alquilada a la pública diversión, a no tener las costumbres de su calidad.

Los sucesores de Felipe V, Fernando VI y Carlos III, a imitación de aquél y del segundo del mismo nombre, prohibieron los toros, a menos que no se invirtiese su producto en obras pías. En este concepto, el Señor Rey Don Carlos IV y nuestro actual Soberano (que Dios guarde) han concedido en dos temporadas del año cierto número de corridas con el piadoso objeto de socorrer a aquellos vasallos desvalidos que la desgracia ha reducido a un hospital (1).

Pero si bien los toros han perdido su primitiva nobleza; si bien antes eran una prueba del valor español, y ahora sólo lo son de la barbarie y fe-

(1) Por no hacer demasiado largo este cuaderno, no se inserta una carta que al padre Cádiz escribió en 1793 un regidor de Loja, y su contestación desde Málaga sobre los toros.

rocidad, también han enriquecido considerablemente estas fiestas una porción de medios que se han añadido para hacer sufrir más al animal y a los espectadores racionales: el uso de perros, que no tienen más crimen para morir que ser más débiles que el toro y que su bárbaro dueño; el de los caballos, que no tienen más culpa que el ser fieles hasta expirar, guardando al jinete aunque lleven las entrañas entre las herraduras; el uso de banderillas sencillas y de fuego, y aun la saludable costumbre de arrojar el bien intencionado pueblo a la arena los desechos de sus meriendas, acaban de hacer de los toros la diversión más inocente y más amena que puede haber tenido jamás pueblo alguno civilizado.

Así es que amanece el lunes, y parece que los habitantes de Madrid no han vivido los siete días de la semana sino para el día en que deben precipitarse tumultuosamente en coches, caballos, calesas y calesines fuera de las puertas, y en que creen que todo el tiempo es corto para llegar al circo, adonde van a ver a un animal tan bueno como hostigado, que lidia con dos docenas de fieras disfrazadas de hombres, unas a pie y otras a caballo, que se van a disputar el honor de ver volar sus tripas por el viento a la faz de un pueblo que tan bien sabe apreciar este heroísmo mercenario. Allí parece que todos acuden orgullosos de manifestar que no tienen entrañas, y que su

recreo es pasear sus ojos en sangre, y ríen y aplauden al ver los destrozos de la corrida.

Hasta la sencilla virgen, que se asusta si ve la sangre que hizo brotar ayer la aguja de su dedo delicado; que se desmaya si oye las estrepitosas voces de una pendencia; que empalidece al ver correr a un insignificante ratón, tan tímido como ella, o al mirar una inocente araña, que en su tela laboriosa de nada se acuerda menos que de hacerla daño; la tierna casada, que en todo ve sensibilidad, se esmeran en buscar los medios de asistir al circo, donde no sólo no se alteran ni de oír aquel lenguaje tan ofensivo, que debieran ignorar eternamente, y que escuchan con tan poco rubor como los hombres que le emplean, ni se desmayan al ver vaciarse las tripas de un cuadrúpedo noble, que se las pisa y desgarra, sino que salen disgustadas si diez o doce caballos no han hecho patente a sus ojos la maravillosa estructura interior del animal, y si algún temerario no ha vengado con su sangre, derramada por la arena, la razón y la humanidad ofendidas.

El artesano irremisiblemente asiste y se divierte, tal vez a buena cuenta de lo que piensa trabajar en la semana, pues el resto de la anterior pagó su tributo acostumbrado la noche del domingo en el *despacho de vino* (1) de que es parroquiano, y donde acabó de perder la poca cabeza que le

(1) Nombre nuevo con que algunos cosecheros han ennoblecido sus tabernas.

quedó por la tarde de la cuajada y baile con que celebró el paso por el Avapiés de su pacientísimo Criador, según costumbre religiosa. Estos parcos españoles se contentan con ser dichosos el domingo y el lunes, y reservan para los demás días, en que ya no hay harina en casa, el trabajar la obra y las bien cuidadas costillas de su mujer, como si quisiera indemnizarse en su pellejo del dinero mal gastado. Bien que hay alguna que no sabría vivir sin este desahogo, porque cree que éstas son las pruebas de cariño más marcadas que puede dar un marido español y cariñoso; todo es a lo que el cuerpo se acostumbra. Una clase de entes no va a estas funciones: esa bandada de sentimentales que han pasado el Bidasoa, que en sus aguas, como pudieran en las del Leteo, se despojaron de todo lo español que llevaban, y volvieron a los dos meses, haciendo ascos de sus antiguos pucheros, buscando la calle en que vivieron, y no sabiendo cómo llamar a su padre; éstos están fuera de combate, y tienen sobrada dicha con que no les obliguen a gastar paño de Tarrasa en sus vestidos, con que los dejen desafiarse todos los días a primera sangre, tropezar, pisar, enderezar el lente, pegar con el látigo, insultar y hacer reír a todo el mundo en el Prado, en el teatro, en las concurrencias; disputar mucho sobre las óperas sin entender una nota de música, y hablar una jerigonza de francés, italiano, inglés y español, etc. Para

éstos son insípidos los toros, y repiten con énfasis: *Función bárbara.*

En estas fiestas, donde se ejercita la ternura, ¿qué fruto no puede sacar el filólogo? ¡Qué extrañeza de voces, que no están escritas en ninguna parte, y que forman un nuevo idioma, no conocido sino del que frecuenta las Maravillas, las Vistillas, el Avapiés y el Barquillo!; un idioma cuya riqueza y caudal no se extiende más allá de una docena de palabras expresivas y enérgicas, y que, bien fraseadas, hacen depender su inteligencia de sola su diversa modulación. ¡Oh, pueblo lacónico y de una penetración singular! Una sola palabra te significa admiración, enojo, rabia, celos, engaño, placer, novedad, venganza, etc.; ella es el requiebro que dices a tus amadas y el insulto que profieres contra tus enemigos, etc. Y entretanto, existe en el globo una nación en que emplea el hombre toda su vida en acumular voces para hacerse entender de sus semejantes, y tal vez muere anciano sin conseguir saber su lengua. Venga a los toros el chino, y aprenderá a decir mucho en pocas palabras de la perspicacia de los españoles; venga todo el mundo a unas fiestas en que, como dice Jovellanos, el *crudo majo hace alarde de la insolencia; donde el sucio chispero profiere palabras más indecentes que él mismo; donde la desgarrada manola hace gala de la impudencia; donde la continua gritería aturde la cabeza más bien organizada; donde la apretura, los empujones, el*

calor, el polvo y el asiento incomodan hasta sofocar, y donde se esparcen por el infestado viento los suaves aromas del tabaco, el vino y los orines.

Concluiré este artículo con las dos composiciones poéticas siguientes, que por hacer relación a los toros no disgustarán a los apasionados.

A Pedro Romero, torero insigne [1]

. . . . . .

EL TOREADOR NUEVO

(Cuento de don Pedro Calderón de la Barca.)

Un toricantano un día
entró a dar una lanzada,
de un su amigo apadrinado.
Airoso terció la capa,
galán requirió el sombrero,
y osado tomó la lanza
veinte pasos del toril.
Salió un toro y cara a cara
hacia el caballo se vino,
aunque pareció anca a anca;
porque el caballo y el toro
murmurando a las espaldas
se echaron dos melecinas
con el cuerpo y con el asta.
Cayó el caballero encima
del toro; sacó la espada
el tal padrino, y por dar
al toro una cuchillada,
al ahijado se la dió.
Y siendo de buena marca,
levantóse el caballero
preguntando en voces altas:
—¿Saben ustedes a quién
este hidalgo apadrinaba?
¿A mí o al toro?— Y ninguno
le supo decir palabra.

---

(1) También esta oda de D. Nicolás Fernández de Moratín es sobrado vulgar y conocida para que se copie aquí.

6

Correspondencia de "El Duende"

Guerra declaro a todo monigote,
y pues sobran justísimos protestos,
palo habrá de los pies hasta el cogote.
(JORGE PITILLAS. *Sát.*)

Al señor *Papel-útil,* alias *Guindilla,* del gremio de zurradores de esta corte,

El inutilísimo *Duende.*

Señor *Papel-útil*: He leído, y lo que es peor, comprado el elegante zurrador de usted, y nadie puede figurarse el mal rato que me ha dado el haber podido disgustar a su papel-utilidad zurrona en mi primer cuaderno. Casi desanimado, iba a callar, cuando varios amigos me han inducido a responder, siquiera por política, y, en consecuencia, he creído que podría darle mi voto sobre sus zurras con la misma franqueza que pasa a darme el suyo, sin habérsele pedido, sobre mis críticas.

De esta hecha, bien puede usted vanagloriarse de haber acabado con los malos escritores: los ha metido debajo de un zapato; y el público, de aquí en adelante, se mirará muy bien en su bolsillo antes de proceder a comprar nada sin consultarle. No es decir esto que deba empezar por usted, nada de eso, antes muy al contrario: usted sólo será el comprado y el vendido, y mucho más si, haciéndose cargo siempre de lo malparado que anda el

dinero y de que nuestro fin es sacársele al público, le da gratis todos sus petardos y amonestaciones caritativas, así como la primera. A propósito de esto, un quídam malhablado me vino a decir que le parecía que lo que usted quería no era que el público no gastase su dinero, sino que no lo gastase con otro que no fuese usted; pero yo rechacé esta calumnia, y no tuvo qué responderme cuando le convencí diciendo que era prueba de lo contrario el haber puesto doce hojas a dos reales cuando el *Duende* pone veinte a tres; y además le expliqué que en un principio pensó ponerlo a real; luego enmendó de mano poniéndolo a dos reales, para manifestar aún más desinterés, y que después de haber despachado unos cuantos a este precio pensó rebajarle otra vez, diciendo que había sido una equivocación (mejor diremos una contraequivocación), en lo cual ha pensado usted bien, pues el que tuviera prisa para leerlo debía pagar el privilegio de leerlo pronto. Y qué, ¿no es nada para el público la ventaja de gastar su dinero para leerle a usted en Jueves Santo? Debe pagarla; es muy bien hecho. Además le añadí de que yo estaba bien seguro de que al momento que se indemnizase del gasto de impresión, si llega nunca este caso, o daría de balde los demás ejemplares, o devolvería el dinero sobrante; porque tampoco hay una razón para que zurre y dé palos a nadie de balde, poniendo de su bolsillo su hiel y su guindilla. Ya ve usted que yo me comprometo a salir fiador para con el

público de su desinterés, y espero que no será cosa de dejarme mal, puesto que le parece tan ridículo que todos los escritores no escriban gratis.

Pero, amigo, ¡con qué modestia se explica su *papel-utilidad*! ¿Dónde ha aprendido ese modo tan particular de camelar a las gentes? ¡Qué de rodeos gasta, qué de piropos y qué disimulo para llamar borricos de buenas a primeras a toda clase de escritores, buenos y malos! ¿Dónde ha ido a buscar aquellas perífrasis para decir que se les va a formar el pienso? Vamos, ya estoy atónito de ver su finura, su delicadeza, y hasta el respeto con que trata a las gentes. Confieso que no podía usted haber hallado un modo más terminante de bautizarlos de bestias. Sólo sí opino que debiera haberlo dejado para lo último, porque puestas al principio no parece que queda más que hablar, ni conduce a nada el pasar adelante, pues es la recopilación más enérgica de cuanto queda que decir.

Me han gustado mucho las reformas que ha hecho en la Ortografía, y debe proponerlas a la Academia. Es verdad que no faltará quien critique; pero ése es el grande escollo que tienen que arrostrar los que quieren hacer innovaciones buenas. Hay quien dice que qué habrá pasado entre los verbos *haber* y *echar*. Quieren decir que usted le ha quitado la *h* al primero para adjudicársela al segundo, porque pone dos veces *ételе* y otra *hechándola*, y que no es justo que una *h* que ha tenido legítimamente el verbo *haber* desde su fun-

dación se le quite en el año 28 sin alegar una razón fundada. Lo mismo dicen de quitarle la *a* al *ainda mais* (esto es portugués); que es un usurpador, que se queda con el tanto por ciento de las palabras; que se le pega algo de cuanto pasa por sus manos, y que tampoco hay razón para mudar en *l* la *n* de Vandoma, diciendo Valdoma, como la gente ordinaria. Y a esto añaden, ¡qué disparate!. que se debe usted haber criado entre zurradores o en las Maravillas, y que no sabrá quién es ese señor. Por Dios, señor *Papel-útil,* no se sofoque usted, no haga caso de las malas lenguas, porque entonces sería nunca acabar; eso, se desprecia, y se les envía a comer pienso llamándoles borricos, que eso poco cuesta ni hay que revolver muchos libros para decirlo.

Añaden que no sabe el francés, porque en lugar de poner *point davantage,* que quiere decir *nada más,* lo que también podía haber dicho en español y se ahorraba ahora estas reconvenciones, ha puesto *point d'avantage,* que quiere decir *ninguna ventaja;* que es usted un pedante, y que por querer dar a entender que sabe francés sin venir a pelo, con una cosa que por estar en francés no tiene más gracia si no lo es el que no se entienda, lo ha echado a perder más, manifestando su ignorancia, y le aplican aquellos versos que dijeron, según el padre Isla, a una niña llamada Rosa, la que, habiendo sido sorprendida en el acto de evacuar una de aquellas diligencias que la decen-

cia no permite nombrar, por ocultar sus secretas gracias se manchó.

¿Para qué es encubrir la cosicosa,
Si así te ensucias más, querida Rosa?

Pero, amigo, a lo que no pueden decir nada a la excelente y oportuna traducción de la voz *petit-maître,* que quiere decir *señorito,* y que usted traduce tan superabundantemente *señorito presumido*, poniendo de suyo la presunción, y fundadamente, pues que dos palabras francesas requieren indispensablemente otras dos españolas, sean cuales fueren. Lo que si tachan es escribir *Palais Royale* con el aditamento de esta *e* última, porque *Palais,* que quiere decir en castellano *palacio,* no es hembra, ni femenino, ni cosa que se lo parezca, que es masculino, y muy masculino, en entrambos idiomas. ¡Admírese usted! Murmuran si le ha tocado Dios en el corazón y trata de restituir las letras robadas más arriba; pero aun en este caso debía haberlas vuelto a dejar allí de donde las quitó.

Hay gente viperina y malentretenida que, movida de la envidia, dice que ya que no sabe usted francés, en indemnización tampoco sabe el castellano. ¿Y por qué? Todo (para que usted lo sepa), porque dice *setina de disparates, decir mamarrachos* (que sólo se pintan), etcétera. Vea usted qué reproches; como si para escribir al público fuese tan indispensable saber la lengua en que se le es-

cribe. A pesar de eso, como no he sabido modo de defenderle de esto último, bueno será me envíe el diccionario que gasta para sus petardos, que quiero dar a todo el mundo en ojos con él, pues por mi parte "non ego paneis ofendar maculis".

Otra burrada digna del pienso de usted. Opinan muchos que se ha dejado un petardo literario en su picantísimo tintero, como es el que nos ha dado a todos con su folleto, que sin duda ha sido por modestia y por no hablar de sí mismo, y que debía estar después del sexto y antes del del cochino, como usted dice *sin perdón;* y, efectivamente, no le perdonan todos el haber introducido esta anécdota del matadero del rastro, por sustancial que sea, porque si es de invención suya es fea e inoportuna, y si cierta no se puede negar que es indecente, señor *Papel-útil* y *Zurrador,* con perdón del lector, el ofrecer al público personalidades. ¡Bah, bah, bah! ¡A dónde va a parar lo que dicen estos menguados!

No responda usted a eso, que al buen callar llaman Sancho; eso se desprecia y se le echa pienso.

Un amigo mío añade a todo esto que es extraño que me haya mordido también a mí, pues que en resumidas cuentas viene usted a apoyar mis críticas, y asegura que no comprende cómo puedo yo ser inútil y usted tan útil cuando repite lo que yo digo valiéndose casi en una que otra ocasión de mis mismas palabras. Además, que cami-

na de mala fe, suponiendo que yo digo como cosa buena y mía lo propio que critico, pues en mi primer cuaderno yo ridiculizaba los títulos que me apropia, por lo que debe acudir a él y leerle más despacio, y verá que digo, hablando de ellos, "si bien son malos", etc.; no sea que alguno diga que es extraño haya pasado a escribir sin saber leer, lo que resultará en mengua del maestro que le enseñó.

Por supuesto, yo no creo nada de esto que dicen, antes me río, y creo que al fin la nación que le ha visto nacer vendrá a hacer justicia a los petardos que le da cuando los tiros de la envidia hayan agotado su rencor. No se puede hacer bien a nadie. Después de haber hecho al público el favor de que no gaste su dinero, vea usted qué agradecimiento y cómo lo paga. Deje usted esas ideas filantrópicas, y a cada uno que haga de su capa un sayo, que al fin ellos ganan su dinero, es muy suyo, y usted no se le da. ¡Pícara ingratitud!

Por ella susurran también de aquella consecuencia que saca cuando dice que no soy erudito porque no me gusta ir a perder el tiempo al billar. Yo no hallo el porqué se susurre de esto, pues que yo también me inclino a creer, como usted, que todos los hombres de genio han jugado mucho y muy bien a ese juego, y que se debe inferir que nadie puede ser erudito si no sabe dar empellones a una bola, y asimismo concibo que la mayor prueba de que no soy pagano es el no

jugar al mismo juego por razones muy parecidas.

¡Que nunca hayamos de concluir! A todo esto me han añadido que no debe usted ser muy erudito cuando llama al diario Enciclopedia, ignorando que es voz griega (*En*, en, auxlos, círculos, paideia, ciencia), y que los sabios han convenido en llamar así a la reunión de las ciencias y artes, y no a los avisos de nadie; esto es griego; y cuando dice *el alcoran*, al modo del vulgo, en vez de decir *el coran*, con lo cual basta, pues *al coran* quiere decir el libro en árabe, lo mismo que *to biblion* en griego, y *al* y *to* son los artículos, y en ninguna lengua hacen falta a los nombres dos artículos. Con este motivo dicen que no sabe usted griego, ni árabe, ni nada. ¡Bachillerías! Pero a usted, ¿qué le importa? Maldita de Dios la cosa. No es preciso saber lenguas ni para zurrador ni para echar pienso, y para escribir obras tampoco, porque deja fray Gerundio los estudios y se mete a predicador. Vamos, yo no sé cómo puede usted sufrir tanto insulto. ¡Qué paciencia debe tener! Toda la que se necesita para ser escritor. Es preciso confesar que es un santo varón.

Yo no le escribo a usted todo esto por que piense que no lo sabe; estoy persuadido que lo sabe mejor que yo, y creo que si lo ha puesto así ha sido, o por disimular su erudición, dando una prueba de su modestia, o por yerros de imprenta: sólo sí lo escribo para que llame usted borricos a *grito pelado* a todos estos charlatanes.

Ha de saber usted además, amigo *Papel-útil,* que hay otra impugnación aún más rara. Leíale yo a una señora amiga mía, con el placer y entusiasmo que usted se puede figurar, su papel, realzando sus bellezas y admirando su delicada y bien cortada pluma (a propósito, quisiera saber si la corta usted mismo o si la da a cortar, porque no sería extraño que un zurrador no se hubiese dedicado nunca a esas bagatelas); pero a pesar de todo no pude evitar que aquella persona, que piensa malamente que los zurradores y guindillas se parecen en algo a las personas, y que cree que cada uno es uno solo, y está acostumbrada a tratar a cada persona en singular, aunque no sabe Gramática, me dijese a pocos renglones: "Pare usted de leer, amigo, que si no me equivoco usted leyó al principio que lo escribía un zurrador, y de una página a otra se nos ha convertido en dos, porque habla de *nos,* dice *estamos, compramos,* etcétera. Vuelva usted a mirarlo, y vea si es efectivamente uno solo o si esos señores van apareados, porque, a lo que yo imagino, pudiera ser muy bien zurrador y compañía." Reíme de su simpleza, y la contesté como debía: "Ha de saber usted, señora, que desde que un hombre es autor se da el trato de un príncipe; y sepa que a los reyes y a los autores les es común hablar uno solo como si hablaran muchos, así como el tutear al lector y otras cosas semejantes, etc."

Lo que me gusta más, por su gracejo, son los

contrapetardos. ¡Qué de sal, qué de atenciones, qué retención en el decir, qué tiento para no insultar, qué de lisonjas y, sobre todo, qué de sales! Perdone usted, amigo, si le adulo; no lo hago con el fin de que me proporcione ningún cochino, ni por pagárselo en *duendes;* nada de eso; sólo el agradecimiento me pone en esta obligación, y mi dolor es verme precisado a concluir.

En fin, señor *Papel-útil,* creo que conocerá usted que siempre he tomado su partido, y que si no he podido rechazar a los habladores no ha dependido de mí, sino de que éstos son, como usted dice, unos borricos. Convencido de esto, no me volveré a meter en defensas de nadie, y valga ésta por todas.

Por lo demás, tiene usted mi permiso para seguir hablando hasta que guste, y contestar cuando quiera, bien seguro de que yo hablé una vez para toda la siega, y de que me propongo de aquí en adelante escuchar y reír, y en prueba del efecto que en el público y en mí han hecho sus petardos, publicar cuanto antes el cuarto cuaderno de

El Duende Satírico del Día.

En el segundo cuaderno, citando al padre Isla, se puso equivocadamente *Gerundio,* debiendo ser *Cartas de Juan de la Encina.*

El Duende Satírico del Día

LE PUBLICA DE SU PARTE

Mariano José de Larra

(«Des sotises du temps je compose
mon fiel». Boileau, «Sat.»)

CUARTO CUADERNO

Madrid, setiembre 1828.—Imprenta de D. L. Amarita.

(«Neque enim notare singulos mens est mihi,
Verum ipsam vitam et mores hominum ostendere
Phædr. «Fab.» Prol. I. III.)

7

Un periódico del día, o el "Correo Literario y Mercantil".

UN PERIODICO DEL DIA

Las decisiones de un periodista no tienen privilegio alguno para que forzosamente se las respete: nunca pasan de ser la opinión de un hombre.

(*Corr. Lit.*, N. 1. Reflex. prel.)

Ne trouve en Chapelain, quoi qu'ait dit la satire
Autre défaut, si non, qu'on ne le sauroit lire.

(Boileau, *Satir.*, X.)

Pero ¿qué tiene nuestro periódico? ¿Tiene algo, por ventura?..., gritan los redactores de una parte

a otra. Pues ése es su defecto, señores redactores, no tener nada.

Pero no hay que desanimarse, porque todos conocemos que si bien *El Correo Literario* no es bueno, pudiera serlo, y tiene lo mismo, con la diferencia, nada esencial para el público, de venderse a no venderse. Es verdad que esto no será tan indiferente a los redactores, pero, en cambio, tienen otra ventaja, y es la de trabajar poco. Sin embargo, yo entreveo que no está del todo perdido, pues que habiendo adelantado ya el saber que no gusta, se reduce a empezar a hacer de aquí en adelante todo lo contrario de lo que han hecho hasta ahora, y ciertamente gustará. No hay más que dos caminos: el malo ya le han corrido ustedes todo; me parece, pues, que se acreditarían de necios si no supiesen hallar el bueno, además de que hay tiempo todavía, pues desde aquí hasta Difuntos, que a todo tirar se puede ir bandeando el papelito, queda espacio para divertirnos tres veces otro tanto.

No es decir esto, aunque lo parezca, que *El Correo Literario* no tenga mérito, y nadie mentiría más que yo si se tratase de sostener que es inútil; muy por el contrario, porque a mí mismo me sucede que sólo los días que sale puedo conseguir dormir siesta, que el calor antes y varias cavilaciones me robaban; ahora tengo muy buen cuidado de no comprar el número hasta la hora de

comer (1), y al momento que acabo esta operación preparatoria cojo mi *Correo,* y ábrale por cualquiera parte, a los chasquidos de su látigo me duermo como un hombre sin cuidados, tan profundamente, que ha habido tarde de pasárseme la hora de paseo y despertarme a las diez de la noche; y me parece que para quien tenga la desgracia de no poder conciliar el sueño, bien vale esto la pena de gastar seis cuartos. Esta es la razón, porque columbro que ha de durar algo más: porque no soy el único que le ha encontrado esta virtud, que comprueba la verdad de que no hay libro ni escrito, por malos que sean, que no tengan algo bueno.

Decir que no tiene mérito sería caminar con más parcialidad que *El Correo Literario,* y Dios sabe que quiero demasiado a los señores redactores por el citado favor que me han hecho para hacerles una injusticia tan notoria; porque si es cierto que no cuesta trabajo el escribir mucho y malo, también lo es que debe ser cosa muy difícil llenar tres veces cada semana un pliego de palabras que forman oraciones, y no decir nada al cabo de un mes. Esta habilidad no es común; tal vez a hacerlo de intento no se conseguiría, y por

---

(1) Es de advertir que aunque los señores redactores llaman necios a los que no los quieren mantener (y es mucho que no los llaman pícaros, como se acostumbra en estos tiempos), no soy suscritor porque he echado de ver que me cuesta más caro el serlo que comprar los números sueltos; ahora bien, que me metan el dedo en la boca los señores redactores.

de contado es un gran mérito en esto hacer lo que pocos harían. Es preciso nacer con ello, porque no se aprende.

Me parece que tengo probado hasta la evidencia no sólo que *El Correo* no es inútil, sino también que tiene mérito. Esto es lo que el público se ha empeñado en no creer, y lo peor será que como ponga pies en pared, por más, señores redactores, que pruebe yo lo contrario, se va a salir con la suya.

Pero para mayor ampliación de esto mismo procederé al examen de los números que han salido hasta el momento en que escribo, y empezaré por aquellos artículos que no pertenecen a una clase determinada.

Número 1. *Reflexiones preliminares.*—Este es el prólogo del periódico, y es el primer periódico que tiene prólogo. Esta novedad promete, y es lástima que no cumpla, aunque todavía no es tarde, y puede que aun no hayamos entrado en materia.

Hemos visto con mucho gusto las obligaciones de un periodista; pero no es el público quien debe saberlas mejor; y a este propósito, supuesto, señores redactores, que no han leído ustedes su primer número, les contaré un cuentecito que parece hecho a la medida de ustedes.

Un obispo de París acababa de publicar una pastoral bastante buena, en la cual, a pesar de ser el autor, o no había tenido la menor parte, o se

podía esto sospechar por la poca conformidad que guardaban sus costumbres y modo de pensar con lo que en ella decía. Encontró el señor obispo un día a uno de los genios que ha producido la Francia, y le preguntó: "¡Hola! Señor..., ¿ha leído usted mi pastoral?" "Y V. S. I, ¿la ha leído", le respondió el autor de la *Merope*.

Número 2. *El cometa del año* 1832.—*El Correo* llega muy tarde con sus noticias, y cuando traía ésta en su valija ya nos la había dado la *Gaceta* hacía días. Lo peor es que como sólo nos da una copia literal de aquélla, dicen, con razón, algunos aficionados que nos ha costado doce cuartos el saber que no nos acabamos tan pronto. Se quejan de esto; pero, señores redactores, ¿no vale más dinero la seguridad que se nos da de que tenemos que vivir mucho más, aunque sea con el trabajo de leer periódicos como el *Correo?*

Número 4. *Medicina*.—Véase la nota anterior, pues que este artículo está en el mismo caso, hasta con su refrán: "Ni firmes carta que no leas, ni bebas agua que no veas", y han dado en la gracia de añadir por ahí: "Ni tampoco mientras vivas al *Correo* te suscribas". De modo que no se oye otra cosa.

Número ídem.—Tanto las noticias estadísticas de Rusia como las relativas a los turcos han gustado generalmente. Con respecto a estas últimas, se lee con horror el procedimiento de los turcos para con los griegos. No nos acordamos de lo que

nosotros, siendo cristianos, hemos hecho con los esclavos y con los americanos.

Número 5. *Adelantos de la industria.*—Se leen los términos *inequívocas, perfectibilidad.* Necesito aprender otro castellano más claro que el que sé, que no basta a sacarme de estos apuros.

Número 6. *Historia natural.*—Veo estas frases: *y no por ninguna violencia*: *movimientos voluntarios sin violencia alguna.* Y digo lo mismo.

Número 7. *Industria española.*—Sobre haber este año otras cosas que el pasado en su Exposición... ¡Válgame Dios!, y qué artículo tan señor mayor y tan venerable, con más años que Matusalén. ¡Ay!, que cuando acabé de leerle, con tantos años como se me habían pasado en el discurso de su lectura, me entró un miedo de haber llegado a viejo, que involuntariamente me miré al espejo, y aun creí verme con canas. Verdad es que el público, en esta circunstancia, necesitaba un artículo como la maza de Hércules. ¡Pero, señores redactores, tengan ustedes misericordia y economicen más el tiempo, que es cosa preciosa! Este paso, ¿qué más año 32? Esto ya pasa de *Correo;* esto es ir en posta y ganando horas.

Número 8. *Exposición de los productos de la industria.*—Hablando del Serenísimo Señor Infante D. Francisco de Paula, dice que *S. A. R. quedó muy complacida.* El uso manda que se diga *complacido,* y la razón lo apoya, que es lo peor, señor redactor.

Cimentar el amor de la patria.—El amor de la patria es el amor que siente la patria hacia algún objeto; pero cuando se quiere decir lo que el señor redactor, entonces se pone "el amor a la patria", que quiere decir, para que lo entienda el señor redactor, el amor que tienen a la patria los individuos que la forman. Pero ahora iría un correo, con la priesa que lleva, a entretenerse en quitar esas chinitas del camino.

Número 9. *Abbas Mirza,* y *sus barbas* faltó aquí. Por Dios, señores redactores, que se nos vuelva el periódico barbería; dennos ustedes cosas más entretenidas que las barbas de ese buen señor, y pelillos a la mar. ¡Que no haya encontrado el señor redactor persa quien le pele las suyas antes de poner el tal artículo barbón! ¿Saben ustedes que es pliagudo?

Número ídem. *Sobre la lengua de las artes.*—Dice: "La obra más admirable de poesía, de escultura y de pintura, o los sistemas más acabados de física, de metafísica y de moral, no suponen ni tanta inteligencia, ni tanta sagacidad, ni tanto genio como los telares de hacer medias, de tejer paños o las máquinas de hilar el estambre. La demostración de matemáticas más complicada, como, por ejemplo, la de uno de los porismos de Euclides, no lo es tanto como el mecanismo de algunos relojes y de las diferentes operaciones interesantes y variadas de diversas artes."

Señor redactor, vamos despacio. Usted da a en-

tender que es más fácil ser un buen poeta, escultor, pintor, físico, metafísico y moralista que un artista, un fabricante de paños, etc. Si usted llama poeta a todo aquel

Que de rodilla en rodilla
Nace a ser poetastro de Castilla,

y por este estilo de los demás, convengo con usted; pero yo no sé si hay más Homeros, Virgilios, Corneilles, Ercillas, Rafaeles, Mengses, Fidias, Praxiteles, Alvarez, Euclides, Newtones, Loks, Coudillaes, etc., que artífices aplicados a las artes y maquinistas serviles. Usted mismo se contradice; sin el auxilio de esas matemáticas y esa física que huella con sus pies; en una palabra, de esos hombres grandes que las han sacado de la obscuridad, ¿qué paso hubieran podido dar esos artistas, esos mismos relojeros que usted cita? La mecánica, ¿no es una parte pequeñísima de la física, que se apoya toda en las matemáticas?

Además de esto, usted confunde las palabras, y cada una tiene su uso y aplicación particular: "ni tanta inteligencia, ni tanta sagacidad, ni tanto genio"... Estas voces no son sinónimas, como usted da a entender; no se pueden aplicar nunca en los mismos casos: de la inteligencia no hablemos, ésta se contrae con el uso del objeto en que se emplea, es efecto del trabajo y de la experiencia; por consiguiente, ¿cómo quiere usted que Newton tuviese inteligencia en hacer paño, si nunca aprendió? Pa-

ra ser Newton lo que fué no necesitó aprenderlo, porque Newton creó, inventó, tuvo genio. La sagacidad se acerca más al ingenio, es una disposición del ánimo para percibir bien lo que quiere aprender, y el ingenio perfecciona lo que la sagacidad le hizo entender; y esta voz ingenio se aplica a las artes, a las cosas mecánicas, nunca a las ciencias, nunca a los objetos grandes; para éstos es el genio, éste no se limita a perfeccionar lo que otros empezaron; inventa por sí, da vida a lo que imagina, y el genio es el único que es don del cielo, que no se adquiere; y al paso que la *Ilíada* no puede hacerla sino un Homero, relojes hace el que quiere, y por comparación el que quiere mejora, hace una rueda, un resorte, una máquina, porque el ingenio compara, trabaja sobre datos; el genio no tiene más apoyo que él mismo: el genio manda y el ingenio le obedece.

Número 10. *Anécdotas de la exposición.*—Parece que el señor redactor vuelve a la canción del año pasado; sin duda se le quedó en el número anterior algún año trasconejado entre los algodones del tintero, y no nos quiere privar del sainetillo de otros trescientos sesenta y cinco días. Dios quiera que hayan pasado ya todos los años que tengan que pasar, porque si no, no habremos acabado el día del juicio.

Es lástima, por otra parte, que estas anécdotas no tengan gracia, porque harían reír mucho.

Dice más abajo que se cierra la exposición el

día 16 de agosto al anochecer, y repite: "Cuidado, que es al anochecer." Cuidado que es machacón el señor redactor, que parece que da en un yunque: está acostumbrado a tratar con sordos o con necios.

Número 12. *Medicina.*—Sobre si debe purgarse o no el que escribe. Por mi parte, señores redactore, opino que sí, que lo que necesita particularmente la cabeza, porque la tiene muy cargada de ideas pesadas, y en seguida su estilo; que para hacer dicha pregunta nos pone columna y media. Este artículo y sus semejantes deben ponerse en otra clase que se titule: *Fruslerías, nada, cualquier cosa, llenahuecos.*

TEATROS

El señor encargado de redactar los artículos de este ramo parece ser aquel viejo verde que presidió la apertura del periódico, y según creo es el mismo que el redactor principal o postillón en jefe del *Correo* y aquel tío que tenía tantos sobrinos... Efectivamente, si todos los redactores que ponen mano en el *Correo* son sus sobrinos, es el viejo verde tío del público, o yo no entiendo de parentescos; pero aparte preámbulos, y séame lícito preguntar al señor viejo verde y compañía, si en aquel tiempo tan bueno de los chorizos y polacos, en que los españoles todavía conservaban alguna memoria de sus antiguas glorias y primitivo noble ca-

rácter, y en que, por lo visto, gustaban del teatro, que ya para ellos en el día es un objeto de desprecio; digo que si en aquel tiempo acostumbraban los periodistas a prometer una cosa y hacer otra, o la contraria, o lo que es lo mismo, si iban los correos entonces a París por Lisboa. Dígolo, y me sobra razón aquí, señor viejo, porque habiendo prometido dar cuenta de lo que pasase en el teatro, se han quedado ustedes con algunas piececitas en la Redacción, y a lo menos gustaríamos los curiosos saber el porqué. ¿Qué jugada le ha hecho a usted tan mala el pobre Jugador, que no nos ha querido decir una palabra de su composición, de su representación, de sus reformas, y en particular de la enmienda que haya podido haber en varias partes de su primera salida al público tan defectuosa? Pues no digo nada; y el señor *Barbarroja,* una tragedia de tantas campanillas. Señor viejo, vamos, que estos dos olvidos no me parecen un grano de anís. Cuando la *Camila* ha merecido dos días de examen, siendo también el *Barbarroja* una tragedia *original* española, ¿por qué no hemos de saber si es buena o mala? ¿Merece acaso más el señor Solís que en la Arcadia asturiana *Merisio Optalmio?* Pues para haber hecho lo que la *Gaceta,* que nos ha dicho que fué coronada de aplausos (y sin meternos en honduras y si esto es o no es así, que en ello habría sus dares y tomares), para repetirlo, como saben ustedes, aunque fuera mentira, ¿se necesitaba tanto? No sé cómo ha de responder

usted a esto; no será con tanta facilidad como a las objeciones de aquel otro que... Vaya, vamos claros: ¿a que era también otro sobrinito buscapié. ¡criaturita!, aquel señor viejo, para cuya respuesta se volvía usted todo *piezas?* Porque, en resumidas cuentas, *Horruc* será lo que quieran, pero la calidad de *original* no se la pueden ustedes disputar.

Se conoce por el examen que hace de todos los dramas, que el señor viejo verde, como entiende de mundo, no quiere reñir con nadie, ni con autores, ni con actores; yo creo que el decir, particularmente de estos últimos, muchos defectos que tienen, sería un paso dado hacia el buen gusto.

Lo mismo sucede con respecto a las óperas, y el capítulo de las consideraciones hace callar faltas que debieran manifestarse para formar el gusto del público que está en pañales, y perdóneseme esta expresión, y para que se corrigiesen los que los reconociesen por suyos. A pesar de esto, y prescindiendo de lo que calla el *Correo,* se puede asegurar que en lo que dice hay muy poco o nada que pueda dar pábulo a la crítica; y por más que chillen veinte barbilampiños despreciables, que nunca las han visto más gordas, ni han conocido más teatros que el del Príncipe, ni oído más música que el bolero y las manchegas, ni más cantor que a Munné, las alabanzas dadas a Galli, a la Albini, a la Cesari, a Passini, a Valencia, son tan justas y merecidas, como justo y merecido sería po-

ner una pella en la boca de todo el que habla de música sin acreditar los motivos que tuviese para hablar.

Esto nos metería en una discusión un poco amarga, y tal vez me haría tomar una tintura de mal humor, que por hoy quiero evitar, y concluiré con esta pregunta: ¿De qué proviene que para decidir en materias, particularmente de poesía, medicina y música, el amor propio insensato de los hombres les hace creer que no se necesita haber estudiado ni profundizado nada? Aquel coronelito y aquel marqués, que no saben lo que es un compás, ni una semifusa, ni... ¿por qué hablar de óperas?, ¿por qué no callar? Porque tienen huera la cabeza, porque creen que se dan tono con este estilo tan despreciable, porque han pescado cuatro frases de moda a uno que pasa por inteligente, porque son unos importantes; ¡y quién sabe si hablan mal porque no tienen dinero para ir al teatro, y sólo van a fuerza de trampas, y quieren!... etc. En fin, esta reunión es la que compone parte del verdadero público ilustrado y juicioso, y la que está confundida con él. ¡Y para gustar a esta multitud gárrula, nacida y criada en la más crasa ignorancia, petulante, intolerantísima y malcontentadiza, se molesta nadie, y aprende, y trabaja, y suda!... Pero dejémoslo, que ya vuelve el mal humor.

Quisiera acabar diciendo al señor viejo verde, y perdónenme sus canas, que habla mal el caste-

llano, y con muchísimos galicismos, que es lo peor, aunque el defecto general del lenguaje es de todo el periódico, y muy fácil le es convencerse de esta verdad cogiendo cualquier número, donde hallará las faltas apiñadas, como son: arribar por llegar, afición a la filarmonía, sobrepujarse a sí mismo, apreciar al sempiterno bolero, pescar a todo un director, disuadirle a no ejecutarlo, cuartetos endecasílabos, etc., etc. Y confieso que no sé cómo algunos han venido a decirme que éstas son fruslerías.

CORRESPONDENCIA

Número 2. "Un periódico que no es más que profundo se verá acometido de una pulmonía mortal." No me gusta que el señor Anfriso el del Miño, que por lo demás será un excelente sujeto, pronostique una pulmonía mortal al periódico. Es enfermedad que sólo puede acometer a los entes que gozan de pulmones, y en las cuatro caras de cada uno de sus números no le he advertido la menor señal de esta entraña. Díganme ustedes, señores redactores, si hacen ánimo de ponérselos, porque entonces callaré y anularé todo lo dicho.

"De muy lueñe", antigua expresión de gitanos, y el público de Madrid me parece gente más decente.

Desea buena fortuna al *Correo* mientras exista. A ver si discurre el señor Anfriso, porque en no existiendo ya no lo necesita.

Número 6. *Sobre la obra de Jurisprudencia del señor Andino.*—Parece que el señor Anfriso quiere hacer algún peso en la valija del *Correo.* En este artículo sería de desear que un sujeto que se pone a habiar de elocuencia, que da que sospechar si habrá leído el *Capmany* y el *Blair,* hablase mejor él. No es decir que todo lo que dice, palabra por palabra, no esté en el diccionario de la Lengua; pero reúne estas palabras castizas y de buena elección de un modo que, a mi corto entender, no me parece el mejor: períodos desiguales, oraciones truncadas imitando el estilo francés; unos no se pueden acabar sin tomar aliento varias veces; otros son de un solo renglón; otros, debiendo seguir, se ven cortados por un punto importuno que debiera ser coma, y que separa la cabeza del resto del cuerpo; y, por último, ¿dice algo? Díganle ustedes, señores redactores, con todo el modo posible, que cuando escriba no se quede con las ideas, ya que pone las palabras, sino que lo ponga todo, a no ser que tenga pocas y no quiera deshacerse de ellas, pues en este caso habrá que tener alguna consideración con el señor Anfriso, y entonces llorarán ustedes amargamente con su seguro servidor, q. b. s. m.

Número 7. *Sobre toros.* — Empieza: "Ya que aunque es lunes hoy no hay toros, hablaremos algo que sea relativo a ellos."

¡Qué brillante salida ha hecho el señor corresponsal! *Ya que... sin embargo;* para que se le es-

cape el sentido, le tiene cogido por todas partes. Este buen señor será de aquellos que dicen "veremos a ver".

"El quinto toro no fué cosa." En estilo familiar podría pasar este modo de explicarse; en un papel público, el toro no es cosa, y si se le pusiese cerca él mismo le convencería de que no es cosa, sino de que es un animal, y no de los que más se parecen a las cosas.

Número 7. *Sobre el perrito de Cupido.*—El señor Anfriso sabe ser pesado. Se conoce que se esfuerza por ser gracioso. Es lástima que no lo consiga, porque los que más perdemos somos los que hemos de leer sus artículos. El estilo de éste me parece mucho mejor que aquél sobre el señor Andino.

"Esbelto el prado." Señor Anfriso, ¿se llaman airosos, ligeros, etc., en una palabra, esbeltos los prados por el Miño? Por el Manzanares, las ninfas son las esbeltas.

Enantes. Ahora se dice antes, y este adverbio viejísimo le habrá sacado de aquel baúl tan antiguo que tiene. O somos nosotros los que hablamos, o nuestros abuelos. Es preciso seguir los tiempos, y si el señor Anfriso no quiere perder el derecho a ese adverbio, puede tenerle en su baúl o irse a hablar a un cementerio; pero, por Dios, que no lo saque nunca, que los que no lo entienden dirán que habla como la gente ordinaria, para cuyo uso

ha quedado, la cual, por no decir nada bien, dice *enenantes.*

"Dijo, y se ausenta." ¡Bravo! Dice, y se ausenta, o dijo, y se ausentó, debía decir. ¡Ah, señor Anfriso, qué falta le hacían a usted unas palmetitas!

Persuadido a decirle, no lo entiendo. ¿Si habrá venido con usted esta locución desde el Miño?, pues es una baratija curiosa, que se puede llevar en cualquier parte.

Diga usted, señor Anfriso, ¿ha puesto usted el artículo sólo para tener el gusto de ofrecer sus poesías y su nombre verdadero? Vamos, sea usted franco... ¡Hay tantos que ponen una larga carta, en que no dicen nada, y dejan el asunto principal para la postdata!...

Con respecto a las poesías, si son buenas, como tengo motivos para creerlo, le pueden importar al público. Lo del nombre, ni es poesía, ni divierte, ni sirve, ni interesa, ni... etc.

Número 9. "Tiene eclíticas radiantes." No sé cómo llamar este artículo. Muy malo es todo el *Correo Literario;* pero la adquisición de este redactor, que no tengo el honor de conocer, es un hallazgo para él. El huroncico, si no caza más conejos que ocurrencias... Ni el mismo papel útil zurrador Guindilla, y es cuanto hay que decir, si fuera redactor, hubiera inventado otro articulito igual.

Pero es franco y modesto. Dice, con relación a su artículo, que es sacado de unos papeles, de los

cuales los unos no tienen principio, otros, ni fin (¡qué gradación!), y los más, aquí, señor lector, *ni pies ni cabeza*. Esta mansedumbre del hurón no se paga con dinero. De él será el reino de los cielos; y en el ínterin, por no contradecirle, soy todo de su opinión.

Número 10. Pensaban ustedes que el animalito se contentaría con oler la madriguera. Pues, amigo, no: ya que escribe mal, escribe mucho, y váyase lo uno por lo otro. Vuelve a tomar el hilo de su Raguseo, y su Bracmín, y su Carrillón, y su fárrago insoportable. Otras dos columnitas. ¿Ha acabado ya? Pues no, señores: ha quedado puesto el paño, y los puntos suspensivos indican que tovía viene más gente detrás. ¡Paciencia y agacharse, que esto es temporal y la nube está cargada!

Número 12. Artículo de Dominguito Causela sobre, sobre... Señores redactores, lo leo y lo releo, pero no sé sobre qué es, ni qué quiere, ni para qué toma la pluma. Envíenme ustedes a decir si habla de escasez de aguas, si quiere probar que ésta no existe, si sólo alaba su carácter, en fin, lo que sea. Tradúzcanlo ustedes al castellano, o denlo a traducir a cualquiera de los infinitos traductores que se mantienen de eso, y por un par de reales se lo pondrán en estilo corriente, y saquemos algo en limpio de sus 2.000 tinajones (1) o sus 2.000 sandeces, que es lo mismo. No escribe mejor que

---

(1) Mucho será que no se haya equivocado en 1.999.

otros, y basta leer aquello de "esto no quita que al instante tomé mis precauciones", etc.

Y entre sus precauciones, bien podía haber tomado la de no escribir, porque se expone a que se ría el público de él, y aunque este peligro no levante chichones, como las tejas que caen de lo alto, más le valiera morirse antes de sed.

Miren ustedes, señores redactores, que todo el mundo quiere ser compañero de sus tareas enviando artículos, y todos se cuentan en el número de autores; de modo que el periódico tiene más padres que los hijos de la R., y van sobre él más plumas para componerlo que fueron en otro tiempo soldados con Carlos V sobre Túnez. Yo no hago más que encontrarme articulistas y gentes que dicen: "Yo he puesto dos artículos." "Yo he enviado cuatro." "Yo he remitido siete", etc.; y aunque esto es muy barato, señores redactores, porque el público es el verdadoero editor, se nos va a convertir el *Correo* en pila de agua bendita, donde todos se lavan las manos. A propósito de haberme hallado días pasados uno que me disputaba una cosa de poca entidad, diciendo: "Hombre, yo lo sé con precisión; ¿no ve usted que soy un redactor? Vaya un cuentecito.

Se hallaban un año en San Isidro el Real, en la función de las víctimas del Dos de Mayo, que anualmente se celebra. Un hombre de traza poco decente, pero premiado con la condecoración alusiva, llegó con el objeto de entrar. El centinela le

expuso que tenía orden de no dejar pasar a nadie sin papeleta, a lo que contestó: "Yo tengo que entrar con precisión. ¿Pues no ve usted, hombre, que soy una de las víctimas?" Y mientras que ustedes le aplican, vamos a otra cosa.

MISCELANEAS CRITICAS

Número 2. *Dorar la píldora.*—"El artículo de vmd., señor redactor, puede pasar: hay cosas peores en el periódico. No ha gustado porque, aunque no está del todo mal escrito, necesitaba cierta gracia, cierta verdad, que las alusiones fuesen más claras, que no se insultase por personalidades hijas de la desgracia, cosa muy vil... En fin... no está malo, pero podría estar mejor."

Esto es dorar la píldora, señor redactor; y todo esto se dice porque sería una desvergüenza decirle a vmd. la verdad en estos términos:

"Es malísimo; no tiene de bueno sino la ocurrencia, pero está destestablemente desarrollada. ¿Acaso vmd. le doró la píldora al dómine? Vmd. le engañó, le aduló. ¿Vmd. le doró la píldora al importuno? Vmd. le insultó. La etimología de su frase es insulsa y vulgar, sin novedad, sin gracia, inoportuna. ¿Dice vmd. que somos niños grandes? Eso será vmd.; los demás creemos que de un niño a un hombre va la diferencia, no sólo de la estatura y la fuerza, sino la reflexión, el juicio, la instrucción, la experiencia y las pasiones que pasada

la niñez, o se desarrollan o nacen nuevas. Y qué, ¿esto no es nada? Ha creído vmd. decir un dicho gracioso, y no es más que oropel, y de poco brillo. ¿Qué es aquello de una reputación tan europea? Ya podría pasar llamar europea la reputación de Galli; pero el que este adjetivo europea tenga sus grados... yo no sé si puede haber una cosa más europea que otra; pero me parece que vmd. mismo se reiría si le dijera yo que extraño que un hombre *tan ultramarino, de un talento tan americano y de unos estudios tan madrileños ponga artículos tan africanos en un periódico tan berberisco.*

¡Qué lástima que aquel amigo que llegó al último del artículo no hubiese llegado al principio, y nos hubiera quitado un artículo *tan escrito!*, porque ha de saber vmd. que los artículos más cortos los lee el público más pronto; pero los artículos que lee con más gusto son los mejores."

Número 6. El mismo señor redactor ha dado en este artículo de los importantes, que ha gustado más que la píldora una prueba del talento que tiene acreditado. Tampoco es malo el del calor, número 10. Sólo en éste no me gustan dos cosas:

"No he llegado a la mitad de la calle del Príncipe, que hallo a una señorita", etc. Es un galicismo atroz.

En español se dice: "No bien he llegado, apenas he llegado, no he llegado aún, o todavía, o sólo no he llegado a la calle del Príncipe, cuando hallo", etcétera. Hay, a escoger, modos buenos de decir

las cosas. Otro cuentecico, señores redactores, y así les doraré la píldora, que todo divierte.

Hallábase una compañía de la legua representando en un pueblo de provincia, y tardando demasiado en alzar el telón, se levantó el señor letrado que presidía, y dijo: "Tan y mientras que los señores cómicos se visten, que toque la música." A lo que respondió un chulo del patio: "Interin o entretanto, señor Tan y Mientras."

"Como si el tal calor, al echarse agosto encima, fuese alguna cosa del otro jueves."

Cuando en una conversación familiar oigo decir a un hombre soez, que habla por costumbre y porque hablaban sus padres, una cosa del otro jueves, callo; pero cuando en un papel público lo veo en boca de un redactor que sabe lo que se dice, me entran ganas de preguntar: ¿quién es el otro jueves? y ¿de qué color son sus cosas?

Número 8. *Características de los necios.*—¿Y por qué no puso el redactor la última característica, que es "escribir artículos de esta especie"? Sobre dejarse la mejor, es una parcialidad de las muchas.

Sería preciso fijar el verdadero sentido de la palabra *necio* para poner un artículo tan insolentemente tonto; pero en eso no se detiene el señor redactor.

"Cuidar mucho lo puntos y comas en una esquela."

¡Conque en viendo una esquela con buena orto-

grafía es necio el que la escribió! ¡Luego todo hombre que esté acostumbrado, como debe estarlo, a escribir correctamente, ha de poner un cuidado particular en escribir mal sus esquelas, para que los que las lean le llamen ganso, ignorante, etcétera! ¿Puede darse una clase de escrito en que se autorice la alteración de la pureza del lenguaje y la buena puntuación?

"Leer todos los artículos de un periódico precisamente en el orden en que están escritos."

Esta es una cosa bien insignificante, y es necio quien la repara.

"Preguntar individualmente, al entrar en una casa, por todos los individuos de la familia."

Esto será pesadez, cariño, interés, etc., no necedad.

"Estrenar ropa en domingo."

Además de que sería más necia la afectación ridícula de no estrenar nunca nada en domingo, pues que todos los días de la vida son iguales; es decir, señor redactor, que la clase más útil y numerosa de la sociedad, de cuyo trabajo depende vmd. y todos los holgazanes que no hacen más que escribir o pasear, es necia; sí que lo es, puesto que mantiene al resto de sus semejantes. El artista, el labrador, el comerciante, el oficinista, ocupados diriamente en sus faenas, que les impiden estrenar ropa hasta el día que aguardan para tener el descanso, que vmd. no altera en toda su vida, ¿se pueden caracterizar de necios por una

cosa exterior de tan poca importancia? Porque yo creo que un periódico no se escribe para veinte individuos, que porque gozan rentas insultan con sus vicios y holgazanería a los que más las merecen y menos las disfrutan.

"El no suscribirse al *Correo Literario y Mercantil.*"

Además de las razones que ya tengo dadas, amigo mío, vamos a cuentas, porque el tal papel ni es correo, ni es literario, ni es mercantil. ¿Lo entiende vmd.?

Si algo tiene de estas tres cosas, es de correo, por lo de prisa que se escribe y por el descuido de la lengua, que no le tendrían mayor los postillones conductores de la confianza pública.

Lo de literario, ello letras tiene, y si esto basta, literario es, y muy literario.

En lo de mercantil, ¿qué se le puede pedir en punto de comercio, dirán vmds.? Nada; trae los cambios, el papel moneda, precios de granos, como la *Gaceta,* y, sobre todo, el temporal, asunto principal del comercio; como que no tardará mucho el Consulado en encargarse del *almanaque.*

Yo, señor editor, no me tengo por tan necio como se quiere suponer, por no ser suscriptor, y si lo soy, me consuela el que somos tantos los españoles necios, que cubrimos la faz de nuestra patria; y lo peor es que los pocos hombres de talento, es decir, los que le dan su dinero, se nos van a pasar muy pronto. Confiese vmd. que nos ha

querido comprometer con la negra honrilla; pero, amigo, ni por esas. No tenemos vergüenza, somos muy brutos los españoles porque no nos dejamos engañar.

Número 12. *Costumbres de Madrid.*—Este articulito, pesado por no tener gracia, tiene extravagancias muy particulares, y comenzaremos el examen acostumbrado.

"El hombre... desea y se ocupa en lo difícil y apartado." Echen vmds. un guante, señores redactores, y compren para estos apuros una Gramática castellana de la Academia, que es un libro donde están las reglas para hablar y escribir correctamente. En ella verán que no se pueden unir dos verbos que rijan distintas preposiciones recayendo su acción en un solo objeto; y así, se debe decir: "El hombre desea lo difícil y se ocupa en ello."

"No se hallará orden alguno en estos apuntes."

Esta humildad es de la misma escuela que la del hurón, *y a veces se verá primero la Sociedad Económica y el Conservatorio de Ar que los coches del Prado en un día de gala.* ¡Qué lógica!

Fisonomía de Madrid.—Dicen vmds. que "visto desde cierto punto del Retiro presenta un espectáculo agradablemente raro... El humo que continuamente sube de las chimeneas oscurece la vista de los edificios, que parecen rodeados de una espesa nube."

¿Cuál será este punto del Retiro desde donde se

ven cosas tan nuevas? Iba a decir que el señor redactor debía ser ciego; pero es muy al contrario: ve él solo más que todos los madrileños juntos. Mucho temo que este artículo haya venido de París, de Londres, o de San Petersburgo, donde se quema leña y, sobre todo, carbón de piedra, donde la atmósfera es opaca, el aire denso, nebuloso, etc.; pero en Madrid, donde sólo se gasta carbón de leña en fogones y hornillas, donde, aunque hubiese humo, los vientos sutilísimos lo disiparían al momento, donde la atmósfera es más pura y diáfana que en el resto de la Europa, por ser su punto más alto sobre el mar, de donde ha venido decirse que el Rey de las Españas ha colocado su palacio en las nubes... Vamos, señor redactor, que efectivamente, o vmd. tenía mucho humo en la mollera, o hemos de apostar algo bueno a que no ha estado vmd. en el Retiro. ¿Ven vmds., decía un amigo mío días pasados, todo ese humo que trae el *Correo?* Pues todo ha salido de la cabeza de los señores redactores. El encargado de este artículo es un excelente fisonomista, y se le puede confiar cualquier retrato de entidad en que se busque la semejanza. No le hubiera sacado más parecido el mismo M., porque está hablando, y eso que se pinta solo para cosas de esta clase. Sin duda el redactor vió a Madrid en una noche oscura, y todo se le figuraría humo al pobre señor, y aun se desojaría para verlo.

"El canto de las cigüeñas y de las codornices

suelen acompañar (el canto suelen) en la primavera al sonido de las campanas, a lo cual suceden por la noche los amorosos maullidos de los gatos y la meliflua entonación de los serenos."

¡El canto de las cigüeñas! El señor redactor disfruta más que cuantos vivimos en Madrid con ese punto que ha hallado en el Retiro. Por lo visto, o las cigüeñas han hecho nido en su cabeza, o vive en un campanario, o existe, que será lo más cierto, en un mundo ideal. En este caso, sobre ser poca caridad sacarle de él, no nos lo agradecería, así como cierto loco, cuya manía consistía en creerse siempre en el Paraíso, llenó de improperios al médico que le curó, pues que le había robado su felicidad por hacer lo que llamaba ponerle bueno.

Es de admirar, por otra parte, que al paso que sólo en la primavera oye los gatos, que es cuando menos ruido meten, no haya oído las campanas sino en la primavera. Debe tener los oídos tapiados las demás estaciones, y se conoce que no vive, como yo, cerca de una parroquia, o que ha estado fuera de Madrid el resto del año, y supone que cuando él no está no pasa nada en la corte.

"Cualquier individuo de la clase media se muda cada día de camisa." En esto de la camisa, veríamos cosas muy buenas si nos fuésemos a meter en honduras, y no siempre nos meteríamos en camisas de once varas; pero pase piadosamente, y Dios se la depare buena al que no la tiene... "Y, sin embargo, atraviesa con la mayor indiferencia

por medio de su portal, en donde se exhalan incesantemente las más hediondas partículas, sin que le ocurra taparse siquiera las narices..."

En cuanto a lo de las narices, el señor redactor no tiene mejor el olfato que el oído y la vista. Me parece que le vendría bien ponerse en cura o retirarse, si no tiene remedio, al cuartel de San Nicolás. ¿Quién le ha dicho que porque él no se tape las narices cuando huele mal, porque las tenga fabricadas a prueba de tren de Sabatini, nadie se las tapa? ¡Como si no hubiera en Madrid más narices que las suyas! ¡Cómo se conoce que no acompaña a señoras madrileñas, nerviosas y elegantes, y que no es testigo de los dengues que se hacen con sólo hablar de cosas puercas o al simple ruido de los carros nocturnos, aunque vayan de vacío! Más valía que dijera que en Madrid es tan difícil hallar una calle limpia, un portal decente, una casa bien numerada, un azulejo bien puesto y una persona a quien esto agrade, como encontrar un redactor del *Correo* que ponga buenos artículos y un solo apasionado del periódico. En fin, dejémoslo, que es tarde y huele peor el artículo que los portales de Madrid.

VARIEDADES

Número 4. "Un chistoso define la comedia", etc. Señores redactores, ¿y el chiste? ¿A que se quedó entre los dedos del cajista? Yerro de imprenta.

Número 5. "El sábado, en la representación del *Peluquero de antaño y el de ogaño*", etc. Idem. Sin duda la Empresa del *Correo Literario* tratará de dar algún suplemento al periódico, y allí vendrá junta la gracia de todos sus cuentecitos. No todo se ha de poner en un día.

Número 6. "Oímos a algunos descontentadizos declamar contra el modo de anunciar las comedias que se representan en los carteles", etc. Señor editor, las comedias, desde los tiempos de Esquiles hasta el día se representan en los teatros, no en los carteles. Dígaselo vmd. a los señores redactores, a no ser que desde aquel punto del Retiro que vmd. sabe se vea otra cosa.

El que en Zaragoza no sepan anunciar los carteles no autoriza a los que los dictan en Madrid a poner disparates, porque entonces serían buenas estas consecuencias. El *Correo Literario* es muy malo; luego todo el mundo debe escribir periódicos malos, o luego no se debe criticar ninguna obra mala.

A propósito de anuncios, sería de desear que la compañía de baile se limitase a hacer piruetas y dar cabriolas en nuestras tablas, sin internarse en nuestra lengua con la introducción de voces que no necesitamos, dejando de poner sus *divertimientos,* que aunque esta voz es española, no se usa ni hace falta, pues que hay otras tan buenas, mejor sonantes y de un uso más corriente, y sería mejor que los periódicos, más celosos del orgullo nacio-

nal, no autorizasen esas innovaciones *conservándolas,* como dice el *número* 4. *Teatros.*

"Vaya otro modo de establecer también correos aéreos." ¿Si harán vmds. en ese *vaya otro modo y también* referencia al suyo? En ese caso no tengo nada que reprobar: está muy bien.

Número 13. *Engina,* se dice mejor *angina,* y los papeles públicos deben dar la norma.

"Se va a publicar otro libro con este título": *Del modo de azotar a ciertos escritores que les duela bien y se abstengan de escribir necedades.* ¡Ojo, señores redactores! Otro guante, y a comprar el librito, particularmene *ad usum huronis.*

"En parte alguna de Europa hay tantas academias", etc. Galicismo.

Números 14 y 15. Es de preguntar por qué en vez de tanta descripción cansada de iluminaciones no se ha dicho nada de las composiciones hechas al asunto, y en particular de la oda del Sr. Bretón, primera obra de este género que ve el público suya, y, sobre todo, de las magníficas octavas del señor Vega; pues aunque su gran talento es conocido, no por eso se debe dejar de rendir el debido homenaje a una composición que ha acabado de asegurar la bien merecida opinión que de él tenemos.

Número 16. *Toros.*—Sería de desear que en esta materia el *Correo* no se contentase con indirectas insignificantes y que de nada convencen, que no *cortase* siempre el *preámbulo,* que va de dos

veces, y, sobre todo, que probase cuáles son esos principios que se han escapado a los que *han querido satirizarlos con amargas censuras.*

Números 17 y 18. *Misceláneas críticas.*—El que se abuse de la palabra *amigo,* designando con ella unas veces a un extraño, otras a un conocido, otras a un verdadero enemigo, no quiere decir que no haya amigos; y aunque, por otra parte, ésta será una verdad casi general, nunca podrá ser consecuencia de la de más arriba. Exactitud, precisión.

Variedades.—El encontrar testigos falsos no es un incidente raro, señor redactor: a la vuelta de cada esquina encontrará vmd., por desgracia, millares.

Número 10. *Misceláneas críticas.*—Sueño relativo a la disección del cráneo de un petrimetre. Este redactor es el mismo que el fisonomista de Madrid. Es lástima que a ratos diga el *Correo* algunas cosas apreciables, y que tenga buenas y extrañas elecciones de asuntos, siendo tan poco feliz, tan pesado y tan desnudo de sales y gracias para desarrollarlos.

Correspondencia.—El Aprendiz de Gramática. "Yo, por mal de mis pecados, soy un pobre estudiante de Gramática, sin otro oficio ni beneficio que barajar conjugaciones." (Y debió añadir: y criticar a los que saben más que yo, y escribir mal, y cansar al público, etc.) Con esto he dicho lo bastante para que vmds. puedan inferir (sí, señor,

ya ha dicho vmd. lo bastante, señor Aprendiz, y ya inferimos lo que pueda dar de sí) que estoy soñando siempre. ¡Qué cosa más humilde! Pues no da lástima hacer mal a este hombre. ¡Y qué verídico es el buen gramático!

El Correo. "Que devoré con toda el ansia de un hombre que busca lo que ha menester para dar pábulo a su afición dominante." Esta afición dominante, a lo que parece, es de satirizar, morder aun sin razón. ¡Habrá genio apetecible! ¡Qué afición tan inocente, qué bien inclinado es el señor Aprendiz! Se da un aire a las harpías de la mesa de Eneas, que ensuciaban los mejores manjares. Otros, como Midas, convierten cuanto tocan en oro, y el Aprendiz todo lo convierte en...

"Me devanaba los sesos." Me parece que los tales sesos (que también el señor Aprendiz los tendrá, ¿y por qué no? Eso no se lo disputo, para que vea que no todo es gana de criticar) sólo le sirven para estos devaneos.

Que el Aprendiz consulte con su Sacristán no está escrito en ninguna parte; mas pase, aunque no es autoridad competente; pero lo peor es que consulte con su caballo. Eso ya pasa de lo que se permite entre gente de buena crianza y entre gramáticos desmontados.

"Lleno de confusión al verme tan atrasadillo en la Gramática, traté de sacar el caballo por alguna parte, como suele decirse, haciéndole ver

una oración (esto es, al caballo), en que tenía seguridad de confundirle", etc.

Hace vmd. mal, señor Aprendiz, en tratar con caballos, porque todo se pega, y sin duda de ahí viene que nos pega tantas... Pero chitón, que después de explicarse con su caballo le confunde. Es vmd. capaz de confundir al caballo de bronce, señor Aprendiz. ¡Para que le aguardaran a vmd. los literatos a pie firme, que toda es gente de a pie!

"La Universidad de Maudes." Piensan algunos que ha puesto vmd. Universidad en Maudes porque allí tiene algunos terrones; es decir, que vmd. llama Universidad a todo lo que es suyo.

No quiero decir al Aprendiz que miente y que camina con mala fe, porque eso sería desvergonzarme con él, y todo menos eso; antes le disculpo y creo que si equivoca los textos que critica no es por ignorancia, sino por malicia. ¿Está vmd. contento, señor Aprendiz?

No critico sus muchos defectos gramaticales, porque lo ha hecho como debía el mismo señor Anfriso, que sabe muy bien su lengua, aunque tenga, como yo mismo he dicho, defectos en su estilo en general, al paso que al Aprendiz sólo le llamaremos gramático y buen hablista, como solemos llamar rabones a los mulos que no tienen rabo.

Y concluiré citando aquello de "Contéle mis apuros, rióse de mi muy a su sabor." Y el público también, señor Aprendiz, ríe de vmd. y de sus

apuros cuando despierta del sueño, que tan bien sabe comunicarle. Soy un servidor de vmd., señor Aprendiz.

Número 20. Este número quiere desmentir algún tanto a todos los demás, y la crítica de la pretensa tragedia la *Gabriela de Vergi* no podía haberse hecho mejor. Alguna vez había de tener razón el señor Viejo Verde, y por esta loor a su sobrinito el encargado de la parte trágica.

Se nota también que en los últimos números ya se da el periódico un poco a lo mercantil. Dios quiera que no se canse de enmendarse, aunque me cueste no volver a conciliar el sueño en las pocas siestas que quedan por dormir este año.

En fin, señor editor, el *Correo* necesita una reforma; menos prisa, más corrección, más gracia, más profundidad y elección acertada de asuntos, y redactores que los sepan manejar, y nunca está mejor dispuesto a recibir estos elementos que ahora que no tiene ninguno.

En el ínterin, yo he creído hacer a vmd. un singular favor probando una aserción de los redactores. Número 1. "Los redactores, dice, de este periódico se creen distantes de saberlas desempeñar (las funciones de periodista) con la perfección que requieren." Creo haberlo probado; pero en caso que no, como el periódico todavía durará algunas semanas, no me faltarán ocasiones de manifestar a vmd. los buenos deseos con que se presta

a cuanto pueda serles útil su constante servidor y uno de los finos apasionados de su *Correo,* cuya vida guarde Dios muchos años para la feliz prolongación de mis siestas y de la de todos los españoles de entrambos mundos.

El Duende Satírico del Día.

El Duende Satírico del Día

LE PUBLICA DE SU PARTE

Mariano José de Larra

(«Des sotises du temps je compose
mon fiel.» BOILEAU, «Sat.»)

CUADERNO QUINTO

Madrid, diciembre 1828. Imprenta de D. L. Amarita.

(«Neque enim notare singulos mens est mihi,
Verum ipsam vitam et mores hominum ostendere.»
PHÆDR. «Fab.» Prol. I. III.)

8

Donde las dan las toman.

Pues que amarga la verdad,
Quiero echarla de la boca.

(QUEVED. *Letr. Sát.*)

No he de callar por más que con el dedo,
Ya tocando la boca o ya la frente,
Silencio avises o amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

(ID. *Epist. Cens.*)

Amphora
institui; currente rotâ, cur urceus exit?
(HORAT. *Epíst. ad Pis.*)

Si hacer una tinaja era tu intento,
¿Por qué dando a la rueda movimiento
Te ha de salir al fin un pucherillo?

(Trad. de IRIARTE.)

EL DUENDE.—DON RAMÓN ARRIALA

D. R.—Señor *Duende,* ¿qué es eso? ¿Qué turbión de finezas ha reunido sobre la cabeza de vmd. para confundirle el *Correo Literario?* ¿Qué hace vmd. que no corta su pluma, la moja en hiel?...

DUENDE.—Amigo, ¿qué quiere vmd.? Así me han dicho estoy aterrado... Es verdad que no hay motivo para estarlo... pero...

D. R.—Es decir que de esta hecha Asmodeo se volverá a sepultar en el fondo de su botella; el *Duende* feneció; es decir, que nos podemos hacer los lutos sus deudos y apasionados.

DUENDE.—Sin duda. Es preciso decirlo de una vez: el *Duende* está conjurado y no volverá a sacar la cabeza.

D. R.—¿Es posible que se deje dominar de un rato de mal humor?... ¿Qué razón dará vuesamerced cuando los que confiaban en sus fuerzas?...

DUENDE.—Amigo mío, me pondré colorado, diré

que no puedo escribir más, que me encomienden a Dios... porque, en fin, ¿qué bienes me resultan a mí de seguir alabando al *Correo*, como lo he hecho en mi cuarto cuaderno? He probado su mérito, su habilidad. Parece que el público no cree estas dos calidades, que los redactores no me agradecen. ¿No vale más hacer una retirada honrosa que querer tener más razón que un hombre que ha estado en la calle de Richelieu, que sabe dónde está el teatro Francés?... Ya ve vmd. que esto no es obra de ningún español ni se consigue a dos tirones.

D. R.—Por Dios, señor *Duende*, que vmd. también ha estado en la calle de Richelieu. Si yo dijera eso, que estoy condenado a no tener razón en ninguna disputa habida ni por haber, porque no sé si esa calle de París será hecha de casas como las que usamos por acá en España...

DUENDE.—Es verdad...

D. R.—Eso, señor *Duende*, no es falta de ánimo, sino de razones; y esto quiere decir que tendrá que confesar que el *Correo* es bueno. En una palabra, ¿vmd. responde, o no? Convénzame vmd. de las razones que tiene para proceder con esa sangre fría, y manifiésteme sus armas; de lo contrario, yo haré correr la voz del vencimiento más vergonzoso...

DUENDE.—Paso, señor de Arriala; no le entiendo a vmd. una palabra de eso que dice de vencimientos... Explíquese vmd.

D. R.—Vmd. se chancea. Será que cuando todo el mundo no habla de otra cosa en Madrid sino del *Duende,* él solo esté ignorante...

DUENDE.—A la verdad que no he leído...

D. R.—¿No ha leído vmd. la respuesta que le dan? ¡Hay cachaza singular!

DUENDE.—Como no la tenía no la esperaba; además he creído que valiese tan poco la pena...

D. R.—Es vmd. singular, pues felizmente, aunque por imitar a todo el mundo, no he comprado los números, la indignación me ha hecho copiar lo que más me ha chocado, y yo le diré a vmd.

DUENDE.—Hombre, si he de decir verdad, no tengo mucha curiosidad de saber lo que dice el *Correo,* y tengo cosas de más importancia a que destinar el tiempo... pero ya que vmd. se empeña, veamos. Al fin, de un periódico tan respetable sólo se pueden esperar muchas sales, objeciones bonitas, fundadas, ironía bien manejada, razones... y todo esto no podrá menos de gustarme, como habrá gustado ya, sin duda, al público.

D. R.—Vaya, el *Duende* delira. Todo lo contrario: insultos, sandeces, pocas razones, pero malas; desvergüenzas, y lo que es peor, personalidades calumniosas, inmorales, frescas y chorreando sangre.

DUENDE.—Paso segunda vez, Sr. D. Ramón. No le permito a vmd. ir adelante; una cosa es que tenga ojeriza al *Correo,* y otra cosa es que me quiera pintar... ¡Vaya! Cómo es posible... un pa-

pel de esa clase y responsabilidad había de propasarse hasta el punto de perder el respeto al público... Sr. D. Ramón, ¿no se hace vmd. cargo que aunque los señores redactores, aunque el principal de ellos, que no conozco sino para reírme de él, pero que ya conoce el público, aunque el caballero José María Carnerero, que es incapaz de esas indecencias, se hubiese vuelto loco, el editor, interesado en el honor, es decir, en el lucro del periódico, no se lo hubiera permitido? No ve vuesamerced que eso sería escupir al cielo, poco menos que vender rábanos, darme a mí armas... hacer personas que peinan canas lo que no haría un niño.

D. R.—Señor *Duende,* diga vmd. lo que quiera: ello no estará bien hecho, pero es demasiado cierto. Es verdad que es cosa de niños, que patean y lloran, pegan a su madre, se desgarran los vestidos y se arañan y maltratan a sí mismos cuando les quitan un gusto; pero, amigo, pintiparado eso mismo hace el *Correo.* El *Duende* ha sido un sinapismo que ha levantado ampollas que todavía escuecen, y no sólo no han podido disimularlo despreciándole, sino que después de emplear diez o doce columnas acerca del *Duende,* todavía intentan estar empezando y...

Duende.—Repito, Sr. D. Ramón, que si vuesamerced no se modera concluiremos nuestra conversación; no quiero oír hablar mal de tal periódico; he probado sus ventajas, ha hecho un favor notable a mi salud, volviéndome el sueño, y, so-

bre todo, no creo cuanto vmd. dice. ¿Cómo creer que un periódico que en el prospecto prometía "notar con urbanidad y decoro los defectos", haya olvidado tan pronto las leyes que él mismo se ha impuesto y "las cualidades que deben tener las buenas críticas, y que, en su concepto, son las de imparciales, instructivas y urbanas?" (número 1). ¿Cómo ha de portarse de ese modo un periódico que asegura que es muy raro que el vituperio y el elogio sean justos cuando son exclusivos (ídem), y que añade: "La crítica debe ser urbana; no nos parece que esto necesita demostración. Todo lo que sale de la esfera de las discusiones literarias no es del caso, y aun por eso el crítico juicioso nunca hablará más que de los escritos, y no infamará su pluma cn bajas personalidades ni con alusiones pérfidas y ajenas de su asunto. Los escritores que sólo saben divertir con el auxilio de tan mezquinos recursos ignoran, sin duda, que se necesita muy poco arte y muy poca habilidad cuando sólo se trata de entretener la malignidad pública; y nosotros, desde luego, declaramos que no es nuestro intento aspirar a triunfos de esta especie."

D. R.—Esta es la mía, señor *Duende,* y por más que vmd. defienda al *Correo,* vamos a ver si cumple con todas esas buenas palabras; téngalas vuesamerced presentes, y déjeme hablar siempre hasta que haya concluído. En primer lugar, no me parece inútil advertir que en el examen crítico del

Duende se sigue otro rumbo muy distinto; no se le puede aplicar aquello de "es muy raro que el elogio y el vituperio sean justos cuando son exclusivos", puesto que manifiesta ser imparcial en el hecho de alabar lo que le parece bueno (véase páginas 16 y 17, sobre óperas; ídem 9, sobre las noticias de turcos y rusos, y 39, sobre el número 20); y el deseo que a continuación expresa prueba que su intento no es el de echar abajo al *Correo,* sino el de corregirle; es imparcial, puesto que a los mismos sujetos que en un paraje deprime, en otro alaba, según cree merecerlo; por ejemplo, el señor Anfriso, de quien dice: "Si sus poesías son buenas, como tengo motivos para creerlo"; a quien defiende después contra el Aprendiz, que desmedidamente le ataca; lo mismo sucede con el señor Vega, etc.

Es verdad que el *Duende* dice a veces gracias demasiado picantes; pero éstas recaen sobre los yerros puramente literarios, y aunque se llame necio al que repara en el modo de leer un periódico, y al que dicta una característica insolente, es por la oportunidad de esta falta y por el resentimiento que resulta de verse llamado necio por no ser suscriptor; insulto en que ya empieza el *Correo* a hacer de las suyas, tanto más cuanto es un motivo suficiente la rabia de tener pocos suscriptores para insolentarse con los que no lo son. Aun esto de llamar necio al autor incógnito de un artículo, nunca pudiera ser personalidad, puesto que no recae sobre

la persona, que no hay conocida, sino sobre su artículo.

Véase, por lo demás, si en el *Duende* se halla una alusión personal de las que sacan la cabeza por todos los renglones del *Correo*. Cuando alaba, nombra; cuando deprime, no descubre el apellido del autor; esto indica una buena fe a prueba de *Correo*.

DUENDE.—Basta, señor de Arriala; eso fastidia, porque el caso es que el *Duende* no tenga razón...

D. R.—Vamos ahora a ver si le gusta a vmd. el *Correo*... Lo primero que hace es poner el nombre al chiquillo y bautizarle de papelejo...

DUENDE.—No es malo el nombre; papelejo quiere decir papel pequeño, de pocas hojas; verdad es que no tiene una vara de largo desde los seis cuartos hasta la imprenta; y en atención a esto bauticemos al *Correo* de papelón, y no se enfade vmd., que es cuestión de nombre, o llámelo h.

D. R.—Sea así, ya que es vmd. tan acomodado. Dice que la ocurrencia de darle sueño el *Correo* no es nueva.

DUENDE.—Tiene razón; verdad es que no es nuevo el que esas obras medicinales den sueño; pero ese defecto no está sino en la virtud del periódico.

D. R.—Que procura decirlo de un modo nuevo.

DUENDE.—Eso es un mérito en este tiempo en que, como decía Boileau, ya en el suyo nacemos tarde; todo está dicho, sólo nos toca decir: "Non nova, sed nove."

D. R.—Y dilatándose tanto, que cuando escribía se conoce que lo hacía entre sueños.

DUENDE.—Eso es volver la pelota; se conoce que no le ha gustado la gracia, cuando le ha parado tan poco en el cuerpo, y nos la devuelve casi entera.

D. R.—Dice que con razón tiene prólogo el *Correo*, porque otros periódicos le tienen; a eso digo yo: el que la *Revista Enciclopédica* se vuelva todo prólogos no quiere decir que el *Correo* debe tenerle, pues es un periódico de otra especie que dice algo; todo prólogo, no siendo más que una preparación que hace el autor para hablar, como la etimología de su título lo indica (πρόλογος, de la preposición προ, antes, delante, y λόγος, palabra, discurso; según otros, del verbo προλέγω, predigo, digo antes, de λέγω, ξαυ, κα, digo), le viene encajado a cualquiera obra como al *Correo* una crítica, cuando en el discurso de la obra se cumple con el objeto de hablar; pero cuando después de un prólogo tan completo salen unos harapos de periódico y unos artículos tan huecos, da gana de decirle el

Inceptis gravibus, plerumque et magna professis.

y aquello de

Nec sic incipies, ut scriptor cyclicus olim,
Fortunam Priami cantabo, et nobile bellum.
Quid dignum tanto feret hic promiss r hiatu?
Parturient montes, nascetur ridiculus mus.

Y, sobre todo, da ganas de explicarles todo esto

por medio de una fabulilla, que bien sé yo que les había de gustar.

El Escarabajo y la Araña.

Miren que muy seria
la fábula va;
y atiéndanme todos,
que es cosa formal.
Un escarabajo,
profundo animal,
la araña ingeniosa
hubo de encontrar.
¿Qué hace, pensativo
señor, el de allá?
¿Qué cosas esos sesos
revolviendo están?
Pienso, amiga araña,
diz con seriedad,
poner una fábrica
que habrá de admirar.
Brazos sólo faltan
a hacerme el telar;
y así me prestaseis
vuestra habilidad.
La araña industriosa
¡hola!, dice, ¿hay tal?,
y hubo en un camino
gran casa de alzar.
Mas la socarrona,
su capacidad
dudando, certera
se quiso esperar.
Aquello era verle
con activo afán,
qué de materiales,
alegre, hacinar.
Y después de tanto
sudoso activar,
señores, ¿qué haría?
¿a que no acertáis?
Una pelotilla;
no pudo hacer más:
que ¡os miro, burlones,

la risa soltar!
Bien, dijo la araña,
hice en desconfiar;
que a fe nunca el olmo
dar peras sabrá.
¡Oh! cuántos suelen en grande fachada
así alucinar,
y es pelotilla, si al fin esperamos,
el fruto que dan.

D. R.—Quiere defender el artículo del año pasado. Dice que no es pesado, y lo vuelve a explicar; conque es bueno que se le critica el explicar demasiado, y todavía vuelve a explicarlo. Que pedía repeticiones, yo mismo lo decía; pero que no merece rompernos la cabeza, yo mismo lo digo. O tiene muy mala idea formada de su explicación, o del entendimiento del público.

DUENDE.—Eso me gusta en el señor J. P., que no nos deje a media miel; antes bien, "de la hiel del *Correo* apure el vaso"; y yo creería muy oportuno el que repitiese, si no fuera por tres casualidades que ocurren: una, que a la primera lo entendimos todos muy de sobra, y aun más de lo que él hubiera querido, pues además de entender lo que quería decir, entendimos que lo decía muy mal, que lo escribía peor, etc.; dos...

D. R.—Basta, pues, señor *Duende;* ¿para qué las otras dos? Pues aun barrunto yo que no ha quedado muy satisfecho el señor J. P.; por fortuna se ha cortado, que él llevaba camino de hacernos pasar por un rosario de quince dieces. Bien le podrán ganar a conciso, pero a llenar papel, etc. Bien haya su

pluma, o, por mejor decir, su martillo y el brazo que le descarga.

¡Ay, señor *Duende,* prepárese; aquí hay un varapalo con tres versos como tres conjuros, y son de Argensola, aunque no lo dice el *Correo!;* pero... vaya, figúrese vmd. si será varapalo que se pueda bizmar con la flema de vmd., cuando no sólo está en letra de molde, sino en letra bastardilla.

"El señor Larra, comisionado por el *Duende* en los versos que hizo a la Exposición pública, en los cuales, por no entender las materias de que hablaba, ha dicho cosas muy raras."

Vea vmd. por dónde retoña el arbolito. ¿Ha visto vmd. cómo toma el atajo y le mete un aguijón?...

Parece que el señor J. P., a todo lo que es poesía lo llama versos, como los ignorantes; y no lo será, sino que tendrá gusto en parecerlo.

DUENDE.—Si esto es así, es vmd. el demonio; y tiene vmd. razón, porque no siendo los versos sino una de las partes de la poesía, es lo mismo llamar versos a una oda, que decir que el señor redactor tiene un paño, en vez de decir que tiene unos pantalones.

D. R.—¡Hola! Pues debe vmd. estarle muy agradecido, que es mucho que no la llamó "décimas", así como llamará también santos a todas las estampas, aunque sean las del *Quijote.* Bien podía haber dicho oda, que así se llama esta clase de composiciones, en opinión de los *Duendes* y de los que no son periodistas del *Correo,* y este nombre viene

de ᾠδή, ῆς, ἡ, por crasis en vez de ἀοιδω, canto, del verbo ἀοιδή, y de aquí llamaban los atenienses *odeon* una especie de academia de música; de donde tomaron los latinos *odeum, i,* como a cada paso se encuentra en Vitruvio, pequeño teatro donde se celebraban certámenes de música.

D. R.—Y de ahí han tomado los parisienses su Odeón, segundo teatro de París para la música, el cual está en el Faubourg Saint-Germain, junto al Jardín de Luxemburgo, ya que es preciso haber estado en París para tener razón con esta especie de redactores.

Pues, amigo, eso no es nada; ¿y allá cuando dice el hijo de Apolo, el señor de Carnerero, que ha tenido vmd. el gusto de hacerse conocer por una malísima oda a la Exposición? ¿Y qué dice vuesamerced ahora?

Duende.—Si eso es cierto, ya empiezo a creer que es buena; ya no debo dudarlo, cuando al señor Carnerero le parece mala, y baste por este voto; pero con respecto al señor J. P., no puedo creer que hable mal de ella. ¿Vmd. cree de aventurar el señor J. P. si dije cosas raras en los versos por no entender las materias, no hubiera llegado a pescar, como es su frase favorita, al señor director de la Junta de la Exposición, que es persona a quien se debe venerar, porque es un sabio de los que andan más escasos que *Correos,* y no se hubiera informado de él? ¿No hubiera visto a los señores vocales de la Jun-

ta, quienes le hubieran dicho no sólo la opinión que tenían formada de la oda con respecto a los objetos de la industria, sino también al mérito o demérito literario y poético de la composición? ¿No hubiera consultado el señor J. P. a don Juan Peñalver, su secretario, a quien no cambio por el redactor J. P., porque no es ninguna chinita, no es ningún redactor de un *Correo*, sino un buen matemático, físico, químico, economopolítico, etc.? Bien seguro es que el tal señor secretario don Juan Peñalver, a quien respeto y respetaré toda mi vida mientras sepa más que yo, en caso de haber hallado defectos en la oda, como sin duda los tendrá, no hubiera aconsejado al señor J. P. que los bautizase de cosas raras, que en lengua de sabios es lo mismo que no decir nada, o no tener nada que decir.

D. R.—Pero, señor *Duende,* esa diferencia que hay entre don Juan Peñalver y don J. P. no quiere decir que la oda sea buena; ello es preciso defenderla de este malandrín que la pone de malísima. La Junta pensará lo que quiera, pero al público no le consta: es preciso razones.

Duende.—Yo sospecho que el señor Carnerero no había leído de la oda sino mi apellido cuando aseguró ser mala; es decir esto, que está bien determinado a encontrarla mala cuando la lea; y efectivamente no se hace vmd. cargo; "una oda hecha por un señor que ha criticado al *Correo*", ¿cómo ha de ser buena? ¿No ve vmd. la incongruencia que habría en alabar un redactor al señor Larra? Eso

se palpa. Mala, malísima, a los ojos del señor Carnerero; y Dios nos libre de que algún día les llegue a gustar a los Carnereros la oda, líbreme de verla alabada por ellos, por aquella regla de Iriarte:

Si el sabio no aprueba, malo.
Si el necio aplaude, peor.

D. R.—Pero ¿vmd. la defiende?

DUENDE.—¿De qué? ¿Cómo?

D. R.—Dando razones.

DUENDE.—Ninguna dan en contrario. Los inteligentes que han leído la oda ya han juzgado. A aquellos mulos de reata que a falta de criterio propio o sin haberla leído la juzguen malísima por el dicho de otro, a esos les aconsejo que no la lean, y ese tiempo se encontrarán para cosas que ellos llamarán más útiles; si el día de mañana apareciesen razones contrarias de algún peso, me contentaría con leerles un oficito de la Junta, cuyo voto, prescindiendo de lo mucho que vale, por poco que valiera, había de ser una autoridad infinitamente más respetable que la del Sr. Carnerero, y la de un enemigo del autor del *Duende*, tanto por ser una corporación (en que no tengo el honor de conocer a ningún individuo), la cual no se doblega por interés alguno a la alabanza injusta, como por componerla sujetos de un mérito conocido en diversos ramos, y algunos en la literatura, el cual ahí le tiene vm.

D. R.—"La Junta de Exposición pública ha visto "con particular aprecio la oda sobre la Exposición

"pública de la industria española que vmd. le pre-
"sentó, y que tanto honra al mérito literario como a
"los sentimientos patrióticos de su autor. El señor
"Larra, en opinión de la Junta, debe ocupar un lu-
"gar distinguido en el Parnaso español y continuar
"dando nuevas pruebas de su precoz talento en el
"dificilísimo ramo de la literatura, que cultiva con
"tan buen éxito; todo lo cual, por acuerdo de la
"Junta, hago saber a vmd. para su noticia y satis-
"facción. Dios guarde a vmd. muchos años. Madrid a 1.º de setiembre de 1828.—JUAN LOPEZ PEÑALVER DE LA TORRE, secretario. SR. D. MARIANO
"JOSÉ DE LARRA." (1).

Esto vale algo más que los chasquidos y látigos de un *Correo,* aunque mete menos bulla.

DUENDE.—Efectivamente, yo creía que era algo; pero ya veo, amigo, que la oda maldita en tan poco tiempo se nos ha echado a perder; no podré decir que no pasan días por ella; si se repuntaran las odas como el vino y si se pasaran como el pescado... Ya se ve, estos calores, el tiempo tan desigual... los periodistas tan periodistas...

D. R.—Sigamos, pues, que la oda está tan segura, que así me las den todas a mí, como nadie la ha de tocar al pelo de la ropa, y vamos a otra. Dice:

"No es poca satisfacción la de tratar de tontos y necios a unos periodistas", lo cual no está pro-

---

(1) Esta *Oda* se vende en la librería de Pérez, calle de Carretas.

hibido por las leyes; y en cuanto si repugna algo a la urbanidad, toca esto a la conciencia política de cada uno. En rigor no debe faltarse a ella en ningún caso; y si alguna vez, por descuido o por efecto de la debilidad humana, lo hiciésemos, etc.

Pero, ¡ah, señores Redactores!, vamos a ver si saco una consecuencia en buena lógica, ya que quieren lógica.

Según los Redactores, "la opinión de un periodista nunca pasa de ser la opinión de un hombre", y esto es tan verdad, que no necesita más prueba, y por eso me refiero a lo que dice, es decir, que el mismo respeto merece en cuanto a opinión literaria, un periodista como uno que no lo es: de suerte que del mismo se deberá tratar a uno que a otro.

Es así que llamar necio, tonto, etc., a uno que no es periodista, v. g. el *Duende,* no es falta de urbanidad; porque ustedes lo han hecho, y no querrán faltar a sus leyes.

Luego no es falta de urbanidad llamar necio y tonto a un periodista, puesto que es lo mismo que uno que no lo es. Hasta aquí va bien.

Todo esto se infiere en el caso de que sea un buen periodista; pero si un buen periodista, cuando lo merece, puede ser llamado necio y tonto, cuando este periodista no sea bueno, ¿qué merecerá? En ese caso, bien se deja conocer que no sólo no será el aplicarle aquellos nombres falta de urbanidad, sino que será justo y necesario.

Es así que los Redactores del *Correo,* como se

prueba en todo este cuaderno y el anterior, no son buenos...

Luego a los Redactores del *Correo* no sólo no será falta de urbanidad llamarlos necios, tontos, etcétera, sino que será justo y necesario. Señor Carnerero, venga vmd. por más lógica.

D. R.—¡ Señor *Duende!* Duende sin urbanidad, ¿ será posible que vmd. haya cometido la grosería, la falta de crianza de ver las faltas del *Correo?* ¿ Y las leyes no lo prohiben? Vea vmd. un crimen de leso periodista que se les ha quedado por allá. ¿ Dónde están los Alonso, los Núñez, los Laín-Rasuras? ¿ Qué hacen sus manes que no reviven a castigar a tanto hombre mal criado como hay en España, que comete la impolítica de no gustar del *Correo?* Y esta debilidad humana de que adolece todo un público... ¡ Qué falta nos está haciendo en la *Novísima Recopilación* una ley que mande a todos los españoles de entrambos mundos gustar del *Correo!* Esta maldita fragilidad humana; pero a bien que la conocen los Redactores; lo peor es que el pecado de hallar malo el *Correo* va a ser como el pecado original, que tiene que pasar a nuestros hijos; y permítaseme decirlo, aunque sea descortesía.

Y sigue poco más allá. "Cuando nos ocurrió dar un salto a la pág. 23 y no tuvimos reparo en hacerlo, fundados en que los *Correos* y los poetas tienen facultad para dar saltos, que así se traduce el *quidlibet andendi.*

Señor de Larra, mi amigo: ¿En qué tierra de cristianos, donde se coma pan de trigo, donde haya un mal Dómine, se traduce así el *quidlibet andendi?* Y vaya un chinarro.

DUENDE.—Alto, y veamos. ¿Quién sabe si eso no será traducción así como quiera, sino traducción libre, o si estará imitado y arreglado al público español, que ahora imitaciones y arreglos llamamos a las que antes eran traducciones literales? (Véanse los anuncios de *Gustavo y Poleska, Oros son triunfos,* etc.)

Aquí tengo comentadores y traductores de Horacio franceses, ingleses, italianos, españoles... iremos por el orden que ellos quieran salir.

Torrencio, Cruquio, Lambino... Aeron... Porfirio... Truebo... Mureto... Erasmo... Boud... Minelio... Rodelio... Desprez... Dacier... el jesuíta Sanadon... Escalígero... Ricardo Beley... Cuningahm... Heynsio... Batteux... nuestro jesuíta Morell, el doctor Villén de Biedma... Espinel... Iriarte... Burgos... etc. ¡Por vida mía que no hallo interpretado ni traducido ese pasaje de ese modo!; sólo por boca de todos viene a decir Horacio a los pintores y a los poetas les son permitidas ciertas licencias; pero que no traspasen por eso los límites de su arte respectivo:

Pectoribus atque poetis
Quidlibet audendi semper fuit æqua potestas.
Scimus, et hanc veniam petimusque damusque vicissim:
Sed non ut placidis cœant immitia, non ut
Serpentes avibus geminentur, tigribus agni.

Y vaya por todas las traducciones del señor Burgos:

Sé que a poetas y a pintores siempre
Fué permitido usar de cierta audacia,
Y alternativamente esta indulgencia
Para mí pido y debo autorizarla;
Pero no de manera que se junten
Mansos bichos y fieras alimañas,
Aves con sierpes, tigres con corderos.

D. R.—Pues de todo esto se deduce: en primer lugar, que no hablando Horacio con los *Correos*, sino con los pintores, es mala la aplicación del texto, a no ser que creamos que las profesiones de *Correo* y pintor se dan la mano; en segundo lugar, que hablando con los poetas y hallándose tan distante de serlo el Sr. J. P. como yo de ser Redactor, está doblemente mal aplicado, y en tercer lugar, que otra vez que tenga el Sr. J. P. gana de saltar, salte el buen redactor en hora buena cuanto le viniere en voluntad, y hasta sudar la tarantela que le ha picado, y pues que nadie le ha de impedir este inocente desahogo, no le quiera suponer a Horacio ideas que no tuvo el buen latino; que aunque es antiguo y no le han de dejar volver a desmentirle como él quisiera, no es este un motivo suficiente para levantarle falsos testimonios.

Duende.—¡Que reparón es vmd., señor don Ramón! Vaya que eso es no dar cuartel; por María Santísima que somos cristianos, y una cosa es dar razones y otra no dejar respirar. Hágase vmd. cargo que pues a aquella especie de pasaporte que da

Horacio a pintores y poetas para caminar por el país de la imaginación y salirse a veces de camino trillado, la han hecho extensiva para que los *Correos* puedan explayarse en brincos lícitos, bien pudieran servir también a todos los que se toman licencias, y aplicarse a los traductores que quieren truncar el sentido del texto.

D. R.—¡Bravo Señor *Duende*: haga, pues, todo el mundo lo que se le antojare, que así se traduce el *quidlibet andendi*

Pero vamos adelante; agáchese vmd., que vamos entrando en la espesura; deme vmd. la mano, y vmd., que no sabe lógica, venga a aprender la del *Correo*.

Parece que el señor Dominguito Cautela... pero, ¡cómo se lo había vmd. de figurar!... el tal Dominguito, pues, es el mismo J. P. Redactor, y lo callaría, aunque, a fuer de *Duende*, lo sé muy bien, si él mismo no se descubriera saliendo a su defensa tan marcadamente.

Duende.—¿Cómo es eso? ¿Quién diablos le había de conocer con la cara tan embadurnada, el pobrecillo tan asustado de todo lo que ve, metido en la correspondencia?... Si no me engaño, dice el *Correo*, núm. 2, en una nota: "En el artículo que "lleve este título (Correspondencia) se insertarán "todos aquellos que, no siendo de los Redactores, "nos sean comunicados y parezcan dignos de pu- "blicarse." Y lo digo porque creo que el artículo de Dominguito venía en correspondencia.

D. R.—Sí, señor; y éste es un golpe de *Correo*.

DUENDE.—Pero eso es un engaño, es no cumplir.

D. R.—Señor *Duende,* no andemos a caza de inconsecuencias, que eso sería nunca acabar, de esta clase hay algunas, y estos golpes siempre los negarán... pero, amigo, ello ha de haber *Correo* y correspondencia, cartas no vienen, de algún modo ha de hacer... A mí lo que me divierte es ver como el Sr. J. P. juega al escondite por entre el follaje del papelico, cómo corretea por la valija y se zambulle en la primera columna del pliego, y saca luego la cabeza dos varas más allá por entre la correspondencia, etc., y ahora, ¿quién es más *Duende?*

Pero partiendo de este principio, vamos buscando nuestra lógica, que buena falta nos hace...

Dice el Sr. J. P. o Cautela, núm. 12:

Ha habido gentes que han querido suponer que este mal (la escasez de agua) existía, y aunque todo ello no ha sido más que una patraña... Y en el número 34, el mismo J. P.... Había agua... había y hay agua, etc. Y en el mismo: "El hecho es que en "el verano se gasta más agua que en invierno... sin "que por eso se pueda decir que en diciembre tra- "jesen los viajes más agua que traían en julio." ¡Qué tal, y que torrente de lógica! En verano se gasta más agua que en invierno; en invierno no viene más agua que en verano; pero no hay escasez. No hay escasez; pero dice más abajo que sería bueno, útil y necesario traer a Madrid las aguas del Jarama, aunque costasen trescientos millones; ni

que fueran artículos del *Correo*... ¡Trescientos millones! ¡Sabe vmd. que hay con trescientos millones para traer a Madrid, no digo yo el Jarama, sino a todo el Ganges y al mismo río Leteo. ¿Y para qué? Si hay agua no es preciso, ni bueno, ni útil, ni necesario, y si es bueno, útil y necesario, es señal de que no hay agua. Cargue vmd., señor *Duende*, de raciocinio, llénese bien los bolsillos de lógica, que aquí está llovida con profusión, como el maná lo estuvo en otro tiempo sobre el pueblo de Dios; bendigamos la mano benéfica que nos la envía y no indaguemos de dónde la saca!

Duende.—Sí... pero también es verdad, como dice que es muy útil, disipar el temor de escasez de agua, aunque no lo sea tanto para la opinión del señor Redactor el raciocinar así y faltar a la verdad. ¡Dios me perdone esta falta de urbanidad!

D. R.—Eso sería en dos casos: cuando la gente a quien conviene engañar leyese el *Correo* o le creyese; pero si se palpa la falta de agua, a no ser que las cachetinas, los motines y, sobre todo, el no satisfacerse el pedido que hacen los usos de la vida fuesen humoradas que los aguadores, por el *quidlibet andendi*, se tomasen la libertad de gastar todos los veranos con el vecindario. Empeñarse en hacerme creer que tengo la tinaja llena de agua el día que me muero de sed, es pensar que he de ver negro lo blanco y tratarme de loco o borracho.

Duende.—A la verdad, que no le sucedió a un visionario, y le contaré a vmd. el lance.

Un filósofo creía que cuanto en la vida acaece no pasa realmente, sino que es una ilusión de nuestros sentidos, que nos lo hacen creer así, y llevaba su opinión tan al extremo, que quería hacer creer que en realidad no existimos, sino que se nos figura existir. Consolaba un día a un afligido que acababa de perder su fortuna al volver de un dado, con sus alambicadas reflexiones, y decíale: "Convénzase vmd. de que nada se siente en esta vida sino que se cree sentir... A esto no pudo sufrir más el malhumorado, que le pareció burla quererle probar que estaba viendo visiones; y enderezando un bastón que traía en la mano, conforme le había de dar una razón, a estilo de *Correo,* dióle un palo, y tras éste otro, y tras éste cuantos pudo; y como se quejase el filósofo con gritos descompasados rogándole no le pegara más, le repetía a cada golpe: "Se equivoca vmd., señor filósofo, que yo no le pego; es una ilusión de sus sentidos—, y dábale otro y le añadía—: es mentira; a vmd. no le duele, sino que se le figura." Con lo cual le probó hasta la evidencia que es difícil ser filósofo a costa de la razón, y se cree que no volvió nuestro loco a asegurar a nadie que no existía.

D. R.—Bien dice el redactor que se dejan sentir los duendes, y por este artículo concluyamos remitiéndonos a la página 11, en respuesta a lo que dice el redactor de que el *Duende* trata de desacreditar al *Correo* para bien suyo y del público.

DUENDE.—Por cierto, el *Duende* no quiere desacreditar al *Correo* ni trata de disputar este privilegio, que tan bien se han arrogado sus redactores; al fin es su propiedad. *Sit jus, liceat que perire poctis.* (HOR. *Epist. ad Pison.*)

[D. R.].—Número 35. Interlocutores en él: a ratos, el señor Carnerero; por lo regular, su cólera.

¡Ah, señor *Duende;* esto ya es otra canción; aquí hay menos razones, pero más desvergüenzas!

DUENDE.—Vengan, pues, que, como dice Iriarte, para los insultos infundados tengo yo los bolsillos llenos de "qué-se-me-da-a-mí".

[D. R.].—Epígrafe: *Le ton fait la chanson.* Traducción libre: "Al son que me tocan, bailo".

DUENDE.—¡Vítor!, y vanse. *Inde thoro pater Eneas sic orsus ab alto.* (VIRG. *Æ. II. V. II.*) Traducía un examinando que en lo de libre se iba allá con el señor Carnerero:—De donde el toro padre Eneas...—¿Qué dice vmd. de toro padre?, le interrumpió el examinador.—Señor, en esto de traducir hay opiniones, y yo sigo ésta. —Pues, hijo, en estotro de aprobar examinandos, le repuso el padre, no deja de haberlas, y yo sigo la de darle a vmd. calabazas.

D. R.—Y dice muy bien el *Duende,* que le vienen al señor Carnerero que no parece sino que es su comidilla; a mi entender, se debe traducir, si es literalmente:

Le ton fait la chanson.
El tono hace la canción.

Y la verdadera traducción libre sería un proverbio español equivalente a aquel francés.

DUENDE.—Por ejemplo: "No siento que me llames Martín, sino el retintín".

D. R.—¡Ah, ah, señor *Duende!;* eso es herir la dificultad; éste sí que es un golpe de ignorancia; acuérdese vmd. de los interlocutores; aquí habla todo el señor Carnerero. Vea vmd. cómo no hubiera tenido que ir a Francia por epígrafe, que a fe está lejos para andarse yendo y viniendo a cada triquitraque, si no es por las cosas más precisas (1); lo que sí parece es que están los redactores combalachados, se han dado de ojo para traducir; a la verdad, no se llevan el canto de un real de a ocho; y vaya esta chinita por aquel *quidlibet andendi,* de que todavía se está quejando Horacio; apostaría cualquier cosa a que le duele más que el triste papel que le están haciendo hacer en la otra vida, porque es de advertir un paganazo como una loma, según suelen decir; es verdad que estas muestrecillas del traductor (por antonomasia) son resabios que, por ser de París, no

(1) Este prurito de hablar más en francés que en castellano es peculiar del *Correo,* y lo manifiesta en mil ocasiones. ¿Por qué en lugar de decir *Soi disant satirique* no dice «pseudo satírico?» ¿Si convencerá más la mentira dicha en una lengua que en otra?

hay más que pedirles, sino echarles humo de incienso y mirra, que lo piden a toda prisa. Ay cómo trasciende su autor a la calle de Richelieu, aquella maldita donde viene a estar el teatro Francés, y al Palacio Real, y al Ambigú (y habrá quien piense que esto es cosa de comer); todo lo cual bien se deja conocer a primera vista, que es lo que hace más al caso para confundir a un *Duende;* por fortuna, también vmd. ha visto estas y otras frioleras; pero si no, con qué cara se había de poner a andarse en dimes y diretes con un periodista que ha estado en todos aquellos parajes, y de resultas se da tal maña a traducir textos franceses.

Duende.—Basta, señor don Ramón; eso no es del asunto. Adelante, que es tarde; falta mucho que andar; no nos entretengamos por las ramas y nos escasee el tiempo para las razones, que estoy reventando por dar otras cuentas.

D. R.—Sea, pues, y veamos quién se cansa antes, el *Correo* de decir insultos o vmd. de dar pruebas.

"El señor Carnerero, habiéndole caído en las "manos la ridícula producción del pobre autor "criticuelo, se permite contra el tonto papelucho "que quiere escaladar su edificio toda clase de "picias para constatar las observancioncillas de "estudiantillo que los enemiguillos del *Correo* ala-"ban en el *Duendecillo* pigmeo."

Duende.—¡Oh, y qué cosa tan desdeñosa! ¡Qué estilo tan diminuto; eso se pierde de vista;

ahí ya no habla el señor Carnerero, ahí habla su cólera!

D. R.—Amigo, no dice esto al pie de la letra; pero es un extracto del estilo de su artículo, que no nos costaría mucho trabajo llamar articulillo, haciéndole nadar entre media docena de galicismos y dándole un viso de ternura con añadir aquello de necio, tonto, bárbaro, bruto, bestia, y... y... y... cuantos adornos usa la oratoria del *Correo;* esto nos cuesta trabajo.

Duende.—Señor de Arriala, nos olvidamos de que no soy redactor del *Correo*... ¡Decencia, razones!

D. R.—El señor Carnerero defiende al *Correo,* y la primera razón que da en su apoyo es el mudar de imprentas del *Duende.*

Duende.—¡Por Dios, señor don Ramón! No se hable siquiera de eso, que a mi parecer soy dueño de mudar de imprentas, como vmd. de mudar de vestidos y de zapaterías; a fe que no tuviera más que decir si hubiera mudado de carácter o de opiniones.

D. R.—A la verdad, que eso no quiere decir nada: a buen seguro que a la de ésta no ha andado *El Duende* haciendo pinitos de cárcel en cárcel, que eso es lo que denigra a un hombre; y aun en este caso no le competía al señor Carnerero dar a luz lo que cada uno hace en su vida particular, así como el señor Larra nunca se meterá en indagar la suya, y mucho menos en darla al

público. Ataca, para defender al *Correo*, el segundo cuaderno del *Duende*: esto es echar por el atajo, cual su colaborador, y como ve su casa abrasada y reducida a cenizas, ya que no llega a tiempo el agua, se consuela con pegar fuego a la del vecino.

DUENDE.—Amigo, esto se va haciendo cuestión de *tú eres más*, y a este paso no le va a faltar al *Correo* sino venderse en la plaza de San Miguel.

Si yo recordase al señor Carnerero que en su vida ha hecho ninguna obra literaria completa y original, sino es cuatro loas y cancioncillas de circunstancias; si yo le dijese que tiene el prurito de llamar arreglos e imitaciones a sus traducciones literales; que con mudar el nombre a los productos literarios de otros toma posesión de ellos, de modo que para él es la literatura como para otros la Inclusa: en viendo un hijo que no tiene padre conocido, le adopta (y dirán que no es caritativo); que hasta para escoger estos hijos escoge los peores, como *Gustavo y Poleska*, que no ha caído por la gran misericordia del Señor; si yo le recordase las oleadas del segundo acto; si yo le trajese a la memoria su *Luis IX*, tan generalmente silbado hace unos años; si yo le hiciese ver que un hombre que desde pequeñito tuvo siempre que hacer con el señor García Suelto no puede ser un literato; si yo dijese todo esto en la presente cuestión, ¿no tendría razón el señor Carnerero para gritar: "Todo eso es muy cierto, señor

Duende, pero no viene al caso"? La tendría, y Dios me libre a mí de semejante tentación, que sería parecernos al *Correo.*

A pesar de esto, yo quisiera satisfacer a vmd. en dos palabras a cuanto dice. El segundo cuaderno se hizo para criticar el monstruo dramático *El jugador,* la burla que se hizo en él a las cosas de París; no se refirió a que el teatro francés fuese malo, sino al lenguaje exigente que tenían entonces y tienen aún los señores que anuncian esas piezas que vienen como un torrente a inundar nuestra escena; el público estaba engañado, porque a cada paso se veía en los anuncios: "*El jugador, Los dos sargentos franceses, Los ladrones de Marsella, La huérfana de Bruselas, El testigo en el bosque,* etc., pieza que se representó últimamente en los primeros teatros de París, y que tanto mereció la aceptación del ilustrado público de aquella capital". Esto contribuye a pervertir el gusto, porque hay muchas gentes en Madrid que, como no pueden distinguir de teatros franceses, en habiendo leído esas mentiras y en viendo impreso *París* no encuentran palabras con que ponderar aquellas composiciones; y como el objeto principal de un buen español debe ser, aun con medios algo fuertes, desarraigar estas preocupaciones humillantes y falsas y encender cada vez más el orgullo nacional, que el señor Larra y todos los que se jactan de pertenecer a una patria tienen y quieren comunicar a sus compa-

triotas, y que jamás pudieron poseer los que prefieren el vil precio de una traducción cualquiera al honor de la literatura española, ni los que, despedazando a su madre patria, no se contentan con traernos las costumbres, los vicios de afuera, sino que aun pretenden introducir a docenas las palabras inútiles extranjeras en su habla, para no dejar a su patria, según una bonita expresión de un autor de nuestros días, ni lengua con que se queje de ellos.

De aquí resulta que convenía probar que en París hacen también los franceses cosas malas; y así como el señor Boileau, porque algunos españoles hicieron comedias malas nacionalizó la cuestión y dijo que los españoles eran africanos, así pude yo decir que había mal gusto en París, puesto que el público es el que ve y sufre y aun gusta de esas piezas, y el público francés es el que llena los teatros secundarios franceses donde se representan; y si el público todo tuviera el gusto tan delicado como aquella parte suya que llena el "teatro francés de la calle de Richelieu", no se echarían esas piezas, porque no iría a verlas o las silbaría; luego he dicho bien.

De aquí resulta que aunque no se pueda decir que el teatro español (que así se llama la reunión de piezas que pertenecen a una nación) esté perdido y que no hay un español de buen gusto, porque se eche *El mágico de Astracán,* sí se puede decir, por lo menos, sin miedo de errar, que el pú-

blico que va al *Mágico* con gusto no es el mismo que el que aplaude el *Pelayo;* y por consiguiente, que si todo el público en general tuviera el gusto tan delicado como aquella parte que conoce y aprecia las bellezas del *Pelayo,* no se echaría el *Mágico,* porque nadie iría, o iría para silbar; de donde se infiere que el público en general, el mayor número, todo no está de acuerdo en tener el gusto delicado.

El Duende no dice que se represente *El jugador* en el teatro francés de la calle de Richelieu, sino en los teatros franceses de París, de Lyon, de Marsella; que éste es el verdadero teatro francés, y no el que se llama peculiarmente así, y que pudiera muy bien llamarse de otro cualquier modo; por cierto que si dijéramos que el *Pelayo* se representa en el teatro español, todo el mundo entendería en todos los teatros españoles, no en el de Madrid, que así como le llamamos *del Príncipe,* pudiéramos llamarle *Español* por antonomasia.

Y si dijésemos que el teatro inglés gusta de horrores, de cosas indecorosas, de maravillas, porque Shakespeare y otros las han usado en sus piezas, todo el mundo entendería "la reunión de composiciones dramáticas que se representan en los teatros de Inglaterra", y no las tablas donde representó Shakespeare.

En fin, concluyamos de una vez: ¿no saben los señores redactores que ahí está puesto teatro francés por teatros franceses, como cuando decimos: "el español es grave", en vez de decir "los espa-

ñoles son graves"? Lo mismo es entender aquí de este modo teatro francés que si viniese a quejarse amargamente a mí que se llamase de apellido Ladrón de Guevara, porque yo hubiese dicho que todo ladrón debe ser castigado.

Bien sabe el señor Carnerero lo que decía *El Duende;* pero le tenía más cuenta entenderlo así, y del mismo modo convenía decir que pegó una embestida a nuestra ópera; porque aunque mi cuaderno habla bien claro y se refiere a la ópera francesa, de la cual repito que no tiene punto de comparación con la italiana, sin embargo, ¿por qué se había de desperdiciar esta ocasioncilla de calumniar al *Duende?* No era justo; al cabo, hay pocas de éstas; el caso es lograr el fin, que los medios poco importan. ¿Y qué razón tendrá el que pelea con estas armas?

D. R.—Gracias al *Correo,* ya le veo a vmd. enfadado; ya conoce vmd. que el señor Carnerero dice tanta verdad como lógica tiene; yo le asociaría con el *papel útil Zurrador Guindilla,* que, si mal no me acuerdo, en esto de leer a derechas no le da una raya, y diríjanse unidos al profesor Miralles, que en veinte leccioncitas, según expresión de los redactores número 23, enseña a leer a cualquier zote.

Y pues quieres titirambos, toma titirambos; es decir, que pues el señor Carnerero exige los mismos grados de lógica y en los mismos términos de una pieza dramática, de una sátira, de un perió-

dico, de una obra de Teología, de un folleto ligero, démosle lógica, y conozcamos que de su artículo número 35 se infiere que discurre de este modo para defender al *Correo* y acriminar al *Duende.*

El segundo cuaderno del Duende *tiene defectos; luego el* Correo *es bueno.*

El señor Carnerero ha visto el teatro francés; luego el señor Larra no ha estado en París.

El señor Larra critica al Correo; *luego es malísima su oda a la Exposición.*

El Duende (*pigmeo*) *es bajo de estatura; luego es ignorante y estudiantillo.*

El Duende *muda de imprentas; luego no tiene razón en criticar al* Correo.

¿Qué tal, señor Carnerero? ¿Qué le parece a vuesamerced de tanta lógica como le vamos encontrando? Ya sabemos cómo debemos raciocinar, verbigracia:

El señor Carnerero es un desvergonzado; luego yo no he visto la calle de Richelieu.

El señor Carnerero, como tiene mal pleito, lo vocea; luego convence.

Ya se ve, si ésta es la lógica que busca el señor Carnerero en toda clase de obras, ¿qué mucho que no la encuentre, si él solo la tiene toda?

En este artículo se nota que el *Correo* ha tomado al *Duende* una idea: al enemigo robarle. La gracia de las palmetas se hallará en el cuarto cuaderno, página 21. Amigo *Duende*, en la guerra

éste es el botín. Lo mismo sucede con algunas citas que *El Duende* aplicaba a otros asuntos, y ahora se las aplica al *Duende,* verbigracia: *On sera ridicule*: Guerra declaro. Núm. 36. *Sobre la voz Genio.*)

DUENDE.—¿También el número 36?

D. R.—Amigo, ¡qué poca paciencia tiene vmd! Y el 37, y el 38, y el 39, y el 40, y hasta el fin de los números, de los *Correos* y de los siglos... ¡Ay, ay, ay! Ya veo yo que vmd. no sabe las ampollas horrorosas que ha levantado el señor *Correo;* más le valiera haber ido a París y venido en setenta horas; no se curan tan pronto, y mientras estén chorreando sangre tendrán para mojar los redactores su pluma dentada. Conozca vmd. que sus banderillas iban mojadas con la sangre del centauro Quiron, o en la de la Hidra, y producen, por lo menos, como las de Hércules a Filoctetes, largos padecimientos, terribles llagas, que sólo se borran con los restos y polvo del arma que hirió, semejantes a las que hacía la lanza de Aquiles.

DUENDE.—Veamos, pues, qué dice el *Correo.*

D. R.—Aquí hay mucho que decir, a mi ver: en primer lugar fijemos la cuestión. Esta de la voz *genio* no es la primordial; después iremos a ella.

En el artículo sobre la lengua de las artes, número 9, según se copió exactamente en el cuarto cuaderno, decía que "la obra más admirable de poesía, de escultura y de pintura, o los sistemas más bien acabados de Física, de Metafísica y de

Moral, no suponen ni tanta inteligencia, ni tanta sagacidad, ni tanto *genio* como los telares de hacer medias, de tejer paños, o las máquinas de hilar estambre. La demostración de matemáticas más complicadas, como, por ejemplo, la de uno de los porismos de Euclides, no lo es tanto como el mecanismo de algunos relojes y de las diferentes operaciones interesantes y variadas de diversas artes." El *Duende* combatió esto, y una de sus razones fué ¿cómo podrá ser cosa más fácil ser un relojero que un matemático?; ¿cómo se necesitará menos *genio* (expresión del *Correo*), inteligencia y sagacidad para ser un maquinista que para ser un físico? ¿No es verdad que ningún relojero hubiera hecho nunca un relox si no se hubiese valido de un matemático que le hubiese dado los datos que le eran indispensables? Sin las matemáticas, sin la Física, que se apoya toda en ellas, ¿hubiera podido dar un paso solo un maquinista? Claro es que no. Luego ¿quién es más? ¿Quién necesita más *genio,* inteligencia y sagacidad? ¿El físico y matemático que inventan las bases, sin cuyo apoyo nadie podría dar un paso, o el maquinista y relojero, que caminan sobre estos datos, sin los cuales no pueden hacer nada? Esto quedó probado; los señores redactores no han creído conveniente confesarse vencidos; esto es muy natural, y se han contentado con decir bárbaro *Duende,* estudiantillo, ignaro; no prueba nada, como quien dice, ¿quién será él cuando tiene razón?

DUENDE.—¿Y se le olvida a vmd. decir algo sobre esto de comparar al poeta, metafísico, moralista, etc. con el relojero?

D. R.—No deja de haber un punto de contacto para compararlos: el mismo que hay entre el *Correo* y un buen periódico. ¿Cómo se puede comparar al poeta más despreciable con el maquinista de más ingenio, y viceversa? Esto sería preguntar: ¿Quién es más, Rossini o Newton, Molière o Napoleón, Lope de Vega o Luis XIV, etc.? ¿o el *Correo* o un zapatero? (Esta comparación de lo literario con lo zapateril es enteramente tomada del *Correo,* número 38.) No podrán decir que no los tomamos por modelos.

Tampoco estas razones valen; los redactores han callado, y en vez de sostener esta disputa primitiva se han echado sobre el modo de defender la cuestión, se han agarrado a las voces, como los gatos a las paredes, y a la distinción que con este motivo hace el *Duende* de las palabras *genio,* ya admitida en español en el sentido en cuestión, e *ingenio.*

Entremos, pues, ahora en esta cuestión.

En primer lugar, el *Duende* ha creído hacer esta distinción, porque creía ya adoptada la voz *genio* (como que la disputa recae sobre si se debe usar esta voz en el sentido de *don de inventar,* siempre se entenderá bajo esta acepción) y creía que estando adoptada, debía ocupar un rango un poco más elevado que la de ingenio, lo que deducía del modo

de usarla que han tenido (como los llama el mismo Capmany) los literatos que la han sancionado.

Creía que su adversario el *Correo* también la había adoptado, pues en él la había leído; pero esto fué un error, porque el *Correo,* sin duda, tanto en el caso que acabamos de citar como en los siguientes, querría decir el genio de las caballerías.

Número 9. "Este genio sublime, que señaló el rumbo que debían seguir las ciencias y las artes, y que profetizó los progresos futuros de la inteligencia humana, fué el inmortal Bacon."

Número 36. *Arte militar.*—"Napoleón, en la obrita que se anuncia, aparece como militar, y digámoslo así, como genio guerrero, etc. La obra que se anuncia... muestra el carácter, el genio y aun la causa de los errores de un hombre, etc." No querrá decir aquí el humor, pues acaba de decir *carácter.*

Número 38. *Música.* "Nueva ópera de Rossini... Todas sus piezas son modelos de genio y de gracia..." ¿Si tendrá Rossini genio de caballería, señor *Correo?* ¿Para qué más ejemplos, aunque más hay? ¿Y ahora salimos con que el *Correo* también llama genio a la facultad de inventar, y aplica este nombre a los señores Bacon, Napoleón, Rossini, como el *Duende* al señor Newton? Así son todas las cosas del *Correo.* Señor *Correo, ¿ubinam gentium sumus?* ¿Nos burlamos del público, o qué es esto? ¿Quiere vmd. suponer que cierra los ojos a estas contradicciones, y sufre este descaro? ¿Y

consiente que un periódico insulte a su sentido común con esta insolencia? ¿Ha pensado el *Correo* que sólo él tiene el privilegio de usar de la voz genio en el sentido en cuestión, sin merecer lo que dice el señor Capmany? ¿Y en el mismo pliego de papel, donde lo usa a cada paso, se atreve a llamar bárbaro, animal, bestia al *Duende?*... Esto no será burlarse del público, ni del lector; será despreciarle, llamarle tonto.

Y ahora, señores redactores, ¿son éstas razones? ¿Son pruebas o son muchachadas? Aquí, amigos, no hay más respuesta que un sofisma, desfigurar el texto, un golpe de mala fe, un insulto; a bien que tienen los redactores estas armas aun más a mano que las mujeres sus lágrimas.

Supuesto, pues, que el señor *Correo* es de mi opinión en usar la voz genio como don de invención, ya la disputa no va con él, sino que es preciso solventarla en general con don X. B., esa incógnita que el *Duende* tiene despejada; y con respecto a lo que dice el señor Capmany, voto más respetable que el de don X. B. o de la incógnita.

"Si la voz genio es española en este sentido de don invención"; es decir, si los que vivimos a la presente la podemos usar sin exponernos a una justa censura.

Las palabras sirven, representando las ideas, para entenderse los que las usan; estas palabras, reunidas en cada país, en que los hombres usan unas mismas, forman lo que se llama la lengua de

aquel país; de aquí se deduce que los hombres no reconocen en sus lenguas respectivas más legislador que su convención tácita de entenderse, y que cuando usan de una voz y se entienden por medio de ella, esta voz queda reconocida una de las de su lengua. De donde se infiere que el uso es el único legislador de las lenguas. Pero como en todos los países los hombres forman varias clases, y que la multitud generalmente sólo está ocupada en sus labores para su manutención, porque todo el tiempo es corto para los trabajos que se la proporcionan, no tiene espacio para ocuparse en recoger aquellas voces mejor sonantes, más agradables, y en fijar su elección; además, esta multitud, de resultas de no tener tiempo, no forma su gusto, no es uniforme en su habla, porque sus situaciones, constantemente bajas o desagradables, la ponen muchas veces en el caso de estropear los términos mismos que los demás emplean; por consiguiente, esta multitud cede al resto la ocupación de trabajar y elegir el mejor modo de explicarse; de donde resulta que el uso legislador de la lengua es aquel que hacen las clases de la sociedad distinguida, o las personas que se llaman sensatas, las que se rigen entre sí por el dictamen supremo de aquellos menos número todavía, a quienes espontáneamente delegan sus facultades, y que llamamos sabios, en relación a nosotros, que sabemos menos que ellos.

Ya sabemos, pues, que el uso es el legislador de las lenguas, y que este uso es de los sabios.

Esto mismo confirma Horacio cuando dice:

Multa renascentur quæ jam cecidere, cadentque
Quæ nunc sunt in honore vocabula, si volet usus
Quem penes arbitrium est, et jus et norma loquendi.

Vamos a ver ahora de dónde toma el uso las palabras que adopta. Al corto parecer del *Duenãe,* las palabras que componen la lengua castellana (como sucede en todas las modernas) son de tres clases. Palabras que traen su origen de las lenguas muertas: el griego, el latín; las que se llaman fuentes, y que conservan en sí señales de su etimología, como *arquitecto, monarca, canción, verso,* etc. Palabras absolutamente inventadas por el pueblo que las usa, o por lo menos en las cuales se ha perdido enteramente el rastro que podía conducir a su origen, porque el uso las ha desfigurado, como *trasto, palo, riqueza,* etc. Y palabras que se toman por el roce y trato continuo de un vecino, de un conquistador, y que el uso llega a reconocer, como *petrimetre,* que hemos tomado a nuestros vecinos; *alcabala, mezquino, tambor, alajú,* etc., que nos han dejado nuestros conquistadores un tiempo, los árabes.

De modo que cuando la reunión de los sabios o el uso juzga útil o necesario tomar de su legítima fuente, inventar o admitir un término nuevo que sirva, o a representar una idea que no tenía antes

imagen, o a distinguir una imagen o palabra que antes confundía en sí sola dos ideas distintas, esta palabra es adoptada y llega a ser moneda corriente.

Esto sucede, pues, con la voz genio (facultad de inventar). ¿Es nueva para los españoles? Aunque esto no es del todo cierto, si el uso manda, como lo probaremos, ¿qué importa? Pensar que se puede fijar la lengua, hacerla invariable, es pensar una cosa que la práctica, por desgracia, nos ha probado imposible, y transcurriendo cierto número de siglos, si se levantan en todos los países nuestros padres, se verán precisados a renunciar al placer de entenderse con sus descendientes. Y esto, ¿por qué? Porque las palabras son como las monedas: se desgastan y es preciso renovarlas con otras; es verdad que son iguales, hacen su mismo oficio, pero son otras: esto apoya Horacio cuando dice:

Ita verborum vetus interitætas
Et juvenum ritu florent modo nata vigentque.

Que las voces tienen su juventud y su vejez.

Y que siempre fué lícito y lo será usar de voces selladas con el cuño del día, como si dijéramos de la moda:

Licuit semperque licebit
Signatum præsente notâ producere nomen.

En un tiempo decíamos sólo ingenio. En un tiempo también decíamos *magüer, abastanza,* etc. ¿Por qué ya no lo decimos? Porque el uso lo excluye.

Antiguamente, *coqueta* no significaba más que *palmeta, pieza* no era más que *una porción de una cosa, retazo,* etc., y hoy aquella voz significa una mujer variable; ésta, una composición dramática; a fe que tampoco están autorizadas por el *Diccionario de la Academia,* pero ¿quién duda que llegarán a estarlo, así como *petrimetre* (*sic*), que en otro tiempo no lo estuvo? Y en el ínterin, el rigorista periódico, ¿por qué las emplea? ¿Las ha hallado en Mariana, Solís, Cervantes, *como dice?* Dirá que el uso... Pues el uso es quien protege la voz genio, con la diferencia que, como voy a probar, al paso que aquéllas apenas hay ocasión de hallarlas en los escritos de los literatos, ésta ya está sancionada por los sabios.

"Es galicismo; se ha tomado de los franceses." Poco a poco; la voz genio, o don de inventar, no es galicismo, es helenismo, es decir, tomada del griego; y si el *Correo* viene diciendo que los latinos no la usaban en esta acepción, se le puede responder que trae su origen de los griegos, de la madre de las lenguas; y esta fuente es más pura que la latina, pues es el manantial de donde la tomaron los mismos latinos en el sentido que la usaban.

Genio viene del verbo activo γεννάω, crío, engendro, produzco, paro, cuyo pasivo es γίνομαι, nazco, soy hecho, de donde viene γεννήσις, εως, ἡ, natividad, creación, nacimiento, por lo que se llamó Génesis el primero de los *cinco libros o Pentatouco* de Moisés, porque trata de la creación.

Es, pues, helenismo y no galicismo, y en este supuesto oigamos a Horacio:

Et nova fictaque nuper hubebunt verba fidem, si
Græco fonte cadant, parce detorta.

Presto adquirirán crédito las palabras nuevas si vienen de fuente griega, sin apartarse mucho.

La etimología, pues, verdadera de la voz genio prueba que o no debe admitirse en ninguna acepción, o debe ser en ésta; prueba que la que hasta ahora la hemos dado de carácter bueno o malo personal, es vicioso y degenerado, y, por consiguiente, es un abuso todavía más vicioso el haberle aplicado a la inclinación de las bestias; degeneración que parece venir de no haber tomado la voz genio del manantial, sino de los latinos, que en el sentido de genio bueno o malo que presidía entre ellos a las acciones de cada uno, ya la habían adulterado, traduciendo con ella el *dœmon* griego.

No nos resta más que probar que el uso la ha introducido; para esto, óigase a todo el mundo, léase cuanto se escribe; siempre es genio don de invención, y prueba de ello, que el mismo *Correo,* como hemos manifestado, no ha podido resistir al torrente.

Probemos ahora que está sancionada por los sabios; esto se prueba con ejemplos.

Meléndez Valdés:

¿No es, Jovino, verdad? ¿No se engrandece
Tu genio, a cima tan gloriosa alzado?

(*Discurso sobre el orden del Universo.*)

Si de ti protegido
Sigue el genio español; si el lauro honroso,
En su afán generoso,
Galardón fuere que al artista anime, etc.

(*A la gloria de las artes.*)

Tu genio, tus avisos celestiales,
Tu ejemplo los formó.

(*Epíst. a D. Eugenio de Llaguno.*)

Cienfuegos:

Arbitros de la fama, hijos de Apolo,
.....
Al punto, al punto suene
Vuestra lira felice,
Y al heroísmo el genio inmortalice.

(*A Bonaparte.*)

"¡Quién fuera uno de aquellos hijos predilectos del genio que dictan la inmortalidad en los caracteres indelebles de su dichosa pluma!" Dedic. del Idem.

Quintana:

Todo a humillar la Humanidad conspira:
Faltó su fuerza a la sagrada lira,
Su privilegio al canto
Y al genio su poder.

(*A Juan P.*)

¿Quién de tu genio mensurar podría
La extensión y el ardor?

(*A Luisa Todi.*)

Sombras sublimes, cuya hermosa idea
Inventar y animar el genio pudo.

(*A la misma.*)

Asombrado
Te nombrará el artista, y confundido.
Por más osado que su genio sea,
Tú el término serás de su esperanza.

(*Idem.*)

Los altos monumentos
De la estudiosa antigüedad medita,
Y a sus genios se hermana, ecos grandiosos
Por do la serie de la ciencia humana
Se dilata a los siglos.

(*A D. Gaspar Jovellanos.*)

Mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y a regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

(*A la invención de la imprenta.*)

Lista:

No muere el genio, no. Pudo la tumba
Encerrar las cenizas
Del inmortal Batilo; mas el fuego
Que su divino espíritu animaba,
Sobre los siglos vuela
Y a la sublime eternidad anhela.

(*A la muerte de Meléndez.*)

Natura, oye mi voz. El genio sea:
Que su gracia sublime
Restituya a la Musa castellana:
Nazca ya el padre de la lira hispana
Digo, y Meléndez fué.

(*En loor del mismo.*)

¿Quién el fuego os dará que genios cría?

(*Idem.*)

Cantó, y la verde cumbre de Helicona
Al destino aplaudió del Genio ibero.

(*Idem.*)

Duende.—Y aunque ya está suficientemente probado, sin acumular muchos más textos que hay, sólo diré de uno de nuestros mejores prosistas.

Dice Don Gaspar de Jovellanos, en elogio del arquitecto Don Ventura Rodríguez:

"¿Qué imaginación no desmayaría a vista de tan insuperables obstáculos?"

"Mas la de Rodríguez no desmaya, antes su genio, empeñado de una parte por los estorbos, y de otra más y más aguijado por el deseo de gloria, se muestra superior a sí mismo, etc."

"La envidia... contrariaba a todas horas y en todas partes los designios que este gran genio formaba para inmortalizarse, etc."

En la oración pronunciada en la Academia de San Fernando en la junta de distribución de premios de 14 de julio de 1781, a cada paso se encuentra *genio*.

Sí hay gradación entre genio e ingenio.

Y para que veamos cómo parece que el uso mismo demarca la diferencia de genio y de ingenio, leamos del mismo en el informe sobre los espectáculos y diversiones públicas:

"Tener un halcón y doctrinarle a lanzarse sobre las tímidas aves y traerlas a la mano, no requería más que ingenio y paciencia, y era dado al más infeliz solariego."

¿Y es justo que en una lengua tan rica como la española se emplee la misma voz para decir el

ingenio de Newton y el ingenio que puede tener el más infeliz solariego? ¿Dos ideas tan apartadas y distintas? Esto está indicando la gradación natural de las voces genio e ingenio; la que confirman los derivados de esta última, ingenioso, ingeniarse, ingeniero, en las que seguramente no se entiende el espíritu de creación, sino una cosa muy secundaria.

D. R.—A eso dirán que existe la palabra numen, equivalente al *genius* latino y al δαιμων de los griegos, cuando decían: "El demonio de Sócrates"; y por consiguiente, que no necesitábamos de genio.

Duende.—Y a eso responderé que es verdad; ¿pero tengo yo la culpa de que el uso de los sabios no se haya parado en eso y quiera tener dos palabras (numen, genio) para una sola idea, en vez de tener una sola palabra (ingenio) para dos ideas? ¿La tengo yo de que todos no piensen como el señor Capmany? ¿Puedo yo arreglarlo de otro modo? ¿No me debo contentar con seguir las huellas de los sabios? Y en este caso, ¿a quién deberé adherirme, a Capmany o a la reunión de los que he citado, que apoya el torrente del uso?

De todo esto, pues, resulta que la voz genio es española, que significa más que ingenio, y que *El Duende* y cuantos la usan tienen razón.

El señor Capmany respeta a los que ya en su tiempo la usan, pues los llama literatos, y no bárbaros, caballerías, faltos de lógica, etc. Bien es ver-

dad que el señor Capmany no era ningún redactor del *Correo,* ni sus principios le hubieran permitido serlo, que es como si dijéramos desvergonzado, ni ningún corresponsal suyo X. B., que es como si dijéramos poco más.

Número 38.—D. R.—Aquí hay una nota en que quieren sostener que se debe decir engina y no angina; "S. A. el infante quedó complacida".

DUENDE.—Déselo vmd. de barato, señor de Arriala; que eso vale poco y sería ridículo repetir cómo se debe decir, cuando todos lo saben, menos el *Correo.*

Número 40.—D. R.—Esto sí que es escribir y poner la pluma; ¡Ay, y cómo sabe el señor Carnerero a la hora que se ha de comer la merienda!

La política va en aumento y está derramada con una prodigalidad admirable, y es tal el almíbar que van destilando las palabritas resbaladizas del señor Carnerero por donde pasan, que siempre va tropezando y cayendo; y yo le daría las gracias.

DUENDE.—Gracias, pues, sean dadas al señor Carnerero, que es hombre que lo entiende.

D. R.—Dice que en esta disputa el público es testigo de que él siempre ha probado con raciocinios, que siempre tiene razón y que no ha dicho desvergüenzas.

DUENDE.—Diga vmd. que sí, para que se acabe la disputa; además que..., en verdad, ¿se halla alguna desvergüenza en todo lo que dice el señor Carnerero? ¿Se puede tratar a nadie con más blan-

dura y ceremonia que trata al *Duende?* ¿Acaso le ha dicho nunca más que ignorante, necio, bestia, borrico, cloaca, etc.? Y esto ¿qué es para lo que sabe decir el señor Carnerero?

Démosle la razón, siquiera para que la tenga alguna vez, que nosotros nos cansamos de tenerla.

D. R.—Desafía al *Duende* a sostener la voz genio, y dice que si lo hace se le admitirá en discusión verdaderamente literaria. ¿Lo ve vmd.? ¿Y este honor se paga con dinero? A trabajar, pues, y a merecer la honra de disputar con el señor Carnerero.

Duende.—A esa fineza debo corresponderle con otra igual, y así, doy desde ahora licencia al señor Carnerero para que pueda siempre que quiera disputar conmigo, y no se la doy para rebuznar, porque ésa ya la tiene de Dios.

D. R.—¡Bravo, señor *Duende;* ya no se deben vuesasmercedes nada!

Se empeña en sostener que el *Correo* es literario y mercantil.

El *Correo* ni es literario ni mercantil como debe serlo. Yo les probaría aquí esta proposición:

No me negará el señor Carnerero que literario se llama un periódico que hable con tino, gusto y discreción de literatura.

Hasta ahora ¿qué ha hablado digno de leerse perteneciente a la literatura? Muy poco, y malo. ¿Han examinado cómo prometían *todas* las obras que se van publicando? ¿Han reprobado las malas

traducciones que a cada paso ven la luz pública? ¿Han tirado a exterminarlas? ¿Qué discursos se han hecho, como prometían en el prospecto, relativos a la perfección del buen gusto? ¿No ha habido ocasión de hablar en tantos números de nuestra jurisprudencia, de la historia de la legislación patria? (*Prospecto.*) ¿A cuándo aguardamos? ¿Qué discusiones hemos visto sobre la elocuencia del foro? (*Idem.*)

Si han hablado algo de la colección de piezas escogidas de nuestro teatro que se está publicando, ¿ha sido por los señores redactores? Gracias a un corresponsal caritativo, que lo ha puesto como ellos no eran capaces de ponerlo. Este benéfico periódico por todas partes respira caridad: para limosnas y de limosnas se hace. En vez de tanto artículo insignificante de los juicios de las comedias de los mismos redactores, alabadas con el mayor descaro, ¿no debería ocupar un espacio el hacer renacer nuestra literatura, que sucumbe bajo la segur de los traductores? ¿Qué nos han dicho de pintura con motivo de la Exposición de cuadros anual de la Academia, de estas ferias? Poco o nada.

Pero en cambio nos han dado artículos de luengas tierras, que no puede nadie desmentir, en que a nadie puede ofender la verdad o la mentira: las barbas de Abbas Mirza, que nunca veremos probablemente por acá; el humo y las cigüeñas de la corte; la conversación de un marido con su mujer;

la disección de la cabeza de un petrimetre y el corazón de una coqueta; el perrito Cupido; los paraguas; artículos del doctor Berenjena, etc., etc., etcétera. ¡Qué cúmulo de literatura! Un artículo para resolver un punto de medicina tan importante como el de la purga, de uno que no es médico, como el señor Terán, sea quien fuere, y para rebatir las razones de un médico. A la verdad, ¿para qué se quiere saber medicina para hablar de ella? Cualquiera que haya avanzado en la literatura hasta el catón cristiano conoce que no es preciso, sino que basta haberle sentado bien una medicina, y porque el señor corresponsal se haya puesto gordo y bueno, o nos lo quiera hacer creer, con su purgante, cosa de que nos alegramos y le damos mil enhorabuenas, ya queda probada la cuestión de que es generalmente bueno el purgante. ¿Se puede deducir de que un remedio siente bien a un hombre o a diez hombres, que este remedio conviene a todas las enfermedades, como nos quiere hacer creer el articulista con su purga? Entonces es decir que en sentando bien a media docena de sujetos el sacarse una muela cuando les duele, debemos deducir que para todas las dolencias humanas no hay cosa como sacarse las muelas, y cuando tengamos sabañones, cuando nos aqueje un cólico, cuando nos acometa una hidropesía, saquémonos las muelas; y el que sepa más, que lo diga. Porque esto debemos inferir si dice el señor Terán que el purgante es el remedio que pone bue-

no a todo el mundo de sus dolencias, porque a él le sentó bien el purgante y a cuatro conocidos suyos; esto sólo quiere decir que así como al que le duelen las muelas le sienta bien el sacárselas, porque éste es el remedio de esta incomodidad, así al señor Terán le convino el purgante, porque éste era el remedio que requería su enfermedad. A fe que si su dolencia no hubiera necesitado purga, tal vez le hubiera hecho daño; y por esto no debe decir que el purgante es el remedio universal, porque a él le sentó bien. En verdad que es un buen modo literario y lógico de determinar, como si en estando bueno el señor Terán todos debiésemos perder el miedo a la muerte; a la verdad que es preciso tener ideas muy atravesadas para querer hablar de medicina uno que confiesa que nunca las ha visto más gordas; pero es preciso ser muy poco literario un periódico para consentirlo.

¿No pudiera haber hablado *El Correo,* en lugar de sus fruslerías insípidas, de la educación literaria española, tan descuidada, en que no se observa generalmente ningún método, sino muchos errores, como son enseñar las lenguas muertas y extrajeras antes que la propia, no enseñar ésta nunca, lo que vemos muy a menudo; aprenderlo todo en latín, cosa muy útil para no aprender nada, perder doble tiempo y estropear el latín, descuidando el castellano, etc.; de los libros que debieran escogerse, para enseñanza de la juventud, con preferencia a los demás; de cien mil cosas que pertenecen a

este ramo, como son establecimientos públicos, seminarios, colegios, etc.?

Con respecto a la literatura dramática se pudiera haber hablado del abandono de la declamación en España, que siempre han ejercido cuatro histriones (hasta el día, que esto se va corrigiendo con la introducción de algunos actores que han seguido una escuela) sin más estudio que el que les ha sugerido su buen o mal gusto, creyendo que este arte no necesita reglas ni escuelas. ¿Se ha hablado de la aplicación de esta declamación a la oratoria y de la diferencia de esta declamación cuando es dramática, cuando forense y cuando sagrada?

¿Se ha hecho un análisis de la obra, buena o mala, del señor Parra sobre teatros?

¿Se ha empezado a hacer ninguna de estas cosas, propias de un periódico literario, y que como tales en el prospecto y reflexiones preliminares prometía?

¿Puede ser literario un papel que habla un lenguaje mixto de romance y francés, salpicado de galicismos, como en varias partes he probado, lleno de defectos gramaticales; en una palabra, un papel compuesto por... quien no sabe su lengua?

No puede ser literario, y, efectivamente, si algunas pruebas va dando ya de literario, ¡son tan malas y tan pocas!... Si siquiera fuera mercantil; pero cómo ha de ser; tampoco lo es hasta el punto que debiera.

En lugar de hablar de las fruslerías que se han

citado las varias veces que se ha hablado de la Exposición, ¿por qué el *Correo* no ha aprovechado la ocasión de hablar de los productos que se han reunido en ella? Lo que se quiere en la parte mercantil es comercio: cuáles son las causas que influyen en su decadencia y prosperidad, cuál es el estado de nuestra industria en todos los ramos, cuáles son los obstáculos para su prosperidad y los medios para removerlos, en qué estriba este comercio actual, exánime y moribundo; cómo podía dársele nueva vida, etc.; esto es por lo que hace al comercio en general.

Tocante al particular, el estado de cada artículo, el de cada manufactura, cuáles son las más célebres entre nosotros, por qué causas han prosperado, a qué se debe la industria acabada en algunos artículos del extranjero, para poder seguir sus huellas y elevarnos a la misma altura; etc.

¿Por qué no se hablado del estado de deterioro en que se ven nuestras lanas, en cuyo ramo estamos casi lo mismo que hace muchos años, al paso que los extranjeros adelantan y afinan cada vez más las suyas, mejorando sus castas y poniéndose en el caso de no necesitar las nuestras, de donde resulta menor exportación y precisamente su degeneración; de la mejora que han obtenido nuestros paños y cómo lograrían competir y aventajar a los que no son indígenos; de la cochinilla, aclimatada y prosperante en algunos puntos de la Península; de las cañas de azúcar, de lino, de cáñamo,

de algodones (1), de los medios de fomentar el insecto fabricador de la seda; de los tintes, de su permanencia y de los mejores materiales químicos que en ellos deben emplearse; de si conviene a una nación el uso inmoderado de máquinas que ahorren brazos, y si un Gobierno paternal puede, como el de Inglaterra, sacrificar el bien general a la riqueza de un corto número de individuos; si ésta es la causa de la pobreza individual de la nación inglesa; de si el comercio depende de la circulación de la moneda, y si debe activarse este paso rápido de una mano a otra del representante de los cambios; del crédito en el comercio; del ramo de minas, que el Gobierno comienza a fomentar de nuevo; de los medios de su explotación, de los frutos que pueden dar y en qué tiempo, etc.; de la utilidad de acarrear a Madrid las aguas del Jarama, y un cálculo más prudente que el del señor J. P., que nos dijo podría costar trescientos millones; etc., etcétera, etc. El haber empezado algunas de estas cuestiones sería ser mercantil.

---

(1) De estos tres últimos artículos hemos leído algo en el *Correo*, gracias al Sr. Gutiérrez, excelente ecónomo político, que ha hecho la caridad a los redactores de llenarles algunos números; por lo demás, ya está visto hasta dónde llegan las fuerzas de los redactores. ¿Hay algún artículo medianamente bueno que no esté en correspondencia y que sea suyo? A pesar de esto, en honor de la verdad, debo decir que es más mercantil que literario, y que sería una animosidad, que no tengo contra el *Correo*, el sostener ahora que no tiene absolutamente nada de literario ni mercantil, así como hubiera sido una injusticia el concedérselo cuando publiqué mi cuarto cuaderno, a cuyo tiempo alude especialmente cuanto arriba va dicho.

Dice el *Correo* lo importante que es hablar de los precios de los granos, y cita lo mucho que se ha escrito de estos precios. ¿Acaso se ha escrito ni una sola palabra de los precios diarios de los granos? Por comercio de granos sabe *El Duende,* que también ha estudiado en el particular, que se entiende la importación y exportación; si conviene a una nación agrícola o puramente fabril (como Ginebra) surtirse de granos extranjeros; si la ley de la baratura debe ser el barómetro de las disposiciones del Gobierno; cuál debe ser en los países rurales el precio del grano para que se permita o la exportación del excedente o la importación del que se necesite.

Si alguna vez en este concepto se ha hablado del precio de los granos económicamente, ha sido para buscar una medida, la menos variable posible, del valor de las cosas, siendo el grano el producto que en épocas lejanas entre sí está sujeto a menos oscilaciones, caminando la población a la par de sus medios de subsistencia o de sus géneros alimenticios; lo demás es ignorar absolutamiente los rudimentos de la ciencia económica y desconocer los grados de influencia que tiene la economía sobre el comercio.

Los temporales y cuanto destruye o anima las producciones del suelo interesarán al labrador; pero al comerciante... ni lo que el *Correo* al público, a no considerarle como consumidor: si hay granos de sobra, los exporta, y gana; si hay mise-

ria, los importa, y gana; porque el comercio tiene su beneficio introduciendo y sacando, siendo su esencia comprar y vender, a no ser que los redactores la quieran echar de astrónomos con el tiempo; aunque allá cuando hablaron del cometa, pudiendo haber desengañado al público del error de los alemanes con una noticia de estos astros, no dieron muestras sino de ser buenos copistas.

Si el temporal es comercio, señor *Correo,* todo astrónomo es comerciante y nada hay más mercantil que el Calendario.

Si decimos que interesa el temporal al comercio porque del temporal depende todo producto agrícola, y todo producto agrícola da que hacer al comercio, entonces diremos que el hombre es el principal asunto de comercio, porque del hombre dependen en gran parte los productos agrícolas, y porque sin el hombre no habría comercio; y en este caso, cuando hablen vmds. de una peste que mata al hombre y disminuye los brazos que hacen falta a los productos agrícolas, quedan entonces menos que hacer al comercio, digan vmds. que hablan de comercio.

Discurriendo así, como que todas las ciencias y artes tienen puntos de contacto e influyen unas en otras, nunca podremos fijar los límites precisos y verdaderos de cada una.

Si porque el temporal, a la larga, influye en el comercio, lo hemos de poner, a pesar de ser astronomía, en el artículo comercio, pongamos al arte

del curtidor en el artículo zapatería; porque si los curtidores no curtieran, los zapatos no calzaran.

Y por esta lógica de que toda cosa que influye en otra es del ramo de aquella que recibe su influjo, diremos aquí, lógico señor Carnerero, vmd., que lo entiende y que ha estudiado tanta lógica como economía y comercio, y, y, etc., que es literaria y pertenece a la literatura la tinta, porque con ella se escribe; sin lo cual, apurada había de andar la literatura, y cuidado no vengamos a parar en decir que el trigo es literatura, porque el trigo da harina; de la harina se hace engrudo; con el engrudo se encuadernan los libros, y los libros contribuyen a la literatura como los temporales al comercio, y llamaremos literato al fabricante de papel, al encuadernador, al impresor, porque contribuyen tanto a la literatura como el tiempo al comercio.

D. R.—Vea vmd., y por esa regla ya podemos probar que es literario y mercantil el *Correo*, porque en cuanto se imprime va a envolver especias (por aquí ya es mercantil), en cuanto acaba de envolver especias va a los basureros, de éstos a los traperos; de éstos, a la fábrica, donde hace el mismo papel que en su principio, es decir, de estraza; de la fábrica, al encuadernador, que hace cartón y pasta y envuelve con ello los libros; y ya se ve que de este modo contribuye a la literatura, aunque un poco a la larga y haciendo eses.

Queda, pues, probado que le falta mucho para ser literario y mercantil, y que se le puede aplicar

el *cur urcens exit*. Señor Carnerero, ¿por qué salió un pucherillo?

DUENDE.—¿Pero qué, vmd. no cuenta por nada las funciones de toros? ¿Pues qué, eso no se está cayendo a pedazos?; ¿pues vmd. sabe lo que influye en la literatura y comercio el que el toro sea blando, el que reciba uno o mil puyazos, el que le maten a vola-pie recibiéndole, o dejándose recibir?

Pues y las óperas, ¿dónde nos las dejamos? Vmd. sabe el trastorno que ocasionaría en la balanza de comercio, y cómo andaríamos todos aturdidos para buscar por esos mundos de Dios nuestras manufacturas y ciencias, si por una inesperada casualidad, a que todo está sujeto en la vida, le viniese en voluntad al señor Galli, por el *quidlibet andendi,* de dar un punto más alto que otro en el aria de la *Semíramis* la noche que menos estuviésemos preparados para este golpe horroroso? ¡Huf! Da miedo pensarlo. Eso se siente, pero no se puede explicar.

¿Y qué le parece a vmd. que el Consulado no se vería precisado a tomar las más antifilarmónicas medidas si las fioriture, la bravura, la esbelteza, le truppe, los crescendos y los pasticios, y todo lo que vmd. quiera ir diciendo por este estilo, no ocupase por lo regular las tres cuartas partes del *Correo?* ¿Vmd. sabe el batacazo que vendrían a dar las ciencias y las artes?

Pues y qué diré de las misceláneas críticas, aquellas ollas podridas, y aquel jumillo que está

soltando siempre Madrid, que se pierde de vista, y del atronar los oídos el canto de las cigüeñas, que es cosa de no entenderse, y parece el tal Madrid una liorna, que no hay quien pare en él cuando el *Correo* nos envía estos animalitos desde cierto punto del Retiro, que viene a ser el observatorio del periódico, desde donde se ven gratis una porción de cosas que no hay.

Y así como se pone un plato de miel para libertar a una habitación de las moscas, que todas se van a él, se puede poner el *Correo* en Madrid, para que las tales cigüeñas se distraigan un poco; mucho es que no se han echado ya sobre la Redacción a la hermosa presa que les presenta el *Correo* con sus sapos y culebras. Y vaya esto por lo de la cloaca, que es más limpio.

Pues venga vmd. conmigo, y vamos entrando por aquellos tres numeritos deslumbrantes que no saben hablar más que de iluminaciones, y de candilejas, y de colgaduras, ¿y todavía sostendrán que el *Correo* no es literario y mercantil desde la cruz a la fecha? ¿No está esto pidiendo venganza al cielo?

¿Y no es literario emplear diez o doce números en decir dulzuras al *Duende,* que no parece sino que le quieren pedir algo, según le bailan el agua, y le camelan, y le ponen de humo de incienso que le ahogan?... ¿Y esto no es ser mercantil?

D. R.—Sí, señor, y mercantil es el truncar los textos, desfigurar las frases, personalizarse, y a

cada paso echar en cara al *Duende* su poca edad, como si no dijera Iriarte, fab. XLVI:

Quien se meta en contienda,
Verbigracia de asunto literario,
A los años no atienda,
Sino a la habilidad de su adversario.

Del mismo:

Cuando en las obras...
No encuentra defectos,
Contra la persona cargos
Suele hacer el necio.

D. R.—Acerca de la poca edad ya le contaría yo una fábula al señor Carnerero que le había de encajar mejor que su sombrero, y le sentaría más bien que el ser periodista:

El Ruiseñor y el Burro.

Un burro, por los años trabajado,
Con grave desentono rebuznaba,
Y al vulgo de animales, admirado,
Con antiguos rebuznos sojuzgaba.
Un tierno ruiseñor que desde el nido
Al aire se ensayaba a dar las alas,
Oía a nuestro viejo presumido,
Y comenzó a reír de sus escalas.
Oyó el burro la risa burloncilla,
Y al ruiseñor volviéndose orgulloso,
¡Qué! ¿Se ríe la irónica avecilla
Con aire sabidillo y jactancioso?
Del cascarón hace horas que el tontuelo
Al mundo se nos vino, y con desprecio:
¿Pensará saber más que un burro abuelo?
¿Qué puede ser un joven sino un necio?
Cierto es que joven soy; mas ¿qué vale eso,
Responde el ruiseñor con ligereza,

Si el juicio, los talentos y el buen seso
Más los da que la edad Naturaleza?
Nací ayer, es verdad, señor jumento;
Mas ya hoy, con acentos armoniosos,
Cuando ensayo mi músico talento,
Los ecos me responden amorosos.
Y vmd., que rebuznaba el primer año,
¿Qué más que rebuznar se le oye ahora?
Y al fin entonces no era tan extraño,
Que el niño, a veces, con razón ignora.
Y pues en mí se excusa la jactancia,
Debe el viejo, si es sabio, respetarse;
Y cuanto más aneja la ignorancia
Más debe por los sabios despreciarse.

Y literario es aquel descaro con que se alaban uno a otro, en lo cual hacen bien, pues si no se exponían a no ser alabados nunca.

¿Sabéis por qué motivo el uno al otro
Tanto se alaban? Porque son paisanos.
En efecto, ambos eran berberiscos;
Y no fué juicio, no, tan temerario
El de la zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos.

(IRIARTE.)

Y otras muchas cosas.

DUENDE.—Ya basta, don Ramón.

D. R.—Sí, señor; pero es preciso que vmd. responda a todo cuanto le dicen, ya que tiene razones para sostener su causa; ya le perdonan a vmd. como si...

DUENDE.—A eso del perdón, contaría yo el cuento del portugués que en un combate naval en que había perdido su partido contra los españoles, habiendo caído en el agua vencido, estaba a punto de ahogarse, cuando llegó a pasar cerca de él un bote

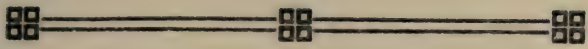
lleno de españoles, y alzando la voz: "Castellanos, gritó como pudo, si me salváis de la muerte os perdono la vida."

De contestar me guardaré yo, tanto más cuanto que para responderme a mí han dado siempre en el clavo; de modo que el *Duende* está en pie, y a este propósito dejémosle ya, y conténtese vmd. con oír una fabulilla, que en caso de decir algo sería mi única respuesta:

Una mosca muy pesada
A cierta cabalgadura
Entre sus piernas segura,
Llevaba mortificada.
Toda es coces la cuitada;
Pero ella, cuando se enfosca,
Más pica si más se amosca.
¡Oh, cuántas bestias aïroces
Al aire sacuden coces
Sin sacudirse la mosca!

II

Artículos de «El Pobrecito Hablador»



II

Artículos publicados en "El Pobrecito Hablador"

9

TEATROS

¿Qué cosa es por acá el autor de una comedia?

(ARTÍCULO NUESTRO)

Como el teatro lleva camino de reducirse a una diversión puramente ideal, nos damos prisa a insertar entre nuestras habladurías unas cuantas concernientes a este ramo, antes de que dé la última boqueada esta expirante fantasma.

Artículo primero (1)

Nuestras dudas se nos ofrecen al entrar en esta materia, al hacer aquella sencilla pregunta: ¿Esta-

(1) Como conocemos el público que ha de leernos nos apresuramos a dar la satisfacción al lado de la que pudiéra creerse ofensa. Repetimos que respetamos como nadie los

ría de más que explicásemos qué quiere decir *por acá,* qué *autor* y qué *comedia?* ¿Lo saben todos? No. ¿Lo saben algunos? Como de esos algunos habrá que no lo sepan. Pero comoquiera que vivan muchos sin saberlo, y no por eso se mueran ni les

---

usos establecidos. Más. Sabemos que la mejor voluntad anima a las personas que tienen parte en el gobierno de los teatros; nosotros mismos, en particular, debemos favores, a que sabemos estar agradecidos, y aprovechamos esta ocasión para dar públicamente las gracias a los señores de la Comisión y a D. C. C., encargado de la parte directiva, que en ocasiones han tenido la bondad de distinguirnos. Y ahora que hemos cumplido con lo que el agradecimiento nos prescribe, cumpliremos con la obligación que el amor que profesamos al bien nos impone. Hemos tenido que recibir como favor lo que creemos justicia; creemos que hay abusos, por mejor decir, que hacen falta usos nuevos. Creemos también que los señores que dirigen el teatro no pueden manifestar más celo del que manifiestan: las mejoras de que hemos sido testigos; el magnífico espectáculo de la ópera que a toda costa nos han proporcionado; lo que se han esmerado en salir del carril acostumbrado, excediéndose a pagar a los mismos poetas años pasados como nunca antes se les había pagado, todo lo prueba. Pero esto no es bastante todavía; creemos también que no está en sus manos hacer más, y que quien ha de hacer el milagro ha de ser la misma opinión pública, que lo puede todo. Pero esto necesita mucho tiempo, y lo que es más, la opinión pública necesita encaminarse hacia el bien: es un ciego bien intencionado; es preciso dirigir su palo. Esta obligación nos hemos impuesto, y la cumpliremos mientras podamos, como buenos españoles, que adoramos la prosperidad de nuestra patria, el lustre de nuestro buen Gobierno y la gloria del nombre español. Así, pues, repetimos que nuestras alusiones nunca son contra las personas, siempre contra las cosas. Creemos, al tomar este cargo, que no todos nos agradecerán seguir las intenciones del mismo ilustrado Soberano, que ha rendido a nuestro gran poeta cómico el mayor homenaje que es posible tributar a un hombre que ya no existe, y que al imprimir sus obras ha dado una prueba incontestable, que hace tanto honor a sus luces como al talento de Moratín, de la decidida protección que dispensa a este desgraciado ramo de nuestra literatura.

acontezca mal alguno, sino, antes por el contrario, tengan esos cuidados menos, nos hemos determinado a no levantar el velo que cubre el sentido de aquellas oscurísimas palabras, quién sabe si movidos también de cierto temor de no acertar en nuestro propósito. ¿Lo sabemos nosotros? ¿Somos inteligentes en la materia?

Pero dirá el lector que hoy se nos vuelve todo escrúpulos y cosquillas; que si sólo hubieran de hablar de las cosas los que de ellas entiendan, sería preciso renunciar en el mundo al encanto de la conversación. Si esto es así, hablemos, como los demás, sólo porque tenemos recibido este don precioso del Altísimo, que en su alta sabiduría no nos le dió, sin duda, para callar.

El mayor número de las gentes, cuando concurre a la representación de una comedia, y la aplaude si le parece buena, cree que el autor ha sacado el fruto de sus vigilias y del don rarísimo que de agradar a los más recibió de la Naturaleza; discurre espontáneamente y sin trabajo que aquella entrada y cuantas produce aquel drama son debidas al talento del autor, y que saliendo de aquellos fondos cuanto gasto se ocasione, el autor aquel y los demás autores de comedias son los que dan de vivir a los actores, a las Empresas y a todos los dependientes y sanguijuelas, que no son pocas, de semejantes casas. Esto parece natural a primera vista, y no se necesita haber cursado en Salamanca para conocer que a no haber dramas que represen-

tar, sean de la clase que se quiera, inútil sería el teatro con todas sus consecuencias. Pero como hemos nacido en el siglo de los prodigios, ha de saber el mayor número de las gentes que no sólo no es así, sino que se equivoca groseramente al pensarlo de esta suerte.

Dejemos aparte los sofiones y respuestas acedas que hasta llegar al ansiado y terrible momento de la representación ha tenido que sufrir el autor de cuantos tienen la menor parte en estos negocios, los sustos que le da una censura rígida, las esperanzas tantas veces desvanecidas ante el choque de las pasiones o intereses encontrados, de las opiniones diversas, de mil vanidades pueriles, de mil vientos contrarios, en fin, que se estrellan en aquella sola caña débil y por fortuna flexible de su desamparada comedia. Llegó al puerto, y va a descorrerse el telón. ¿Quién es el pobre autor entonces? ¡Infeliz! Si no ha mendigado un asiento, una escondida galería, le será preciso comprar su billete, y si para la primera noche se han dignado ofrecerle espontáneamente algún palco tercero o un par de lunetas, la segunda, la tercera, cuantas noches se represente la hija de su talento, otras tantas habrá de comprar el derecho de ver la comedia que sin él no se representaría.

Tiene libre y gratuita entrada en el teatro, y con justicia, el censor ilustrado que la censuró, los representantes de la villa, cúyo es el local, el médico de las compañías, el oficial de la guardia, los

mismos soldados que la componen, los actores que no la representan, los operistas que cantan, etc. ¿Quién, pues, no tiene entrada franca en el teatro, por poca relación que tenga con sus dependencias? Sólo el autor de la comedia; y este nuevo Midas, que vuelve en oro cuanto toca, muere privado de lo más preciso.

¡Bueno fuera, efectivamente, que se viniera el pazguato del autor con sus manos muy lavadas a arrellanarse en una luneta todos los días! ¿Y por qué? ¿Porque tiene talento, porque ha compuesto la comedia? ¡Mire usted qué recomendaciones! ¡Si fuera el que enciende la araña, que es hombre de luces!... ¡Pero el autor! Que compre sus billetes todo el año, que para eso se le dan luego mil o dos mil reales, lo menos, por su trabajo, que es un asombro y un despilfarro.

Pero, señor, ¿dónde ha de estudiar el pobre autor sino en el teatro? ¿Puede conocer el gusto público si no concurre al teatro diariamente? Que aprenda a hacer comedias en un libro de álgebra, o que gaste su dinero.

De mala gana nos chanceamos. Nosotros creíamos que el autor era la primera persona.

Supongamos por un momento que se retira el público, que no existen actores que representen, y que desaparece el local; todavía quedará la comedia escrita e impresa, que, si es buena, deleitará e instruirá a las gentes de casa en casa. Y supongamos, por el contrario, que está lleno el local, que

vino la guardia, que preside la autoridad, y que desaparecen las comedias, y se les borra de la memoria a los actores la que para aquella noche traen estudiada; ignoramos completamente qué pueden hacer toda aquella buena gente allí reunida, qué la guardia, qué los actores, y qué el magnífico edificio, ni qué puede quedar de todo ello que dé deleite o de provecho sea para persona nacida.

Digámoslo, en fin, de una vez. El que ha de hacer comedias buenas, ni puede, ni quiere, ni sabe hacer otra cosa; y si emplea en ir al teatro, que es su único libro, el corto premio de sus tareas, ¿con qué vivirá?

Lejos estamos todavía de pedir que se perjudiquen los intereses del teatro; sólo pedimos que pueda sentarse el pobre autor donde no haya nadie sentado.

Lejos estamos también de pretender que todo el que haya dado al teatro una mala farsa quede con derecho a la libre entrada. No. Pero el que hace del teatro su profesión, el que ha dado una, dos, tres, diez, veinte comedias, el que otra cosa no hace en toda su vida sino llenar las arcas de los coliseos y mantener con su talento a todos sus dependientes, ¿será el único que no pueda mirarlo como su casa? En otras partes no sólo tienen los poetas la entrada franca, sino gran parte de los billetes para despacharlos por sí... Pero también en otras partes es la más apreciada la aristocracia del talento. En otras partes, un hombre dedicado a la literatura tie-

ne profesión conocida y puede responder a la Policía: "Soy literato." Por acá, un literato es un vago sin oficio ni beneficio, y el que vive de su talento es menos todavía que el que vive de sus manos; si quiere poner en su carta de seguridad "escritor público", habrá quien le ponga *escribiente* y diga que todo es escribir.

Oyese después gritar: "¡El teatro se arruina! ¡No hay comedias!"

¿Quién queréis, gritadores de café, que componga comedias? ¿Queréis héroes en los poetas, o queréis cuerpos gloriosos? ¿Queréis que suden y se afanen para divertiros y enseñaros, y recoger por único fruto de su talento, en el cual pueden tan pocos rivalizar con ellos, el desprecio o la befa, el oprobio o el vilipendio?

Hombre de talento, arroja tu pluma, y cuando, inspirado del estro que te domina, quieras escribir para tu gloria, guarda tus producciones para tiempos más felices. Háganlas iguales los necios que te menosprecian, o cierren en buen hora los teatros, que no para ti hinches de plata, como no para ella llena de miel la laboriosa abeja sus panales.

Quema tus borrones, y antes que compres tan cara tu ignominia, busca cordeles y ahoga para siempre ese fatal y estéril talento, que ningún respeto se merece, que ningún premio se granjea, que sólo para tu tormento te dió entre tus compatriotas la Naturaleza.

Más nos queda todavía que decir en tan fecunda

materia, y para otros artículos reservamos el acabar de probar que el *autor de una comedia no es nadie por acá* de una manera irrecusable; donde probaremos que el teatro se arruina, y que debe arruinarse; que nada tiene de particular que sólo se vea salir a luz una comedia nueva de años en años; que es un hombre sobrenatural el que en el día las compone, y, en fin, que si las comedias son buenas debe tratarse de proteger a los que sean capaces de componerlas, y si son malas deben prohibirse del todo, y cerrarse los teatros, y enviar a paseo al loco que las escribe.

EL BACHILLER.

(*El Pobrecito Hablador,* cuaderno 4.°, páginas 17 a 24.)

10

ROBOS DECENTES

Hánsenos comunicado las siguientes cartas:

"Señor Munguía: Soy aficionado a leer, y además gusto de comprar libros, cosa bastante rara en este país, que usted, con su acostumbrada malignidad, suele llamar Batuecas. Tenía, pues, una pequeña biblioteca, que me divertía no poco en mis ratos perdidos, y en la cual me miraba como en un espejo; pero es el caso que tengo, por mi desgracia, más amigos que libros tenía. ¿Cómo se niega un li-

bro a un amigo? En una palabra, yo he prestado mis libros con la mejor voluntad del mundo, pero si va a decir verdad, con poco entendimiento; mis amigos, que no deben de tener mucha memoria y sí mucha adhesión a todas mis cosas, no me han devuelto mis libros. Hánseme quedado unas obras descabaladas, otras han desaparecido enteras, y si alguno me las ha restituído después de largas súplicas al efecto y luengos plazos, halas traído llenas de aceite, dobladas las hojas, rozadas las pastas, y con varios garrapatos, palotes y monitos del niño de la casa, que está aprendiendo a escribir. ¡Libros de mi alma y amigos de todos los diablos! Me han dicho que en las Batuecas no soy yo el único a quien esto sucede, porque es costumbre no comprar libros mientras haya amigos que los tengan, y más costumbre no hacer escrúpulos de quedarse con los que a uno le prestan. ¿Es esto cierto, señor Bachiller, porque me escandaliza sólo el pensarlo? ¿De qué puede nacer esta falta general de delicadeza?

Sírvase usted dar estos renglones al público, por ver si lo leen mis amigos, aunque sea de prestado, como acostumbran, y picándose de pundonorosos vuelvo a encajonar mis tomos en sus nichos, de los cuales yo les aseguro que no volverán a salir.

De usted, señor don Juan, atento servidor, *Mateo Pierdes.*"

Las personas que no han adoptado todavía el sistema de devolver los libros que les prestan da-

rán a esta carta una contestación más satisfactoria que la que nosotros pudiéramos dar.

"Señor Hablador: Soy dueño de un café de los más acreditados de esta corte, y lleno de los mejores deseos he querido imitar a muchos de mis cofrades, procurando tener siempre a disposición de mis parroquianos los muchos y buenos periódicos que en esta ilustrada capital se dan a la luz pública. ¿Querrá usted creer, señor Hablador, que no se ha verificado un solo mes reunir el día 30 todos los números? Pues no se le figure a usted que los tengo tirados por esas mesas a la merced de todo advenedizo; no, señor: téngolos atados como locos, y sujetos a una tabla con su correspondiente candado; pues así los arrancan, y no diré que me los roben, nada de eso, sino que se los llevan y nunca más los vuelven a traer. ¿Es posible que sean los periódicos tan buenos, o los hombres tan malos?

Sírvase usted insertar esta mera preguntilla en ese folleto, o libelo, o periódico, o lo que sea, si es que se sabe lo que es.—*Frasco Botiller.*"

"Señor Bachiller: Soy muy amigo de ir al teatro, y es muy raro, por consiguiente, el día que a las diez de la mañana no tengo ya mi luneta en el bolsillo. ¿Querrá usted creer que no me acontece un solo día encontrar mi asiento desocupado? Todas las noches tengo que desalojar al enemigo. Como soy algo malicioso he dado en observar, y he echado de ver que hay una baraja de batuecos que entran en el teatro sin billete, se sientan en una lu-

neta con la esperanza de que aquélla, o la de al lado, o alguna, en fin, no tendrá dueño, van viendo a buena cuenta la función, se salen poco antes de recoger los billetes, y vuelven a entrar poco después de haberlos recogido. ¡Y si usted viera qué bien puestos y qué galanes! ¿De qué podrá provenir esta especie de franqueza? Yo estoy aturdido de ver las economías que adoptan algunas personas en su modo de vivir. Tenga usted la bondad de hablar algo acerca de esto, para ver si puede usted ahorrarme el trabajo de sonrojar todas las noches a un hombre de *honor* y verificar el número y otras impertinencias de esta especie.

Su afectísimo amigo, *Simón Sinsitio.*"

Piensan estos buenos batuecos que se corrigen aquí las cosas con decirlas ni de ninguna otra manera. ¡País incorregible! Los más no lo leen. Los menos se contentan con exclamar: "¡Es verdad! ¡Tiene razón! ¡Es mucho Bachiller! A nadie deja en paz. ¿Pero enmendarse? Que se enmienden los demás, que yo no soy más que uno." Todos quieren ser esta excepción. ¡Bien haya la impenitencia!

(*El Pobrecito Hablador,* número 8, páginas 28 a 32.)

III

Artículos de «El Correo de las Damas»

III

Artículos publicados en "El Correo de las Damas"

II

TEATROS

Revista semanal

La última semana de junio ha visto aparecer en el de la Cruz tres producciones nuevas. *El espía,* drama trágico, lastimoso y sentimental, cuyo argumento está desentrañado de la novela del mismo título del célebre Fenimore Cooper, novelista americano, ha recibido algunos aplausos, merced a su interesante argumento, de que no nos detendremos a dar análisis, supuesto que pocos de nuestros lectores desconocerán en el día las obras del autor del *Piloto.* A pesar de ser el drama, como llevamos dicho, trágico, sentimental, y un si es no es serio, han divertido mucho los actores con su representa-

ción, y comoquiera que al teatro vayan las gentes a divertirse, no me parece que se les puede pedir más. Esto tiene su mérito particular, porque no es tan fácil como pudiera parecer hacer reír con un drama serio.

La amnistía o El granadero generoso es una especie de loa prolongada al infinito; la intención la salva, sin embargo, y los sentimientos que en justa gratitud a nuestros augustos Soberanos brillan en sus desiguales renglones hacen disimular su escasa vena. La acción pasa en una aldea, de cuyo nombre nadie sabe cosa cierta, y entre aldeanos de fina y esmerada calidad: el que menos se llama Fileno o Menardo; sóbranle dos actos para composición bucólica; fáltale todo para comedia.

La una y media, señor conde, nos ha parecido un dramita tal cual tejido y con sus gracias correspondientes. Un conde tiene una sobrina, y guárdala encerrada en su ausencia de su quinta, por que no vea a cierto galancete que la requiere de amores, un Don Antonio, tratado de casar con la casquivana, debe llegar a las doce para recibir la mano de Isabel; otro Don Antonio (porque andan llovidos en la pieza) a quien se le rompe una rueda de su carruaje al pasar por la quinta, toma en ella hospedaje a viva fuerza, y por medio de una intriga un tanto cuanto inverosímil, concilia todas las voluntades aprovechándose de la falta de exactitud del novio emplazado y de la equivocación en que la igualdad de nombres hace incurrir al conde y sus gentes:

casa a los dos acaramelados amantes, a cuyo tiempo da la una y media, y he aquí la razón del título, que tiene más de título que de razón. Divirtió en ella la escena del asalto del forastero, y excitaron justas risas con oportunísimos golpes la señora Pinto y el actor Campos.

En el teatro del Príncipe ha hecho su primera salida la señora Angélica Adok, ajustada en clase de bailarina por la Comisión de Teatros, bailando un padedú con el señor Alard. Se nos ha dicho que es discípula de los célebres Coulon y Albert. Por lo que hemos podido juzgar, hemos reconocido en ella la mejor y más fina escuela, gran ligereza y agilidad, suma gracia en sus movimientos y extraordinaria fuerza en la punta del pie. Hemos oído decir a personas conocedoras que les ha recordado en algunos tiempos a la tan conocida madrileña Taglioni. Esta feliz adquisición es tanto más de apreciar cuanto que nos veíamos privados hace algún tiempo de la habilidad de la señora Volet, a causa de la enfermedad que la tiene en cama. Su figura es muy elegante y se viste con sencillez y elegancia.

L.

(*El Correo de las Damas,* 3 junio 1833.)

12

TEATROS

Revista semanal

Cruz.—Han hecho su salida dos hércules franceses, Mathevet y su discípulo Triat, cuyas extraordinarias fuerzas ya habíamos anunciado en un rehilete de nuestro pasado número. El público no se ha manifestado ingrato a sus esfuerzos. Nuestras lectoras que no hayan visto la *columna horizontal,* el *sitio de Mahoma,* el *vuelo rápido,* la *silla romana,* etc., corran al teatro, y sin atenerse a los títulos, que no guardan con cada escena gran relación, verán cosas grandes, cosas dignas, en una palabra, del circo olímpico; porque es de advertir que el teatro de la Cruz, destinado hasta ahora a pequeñeces de ingenio, como comedias y tragedias, va remontándose a mayores; ora sirve para la imitación de los diversos pájaros que cantan en el mundo, ora para el desarrollo de las fuerzas físicas. Todo esto es más positivo, más sublime, más digno de las musas que las fantasías en prosa y verso de los poetas.

Príncipe.—Una ingeniosa comedia española de costumbres ha luchado a brazo partido con los hércules del teatro de la Cruz, y no ha podido darles

cuchillada, que significa en términos de bastidor *llamar más gente;* no es ésta la primera vez que ha tenido que sucumbir el ingenio a la fuerza. Se ha representado, sin embargo, con mucho aplauso, la comedia nueva de D. Manuel de Gorostiza, titulada *Contigo, pan y cebolla.* El título, que pudiera ser menos malsonante, anuncia, desde luego, un objeto moral de la mayor importancia. El autor de *Indulgencia para todos* ha hecho girar su linda comedia sobre las bodas desatinadas a que suele el amor arrastrar a algunas desdichadas jóvenes, cuya romántica cabeza ha exaltado la lectura de novelas.

Matilde ama a Don Eduardo; pero descontenta con que éste sea rico y persona igual a ella en clase, y con no ver en este amorío los terribles inconvenientes que en los de sus novelas está acostumbrada a encontrar, se niega a casarse con él cuando llega el caso de darle el sí. El ingenioso mancebo conoce la manía de su amada, y, de acuerdo con el padre, se propone corregirla. Fíngese pobre, hace del amante desdichado, y el padre le desaira y cierra las puertas todas a su esperanza; renace entonces el amor de Matilde, escápase de la casa paterna por una ventana, teniendo libre la puerta y sólo por imitar las extravagancias que en sus libros ha leído. Los recién casados, sin embargo, carecen de todo medio de subsistencia, y la infeliz Matilde, humillada y expuesta a todas las incomodidades de la desastrosa posición en que su imprudencia la

ha puesto, no tarda en conocer que el amor más acendrado puede apenas resistir a las privaciones. El padre, informado de su arrepentimiento, viene, por fin, a restituir al seno de la felicidad a su escarmentada hija, que puede, con razón, clamar: ' ¡Ay, amor, cómo me has puesto!"

Lindas escenas, sumamente cómicas, llenan esta comedia, y divierten en ella a los espectadores muchos y oportunos donaires; verdad es que hay en ella cierto mal tono, que podrá chocar a las delicadas bellezas que nos leen: no les gustará ver una cama de novios el día de tornabodas, ni oír decir que repite la cebolla, ni ver comer chocolate crudo, ni... pero pasemos ligeramente sobre las leves manchas de esta composición.

Si bien creemos que hay mucha verdad en el objeto y fondo de la comedia, no así creemos verdadero el carácter de Matilde: es exageradísimo. Tiene, a nuestro ver, otro inconveniente, que es el de desencantar al espectador de ilusiones que hacen la felicidad de la vida. Se podría deducir de esta comedia que el amor es un ser fantástico y una afección convencional que puede uno tener o no tener. Nuestras amables lectoras saben mejor que nosotros si esto es cierto o falso: nosotros queremos vivir en la ilusión y persuadirnos de que existe el amor y de que es realmente una pasión. En caso de que así fuese la verdad, si la verdad es tan fea, ¿para qué enseñárnosla? Las madres pueden, sin embargo, llevar a sus hijas a la representación de

Contigo, pan y cebolla; acaso podrá influir algo, si no ha herido aún su corazón la flecha de amor, en que sean más miradas en la elección del objeto amado; acaso podrá de esta manera salvarlas de un porvenir funesto; si han dado, empero, ya lugar al dios pérfido en su alma inocente, sospecho que ha de ser tarde, y en ese caso, la vigilancia, la bondad, la persuasión y la educación anterior, si ha sido bien dirigida, son los únicos remedios, si hay algunos, contra la debilidad humana y contra la irresistible tiranía de una pasión que ha llegado una vez a dominar en un alma exaltada.

L.

(*El Correo de las Damas,* 10 julio 1833.)

INDICE

Páginas

PROLOGO. V

I.—«El Duende Satírico del Día».

«El Duende» y el Librero. 3
El café.... 7
Una comedia moderna: «Treinta años o La vida de un jugador». 27
Correspondencia de «El Duende». 46
Corridas de toros. 52
Correspondencia de «El Duende». 69
Un periódico del día, o el «Correo Literario y Mercantil»... 79
Donde las dan las toman. 114

II.—Artículos publicados en «El Pobrecito Hablador».

TEATROS.—¿Qué cosa es por acá el autor de una comedia?... 181
Robos decentes.... 188

III.—Artículos de «El Correo de las Damas».

TEATROS.—Revista semanal. 195
IDEM. — Idem íd. 198

OBRAS PUBLICADAS

POR LA

BIBLIOTECA DE "EL SOL"

CARMEN, por Próspero Merimée.

VIAJES Y RECUERDOS, por Vicente Vera.

EL ETERNO MARIDO, por Fedor Dostoievski.

POSTFIGARO (artículos no coleccionados de D. Mariano José de Larra, *Fígaro*). (Tomo I.)

EN PRENSA:

HISTORIA DE LA MONJA ALFEREZ (Catalina Erauso), escrita por ella misma; prólogo de D. José María Heredia, de la Academia Francesa.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU